MARGARITO LEDESMA

(Humorista Involuntario)

POESIAS

PRÓLOGO DEL

LIC. LEOBINO ZAVALA

SÉPTIMA EDICIÓN

MEXICO, 1956

POESIAS

MARGARITO LEDESMA

(Humorista Involuntario)

POESIAS

PRÓLOGO DEL

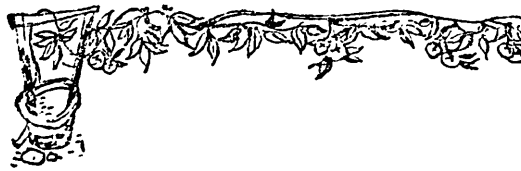
LIC. LEOBINO ZAVALA

SÉPTIMA EDICIÓN

MEXICO, 1956

Derechos reservados conforme a la ley.

Impreso en los talleres de la Editorial Stylo, Durango 290, México, D. F



EXPLICACION

Allá, como a mediados de 1911, por conducto de un enviado especial —que mucho sospecho haya sido Pancho, el Secretario del Juzgado Unico Municipal, a quien el autor se refiere en su prólogo— y acompañado de una curiosísima carta, que lamento haber perdido, recibí el borrador de los versos de MARGARITO LEDESMA, ya debidamente ordenado, con su carátula, prólogo, índice y demás menesteres propios de un original que va a entregarse a las prensas.

En su carta, el autor me suplicaba encarecidamente que procediera a corregirlos y publicarlos por mi exclusiva cuenta, pues él carecía de recursos para hacerlo, y sus compadres y amigos, que tan espontáneamente se ofrecieron a ayudarle, no le habían cumplido el ofrecimiento; estando así su obra en peligro de quedar inédita.

Ponía, pues, el original en mis manos para que con toda libertad dispusiera de él como de cosa propia; rogándome únicamente que, al publicarlo, "lo protegiera con algunos ejemplares, para tener el gusto de

refregárselos en la cara a los envidiosos de su pueblo". (Textual).

Durante algún tiempo seguí recibiendo, ya por correo, ya por conducto de enviados especiales, nuevas composiciones para agregarlas a las primeras; sin que en ningún caso me hubiera ocupado siquiera en leerlas, pues nunca tuve la intención de corregir ni, menos aún, de publicar el libro de Ledesma.

Pasaron así los años; pero, en estos días, buscando unos documentos, me encontré el famoso original, olvidado en un cajón de mi escritorio.

Por mera curiosidad, o quizá por súbito y tardío remordimiento, comencé a hojear el legajo; mas, apenas leídas las primeras hojas, se despertó mi interés por su contenido, y, sin casi darme cuenta de ello, devoré hasta su última línea, conquistado definitivamente por el encanto que, como sutil perfume, se desprende de sus páginas y por el candor de ese ingenuo poeta que, encerrado siempre en los estrechos límites de "esa bendita tierra que lo vió nacer" y sin haber hecho en su vida otros viajes que los dos que son asunto de igual número de sus composiciones, ve las cosas a través de un prisma enteramente desconocido y extraño para nosotros, y del motivo más trivial, menos poético y de la menor importancia, hace una "hermosa poesía" o una "agradable composición", como él mismo las llama candorosamente en su libro.

Es posible que los que lean esta obra me tengan por tan ingenuo, tan candoroso y —¿por qué no decirlo?—

tan falto de seso como muchos han de tener a Margarito Ledesma; pero no he podido resistir el deseo de hacerla imprimir tan pronto como me sea posible y de encabezarla con este prólogo mío, menos adecuado quizá, para la índole de la obra, que el del compadre Melitón Palomares que aparece en el original, pero igualmente sincero y rebosante de cariño para el incomprendido cantor de su tierra natal, para el "humilde poeta Margarito", como a sí mismo se titula en algunas de sus especialísimas producciones.

He sido siempre un incurable admirador de los sentimentales, de los soñadores, de aquellos que, en aras de un ideal que ellos estiman meritorio y noble, sacrifican sus energías, sus bienes y, en ocasiones, hasta la vida misma; he sentido siempre sincera estimación y hondo respeto hacia aquellos elegidos que hacen un verdadero culto de su amor a una mujer, de su cariño a un lugar, de su admiración por algún genio o de su fanatismo por un héroe; y Margarito Ledesma, a su modo, con su escasísima cultura y llegando a veces hasta las lindes de lo grotesco y lo ridículo, es un sentimental, un soñador y, en consecuencia, es digno para mí de admiración y de respeto.

Su obra, si es que así puede llamarse al conjunto de sus ingenuas e incorrectas producciones, es un himno fervoroso y continuo a su tierra natal, a "esa bendita tierra que lo vió nacer y donde vió la luz primera" y a la que, con todo el entusiasmo y todos los escasos recursos de su humildísimo acervo artístico, canta, admi-

ra y venera en el amor y los desvíos de sus mujeres, en la dulzura de sus limas, en las quejas amarguísimas que exhala por haber tenido que abandonarla durante una larga semana, en el cariño que profesa a sus compadres de pila y de cascarón y hasta en las curiosas alusiones que hace frecuentemente a los muchos envidiosos y lenguas largas de su pueblo.

No conozco personalmente a Margarito Ledesma; pero, según los informes que pude obtener de su enviado, es —o, por lo menos, era cuando tales informes me fueron dados— un hombre de avanzada edad. Nació en Chamacuero de Comonfort, hoy Comonfort a secas, y desde su nacimiento, ha vivido siempre en ese lugar; siendo su deseo más ardiente el de morir y ser sepultado allí mismo, a la orilla de su querido río de La Laja, si posible fuere.

Durante su ya larga vida, no ha salido de Chamacuero más que dos veces: una, a Celaya, "a un negocio del Juzgado", según nos cuenta en su *Dúo Poético,* y otra, a San Juan de los Lagos, a pagar una manda que prometió con motivo de haberse caído en un excusado.

Aunque de talento natural, tiene muy poca instrucción, y el confinamiento en su tierra natal a que, voluntariamente y por exceso de cariño hacia ella, se ha condenado durante toda su existencia, le ha hecho formarse un concepto tan raro y especial de la vida y una idea tan extraña de las cosas, que la lectura de sus versos llega a causar un indefinible sentimiento

de asombro e incredulidad; resaltando su modo de ser y su ignorancia en ciertos asuntos de sobra conocidos para la generalidad, en muchas de sus composiciones, especialmente en las tituladas a *A Juan Silvete, Al Gran Napolión,* a quien, según parece, considera oriundo de los Estados Unidos o por lo menos, educado en ese país, y en otras varias, en las que pone de manifiesto su ingenuidad y su incultura.

Es un ferviente patriota; gusta mucho de tomar parte en la celebración de las fiestas patrias, recitando sus composiciones o procurando, por todos los medios que están a su alcance, que siquiera las reciten los niños de las escuelas, y cuando él consigue hacerlo personalmente, desempeña su cometido con tanto entusiasmo y tal prosopopeya y con ademanes tan perentorios y estrafalarios que suele causar hilaridad entre "los envidiosos y lenguas largas" que tantto preocupan a nuestro hombre.

Tiene muchas composiciones de esa especie, que deben ser un primor y que desgraciadamente no insertó en este volumen, en el que sólo podemos saborear el simpático *Himno Local,* escrito allá por los años de 1911 ó 1912, cuando comenzaba la revolución, y *La Cuna de la Independencia,* en la que lleva su exagerado provincialismo al grado de sugerir que Chamacuero debe ser considerada como tal, en virtud de que fué allí donde el Cura Hidalgo, en ocasión de concurrir a una sabrosa tamalada y ver correr "LIBRE y sin

mucha resistencia la corriente del río de La Laja", concibió la grandiosa idea de nuestra emancipación política.

Es lástima que Margarito haya permitido que sus "hermosas composiciones" fueran "revisadas, corregidas, recogidas, y aumentadas" por "otros poetas de altos vuelos", como honradamente lo confiesa en el curso de su obra. Es cierto que, sin esas revisiones y correcciones, tal vez no habría habido lugar para las jugosas NOTAS que pone al pie de cada composición corregida y que son quizás la parte más interesante de su libro; pero yo habría preferido sus poesías sin corrección alguna, tales como salieron de la pluma de su autor, pues la "cojera" de muchos de sus versos, las faltas gramaticales de toda especie en que continuamente incurre y hasta la vaguedad y confusión en el sentido de algunas frases, ocasionadas por la dificultad del consonante y del ritmo o por la falta de cultura del autor, agregan un encanto más a tan atractiva producción.

Bien es verdad que, en cuanto a cultura y conocimientos gramaticales y literarios, el otro "pujante poeta de altos vuelos que no quiere que miente su nombre" y "el poeta de la capital de la República que es mucho su amigo", así como todos los demás correctores que metieron la mano en los versos de Ledesma, deben de andar, más o menos, a la misma altura que el autor; pero, como quiera que sea, más valía que lo hubieran dejado solo, como a los buenos matadores, sin meterse

a componer lo que compuesto estaba. Me afirma en esta idea el hecho, notorio a primera vista, de que las composiciones no corregidas son más atractivas, más ingenuas, más encantadoramente disparatadas —válgame la frase—; mientras que las corregidas tienen cierta afectación y tirantez, cierta falta de "soltura" y espontaneidad que no se advierten en aquéllas, además de que están menos mal medidas, lo que para mí disminuye su mérito sui géneris.

Antes de dar fin a este ya largo prólogo, debo confesar que inadvertidamente he incurrido en el mismo error que vengo condenando, pues como viera que, a pesar de la gran ayuda prestada al autor por "Pancho, el Secretario del Juzgado Unico Municipal", la ortografía andaba tan mal que hasta llegaba a dificultar la lectura del libro, me atreví a hacerle algunas correcciones, principalmente en lo relativo a puntuación y acentos; pero respetando todo aquello que me pareció un verdadero desacato modificar.

Al proceder así, creo tener la disculpa de que ello facilitará la lectura de este libro y proporcionará a los lectores mejores elementos para saborear las lucubraciones de EL HUMILDE POETA MARGARITO.

Está, pues, justificado —a lo menos para mí y a mi modo de pensar y sentir— el empeño que he puesto en la publicación de esta obra; viniendo aquí como de molde, para la situación en que con ese motivo me coloco y para las críticas que mi actitud pudiera provocar,

los dos primeros versos de la PORTADA de esta originalísima obra:

"No me importan las burlas de los necios,
ni la envidia y habladas de algún tonto..."

San Miguel de Allende, Gto., 28 de junio de 1920.

Lic. LEOBINO ZAVALA.

PROLOGO

Mi compadre Margarito es de lo mejorcito que tenemos por estos rumbos para eso de hacer versos. Mucho que le intelige a eso y es rete estudioso y es un hombre de muy buena voluntad y muy caritativo y muy alegador, que desfiende mucho al pueblo desválido y quiere mucho a esta población y, además, es mi compadre muy estimado y por eso no puedo negarme en hacerle este Prólogo, pues él porfió mucho que se lo hiciera y que se lo hiciera, y lo hago con mucho cariño, aunque salga mal, solamente por darle gusto a mi señor compadre y fiel amigo.

Su inútil y S. S.

MELITÓN PALOMARES.

Una Rúbrica.

DOS PALABRAS

Estimados lectores: no vayan ustedes a pensar que yo creo que mis poesías son muy buenas. No son muy buenas; pero tampoco son malas y esta es la causa, razón o motivo por lo que me resuelvo a publicarlas, pues en esta bendita tierra que me vió nacer y donde vi la luz primera hay muchos amigos y hasta algunos enemigos, pues ya ustedes saben que a nadie le falta un malqueriente, que nomás está porfiando y porfiando y terquiándome y terquiándome que las publique, y que las publique, y por eso las publico, porque yo creo que no me lo han de decir nomás de por no dejar; sino porque algo muy bueno han de ver y notar en ellas. Si no, dónde ven que me decían nada, pues ya muy bien conozco lo que es la envidia.

Allí está por ejemplo mi compadre Bardomiano, que es mi compadre porque le bauticé a mi

ahijadita Luz, y que es un amigo de los buenos y de los que poco hay y que es también un charro de los que pocos quedan, pues para el floreo de la riata y para las manganas no tiene igual por todo el rumbo de Celaya, y hasta en San Juan del Río se ha echado al plato a charritos de poco más o menos, y si no que se los pregunten y verán, y es además mucho mi amigo y es muy parejo y muy campechanote y muy cabal; pues este buen hombre hasta me ha ofrecido dinero para que las publique y que las publique.

Hay otros muchos que también han terquiado mucho que las publique, y no las había publicado; pero me resolví a hacerlo porque hay en esta bendita tierra que me vió nacer y donde vi la luz primera, otro pujante poeta de altos vuelos, a quien ya ustedes conocen y que por eso no necesito mentarlo, que en vez de ser mi enemigo, como era de esperarse, ha sido siempre muy campechanote conmigo y hasta me ha hecho el favor, que mucho le agradezco y por el que le viviré eternamente agradecido, de revisarme y corregirme algunas de mis más variadas composiciones, como tendrán ustedes el gusto de verlo en este libro, pues eso sí en cada poesía que me ha re-

visado y corregido este buen amigo o alguno otro, siempre hago la advertencia, para que nadie quede con dudas ni con telas de juicio, pues este buen amigo y gran poeta me ha dado el consejo que publique mis poesías y por eso me he resuelto a publicarlas; pero antes quiero advertirles que yo nunca he estudiado en ningún colegio ni he estudiado para hacer versos; sino que esto es una cosa natural y desde muy chico comencé a ver que tenía mucha facilidad y mucha soltura para hacer versos, y así me lo decían todos en mi casa, hasta el señor mi padre (Q. E. P. D.) y por eso me puse a estudiar y a escribirlos, y ahora, viendo que me salen regulares y que mientras más hago me salen mejores y les hallo más el modo, pues por eso me he resuelto a publicarlos y a seguir publicando los que después vaya haciendo.

Hago esta advertencia para que no vayan a creer los que lean mis versos y no me conocen que he estado en algún Colegio, pues los amigos y conocidos de aquí y los vecinos ya me conocen bien y todos saben que nunca he estudiado en ningún colegio y ven que no es por echármela, sino que deveras nunca he estudiado en ningún Colegio.

Al publicar este primer tomo de mis poesías, quiero que vean que no soy un malagradecido cualesquiera, y quiero que tengan el honor de salir juntos con él en garantía de lo mucho que me ayudaron, y que todos a la vez sepan que sé agradecer y que sepan el mucho agradecimiento que tengo con el otro pujante poeta de altos vuelos de esta bendita tierra que me vió nacer y que no miento su nombre porque ya todos lo conocen y porque él me suplicó que no lo mentara y yo me compromisé a no mentarlo, lo cual es una prueba de la humildad y buena alma de este grande hombre, porque mucho me ha ayudado a revisar y corregir mis versos, y ahora había modo de que se supiera y saliera su nombre en letras de molde; y que también estoy muy agradecido con mi compadre Melitón Palomares, que me hizo favor de hacer el Prólogo de este libro, favor que no merezco y que le agradezco mucho y por el que le viviré eternamente agradecido, y que también estoy muy agradecido con mi compadre Bardomiano Muñoz, por lo que ya dije, así como con Pancho el Secretario del Juzgado Unico Municipal, quien también me ayudó mucho, diciéndome la puntuación y acentos y diciéndome las letras

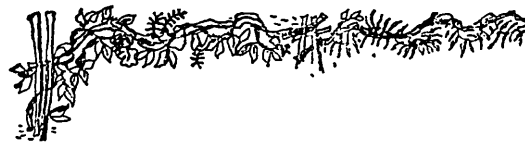
con que se escriben algunas palabras escabrosas y un poco enredijadas; y también hago la advertencia que de algunos libros de muy buenos poetas he tomado algunas cosas y hasta algunas ideas para hacer mis versos y también he tomado algunas palabras que me han parecido raras y decentes y que he visto que les casan muy bien a mis versos; pero sin copiarles sus cosas cabales como si fueran mías, y les ruego a todos mis lectores que me dispensen mis faltas, aunque creo que no han de ser muchas, pues ya les repito que muchas personas de buena voluntad me han ayudado a corregir mis obras y hasta me han animado mucho para que las publique.

También deseo que sepan que estoy muy agradecido con mi compadre Antonio Magaña, que, aunque sólo es compadre de cascarón, mientras que los otros son compadres de pila, mucho es lo que me ha animado para que publique estas poesías y mucho me ha dicho que le gustan y que le gustan y hasta ha brindado muchas veces conmigo por tan justa razón.

Su inútil y seguro servidor. EL AUTOR.

POSDATA.—También la *Dedicatoria* y estas *Dos Palabras* me ayudaron a corregirlas tantito, y mucho se los agradezco también.

VALE.



DEDICATORIA

Al heroico Chamacuero de Comonfort, a esta tierra bendita que me vió nacer y donde vi la luz primera, a este clamoroso lugar que, al igual de Salamanca y El Guaje, son los pueblos más limítrofes de todo el glorioso y frutífero Estado de Guanajuato y donde resuenan todos mis recuerdos, todas mis esperanzas y todas mis aspiraciones concluyentes de fraternalidad y patriotismo, le dedico esta humilde obra con toda la alma y con tantísimo cariño.

Su inútil servidor.

MARGARITO LEDESMA.

Rúbrica.

PORTADA

PORTADA

No me importan las burlas de los necios
ni la envidia y habladas de algún tonto,
pues siempre a los combates estoy pronto,
llevando como lanza mis desprecios.

Ni temo a las jugadas de la suerte
ni a los recios golpazos del Destino,
y seguiré adelante mi camino,
porque siempre me he sentido fuerte.

Nada me importa la tormenta airada
ni el huracán con su asustante ruido,
porque siempre valoroso y atrevido
seguiré sin importarme nada.

Y aunque vea que el Destino traicionero
trata de agarrarme en una emboscada,
yo seguiré sin importarme nada
y llevando a media cabeza mi sombrero.

Pues sólo ambiciono el galardón bendito
de que al cair hasta adentro de la nada,
pueda decir toda la gente honrada:
"Aquí yace *El Poeta Margarito*".

POESIAS

DUO POETICO

I

LA PARTIDA

Adiós, Chamacuero hermoso,
Id., rincón bendecido,
tú que fuiste el humilde nido
del aguilucho poderoso.

Adiós, Paráiso encantado,
vergel de sabrosas limas,
a tí van mis humildes rimas
hoy al partir de tu lado.

Con el alma entristecida
y el corazón acongojado,
hoy me alejo de tu lado
como el que pierde la vida.

Y al sentir el desencanto
de separarme de tí,

siento loco frenesí
y he llorado tanto... tanto.

Y triste y desconsolado,
mi alma consuelo no halla...
¡Voy nomás aquí a Celaya,
a un negocio del Juzgado!

Y en esa larga semana
que muy lejos de ti estaré,
yo nunca te olvidaré
ni de tarde ni de mañana. *

II

EL REGRESO

¡Salud, Chamacuero hermoso!
¡Id., rincón bendecido!
Otra vez vuelvo a este nido,
feliz, contento y dichoso.

Al partir, los fieros males
me hirieron con mucho anhelo
y lloré sin un consuelo
en el Empalme de González.

* Y no digo que tampoco de noche porque en la noche casi siempre se duerme uno y se le olvida todo.

Más tarde la duda ciega
me hirió con su garra fría,
y lloraba todavía
enfrente a San Juan de la Vega.

Fueron mis lamentaciones
cual de huérfano que grita,
al pasar por Santa Rita,
y las otras estaciones.

Pero donde mi alma cobarde
tuvo la mayor batalla
fué al apiarme allá en Celaya
como a las seis de la tarde.

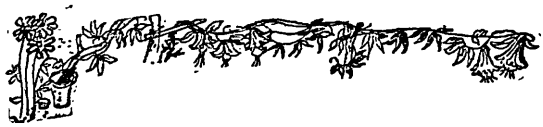
Allí me hirió el dolor fiero
y lloré con frenesí
al recordarme a ti,
¡Oh, inolvidable Chamacuero!

Allí, al verme solitario
y tan lejos de tu suelo,
lloré sin hallar consuelo
y hasta pensé en el osario.

Allí, al mirar la distancia
tan inmensa que nos separaba,
la vida se me figuraba
como un sueño de quiromancia.

Pero aforunadamente
hoy vuelvo a tus benditos lares
y de nuevo mis cantares
embalsaman el ambiente.

Y aquí, con honor sincero,
te juro de buena fé
que nunca te abandonaré,
¡Oh, inolvidable Chamacuero!



REMEMBRANZAS

Para Jesusita Sánchez.

"Amorosamente"

Tus ojos son dos globos de topacio
que se ven relumbrar desde muy lejos
y que echan resplandores y reflejos,
cual la iluminación de algún palacio.

Tu boca es de esas urnas celestiales
resguardadas por angélicas milicias
y bastante ajuariadas de delicias,
como la miel de los panales.

Tus óidos son dos rosas de alabastro
y tus pestañas, negras cual cabellos,
les tapan a tus ojos los destellos,
sin dejar ni siquiera rastros.

Tu sólida y esplendorosa dentadura
es una ensarta de diamantes,
y tus labios dos mariposas palpitantes
que aletean en la noche oscura.

Tus manos desparraman hartos dones,
tus pies son un manojo de claveles,
y entusiasmas a todos los donceles
y haces palpitar sus corazones.

Cuando miro tu cuerpo, no vacilo:
clarito veo que un parecido toma
al de la Venus que fundió allá en Roma
un escultor que se llamaba Milo. *

Y tus modos y andados tan decentes,
cual una estatua de la antigua Grecia,
aquí toda la gente los aprecia
y les cuadran a todos los pudientes.

Eres Cleopatria, Elena de la Troya,
mucho te me afiguras a Lucrecia,
y cuando vas saliendo de la iglesia,
nomás relumbras, cual si fueras joya.

Yo sólo una cosa solicito
y atentamente te pido este favor:
¡Qué no olvides que es tu servidor
el *humilde poeta Margarito!*

---

* Yo calculo que el mero nombre de este escultor ha de haber sido Emilio y que sus amigos y conocidos le han de haber dicho Milo por puro cariño, como aquí le dicen Lalo a don Ulalio el maicero. Yo, francamente, no hallaba qué hacer, y al fin me resolví a decirle Milo porque así lo he visto anunciado en casi todos los libros, y así lo mientan también otros buenos poetas y en algunos periódicos que me ha prestado el Juez del Registro Civil; pero siempre quise hacerles esta advertencia para que las gentes que no conocen mis modos ni mi crianza no vayan a pensarse que soy muy ladino y que nomás me gusta andar de igualado y confianzudo con las personas, faltándoles al respeto y hasta poniéndoles sobrenombres, cosa que yo no acostumbro. Así es que mucho les encargo que no se les vaya a olvidar.

OTRA NOTA.—Para esta agradable poesía tomé algunas palabras, no muchas, y alguna que otra razón, pero pocas, de otros buenos poetas y periodistas. También me la corrigieron tantito, y bastante se los agradezco.—EL AUTOR.

HORAS DE PASION

Para Macrina.

Era una noche silenciosa y fría,
el trueno con su ruido ensordecía
y se oía por dondequiera
la música callejera
del fuerte aguacerazo que caía.

Se sentía un fuertísimo calor,
el calorón que anuncia las tormentas,
y descargas eléctricas violentas
caían alrededor.

Todo callaba, todo estaba quieto,
y sólo por momentos
se veían los relámpagos violentos
de aquel aguacerazo tan escueto.

No había faroles en la población;
todo estaba apagado, todo en calma...
sólo yo aquí, adentro de la alma,
miraba una gran iluminación.

¡Sí!... La iluminación de la ventura,
la iluminación de la dicha y el placer,
porque yo tanteaba que aquella mujer
tenía que amarme con locura.

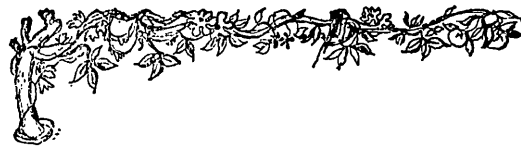
Y con paso feliz y rebosante
me apersoné al instante
para arrimarme junto a su ventana,
y hablarle de ese amor tan importante
que no piensa en el mañana.

Y le platiqué todos mis amores,
y le dije muy recio que la amaba,
mientras llovía y relampagueaba
y la tormenta hacía muchos horrores.

Y entre aquel aguacero tan espeso,
en medio de aquella noche tan oscura,
se oyó una demostración de ternura,
es decir, el tronido de un beso.

Y otra vez nuestros labios se juntaron
para darnos otro beso.
Yo se lo di en el pescuezo,
y entonces... ¡la llamaron!

En el inter, el trueno ensordecía
y se oía por dondequiera
la música callejera
del fuerte aguacerazo que caía.



SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

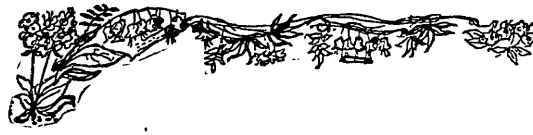
Para una ingrata.

Te amé, te amé; mi amor era infinito,
y cuando de mí dudabas,
¿te acuerdas...? Me preguntabas:
—¿Me quieres mucho, Margarito?

Te amé, te amé con embeleso
y tú deveras me amabas,
pues yo te pedía un beso
y nunca me lo negabas.

Mas todo en vano...!
Hoy, con mi paño en la mano
y bastante decepcionado de la vida,
te veo y te digo:—¡Adiós, mi vida!

NOTA.—Don Nacho el de la botica fué el que me aconsejó que le pusiera este nombre. Yo no quería porque, aunque es mucho mi amigo y dicen que despacha muy bien sus recetas y que es muy compadecido con los huérfanos y con los necesitados, siempre me entró algo de recelo; pero ni modo de negarme porque mucho me porfió y me porfió y hasta me dió algo de muina con él, y no tuve más remedio. Se los advierto por si al caso resulta que no está bien el letrero, para que sepan quién tiene la culpa; pero mucho se lo agradezco a don Nacho y mucho le tomo a bien su buena disposición.



EL CHARRO BARDOMIANO

A mi estimado amigo y compadre
el señor Bardomiano Muñoz.

Con su caballo canelo
y su sombrero jarano
y dándose mucho vuelo,
anda el charro Bardomiano.

Es un charro de primera,
que avienta muy bien la reata
y que con cualquiera se mata
y se atora con cualquiera.

Trae al hombro su frezada,
trae en la mano su cuarta,
y con cuaquiera se ensarta
y se pelea por cosa nada.

Yo lo vi en un afianzón
en que andaban más de cinco,
y sólo con pegar un brinco
se libertó del Panteón.

Y otra vez supe también
que allá por la Capital,
sólo con echar un pial
se libertó de Belén. *

Es hombre de mucha fibra,
es hombre templado y violento
que sólo con pensar un momento
de cualisquier peligro se libra.

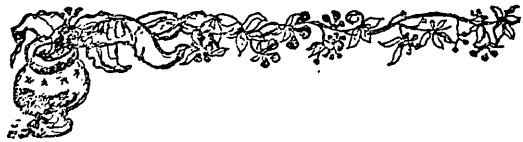
Y siendo así como lo ven,
y sin que esto les caiga mal,
yo creo que estaría muy bien
de Presidente Municipal.

Pues siendo así tan agradable
y que de nada se apura,
es seguro y casi probable
que a todos los metería en cintura.

Y entonces los mitoteros,
los revoltosos y los vagos
habrán de sentir los estragos
de un Presidente con fueros.

Procuren, pues, la manera
de alcanzar ese favor.
Escríbanle al Gobernador
o hagan algo siquiera.

* Cárcel para los que caen presos.



INFAME TRAICION

Yo quisiera que hubieran visto aquello,
para que vieran lo que es una traición.
Me dejó la alma casi sin resuello
y todo avejigado el corazón.

Todavía la noche antes del suceso,
sin creer que iba a jugarme esa cautela,
estuvimos los dos junto a la Escuela,
platicando nomás y beso y beso.

Y al otro día, que amaneció llovido,
muy tempranito en la mañana supe
que con un tío del Güero Guadalupe,
la misma madrugada se había hullido.

¿Qué les parece? Sentí tanta muina
que hasta quería la tierra me tragara,
y a ninguno le quise dar la cara
y me fuí a soterrar a la cocina.

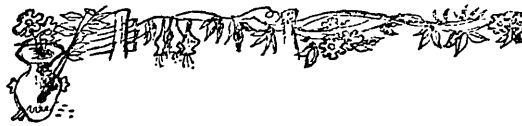
Pero, dejando luego esas ideas
y sintiéndome más recobradito,
pensé: ¿Por qué te afliges, Margarito,
si con eso ya nada remedeas?

Y para hallar un poco de consuelo,
me junté con don Luis y con Tamayo,
y conseguí licencia para un gallo
y esa noche nos dimos harto vuelo.

Y no he sabido nada de la infame.
Dios quiera que no vuelva en cualquier rato,
pues si vuelve, no digo que la mato,
pero sí que no voy, aunque me llame.

Para que vea que soy hombre de aprecio
y que, aunque venga muy arrepentida,
por nada de las cosas de esta vida
voy a dejarla que me *tuesa* recio.

NOTA.—Hace mucho tiempo que sucedió esto, y los más ya ni se han de acordar de tan triste suceso; pero, como ya me lo esperaba y lo anuncié en mi poesía, siempre volvió la ingrata el día menos pensado, toda trasijada, socrosa y mal vestida. Y todavía tuvo el descaro de quererme encandilar de nuevo; pero... ¿dónde ven?



LAS ELECCIONES

Yo no había visto elecciones
como las nuevas de ayer:
Gritos, palos, mojicones
y piedrazos a más ver.

Las urnas de votaciones
no eran urnas ni eran nada,
pues eran unos cajones
con la tapa desclavada.

Y los que estaban sentados
en la mesa, de respeto,
puros descuacharrangados,
casi sin ningún objeto.

A todos los que votaban
en contra del candidato
mucho que los carniciaban,
pasando así muy mal rato.

Y todo fué para nada
porque, echando maldiciones,
llegó al fin una parvada
y se robó los cajones.

Pues llegaron los malditos
nomás de golpe y porrazo,
echando pedradas, gritos
y hasta uno que otro balazo.

Y de esos modos tan tristes
se acabó la función.
La verdad, para esos chistes,
mejor que no haya elección.

NOTA.—Ni tantito así me cuadraron esos nuevos modos de elecciones. Todo el santo día se lo pasaron grite y grite y dícese y dícese cosas, sin asunto mayor, y hasta dicen que don Ambrosio manumitió a uno de los Olalde y le sacó la sangre de las narices nomás porque era del otro partido. Yo, al ver esos destorlongos, pensé ponerle un ocurso a la autoridad para que quiten ese modo tan feo de elecciones y vuelvan a hacerlas como antes; pero, como calculé que no habían de hacerme caso, urdí mejor poner esta fuerte poesía, para ver si así les cala tantito, y ya para el otro año se dejan de esos mitotes y hacen otra vez las cosas como Dios manda, sin tantos partidos ni tantos desórdenes; sino en buena conformidad como antes.

DULCE CANTAR

Para el álbum de Socorrito.

¿Por qué, por qué te alejas,
visión encantadora,
mujer como la aurora,
con uñas de marfil?
¿Por qué tu tierno paso
retumba en el sentido
cual lóbrego gemido
adentro de un pensil?

Compuse para tu álbum
esta hermosa poesía
que toditita es mía,
como lo puedo probar.
Te la dedico toda
con el amor más puro,
pues casi estoy seguro
no te ha de disgustar.

DICEN

Dicen que anda diciendo don Tiodoro
que yo les tengo miedo a muchas gentes,
que mucho les reguilo a los transentes
y que cuando hay timultos, hasta corro.

Que ando nomás por calles retiradas,
huyéndole al gentío y a la apretura,
y que por eso hasta el Señor Cura
me ha puesto unas buenas regañadas.

Que apenas escurece, voy y me escondo
y me sotierro en el rincón más lejos,
y me tocan la puerta y no respondo
y hasta apago de la vela los reflejos.

Que una noche me vieron escondido,
así como queriendo fumigarme,
y que entonces, nomás por asustarme,
el propio don Tiodoro echó un ullido.

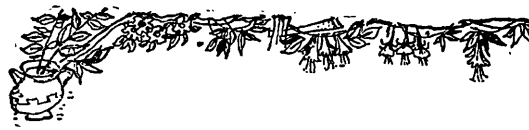
No, señores; no es de esos Margarito.
No busca pleitos ni los apetece;
pero tampoco tiembla ni se estremece,
aunque le hayan echado ese grito.

Decir que ando con miedo y con empachos
es como si dijiera don Tiodoro
que Napolión, el de las barbas de oro,
se asustaba con un pleito de borrachos.

Es hasta ofender la memoria
de ese grande hombre de la antigüedad,
y barrer parejo con la Historia
y echar bandera negra hasta con la Libertad.

Si sigue, pues, con esa imploración
y urde y urde mentiras a su gusto,
don Tiodoro, y no el Gran Napolión,
es el que va a llevar un buen susto.

NOTA.—No creo que don Tiodoro sea tan duro de mollera como parece; más bien creo que es pura envidia y mala fe lo que trai adentro; pero, de todos modos, para que no piense que soy ventajoso y me gusta aprovecharme de la ignorancia ajena, no sería malo que algún entrelucido enredacosas de los muchos que aquí conocemos le aconsejara que lea la *Portada* de estas *Poesías*, para que sepa por dónde anda, y que estudie también tantita Historia, para que vea quién fué el Gran Napolión y se sazone de que no era de esos que se dejan asustar de cualquiera. ¡Haber si todavía así sigue diciendo que tengo miedo!



DIVAGACIONES

Para mi amigo Quico Fuentes.
"Amistosamente"

Yo nunca he podido comprender
por qué la vida se pasa tan pronto,
lo mismo para el hombre de mucho saber
que para el hombre ataimado y tonto.

Yo nunca he podido darme cuenta,
con todo y que mi gana es mucha
por qué apenas llega uno a los ochenta,
por más que la haga la lucha.

Y navegando en ese mar de dudas,
he llegado a pensar a veces
que el hombre sufre muchos reveses
y muchas dificultades muy rudas.

Pero luego me conformo y digo:
—¿Para qué buscarle de otro modo,
si el hombre no es más que ceniza y lodo
y al fin tendrá su premio o su castigo?

Es la ley incomprendible del Destino
que ningún mortal puede cambiar:
¡Hoy nos dedicamos a puro disfrutar;
pero se acaba la fuerza a medio camino!

Quítense, pues, de preocupaciones
y de calentaderos de cabeza,
y... ¡a disfrutar con franqueza
de todos los placeres y distracciones!

Y si al pronto la ronca campana
nos anuncia el fin de la Criación,
entonemos a la vida un hossana
y vámonos sin resistencia al pantión.

Porque, con deseos o sin ellos,
ese es el fin de todo mortal.
Se acaban de la vida los resuellos
y entonces sí nos va retemal.

Pero, ¿por qué calentarnos la cabeza
ni tener la alma intranquila,
habiendo tan espumiante cerveza
y tan cristalinas copas de tequila?

Dejemos, pues, las preocupaciones
y, olvidándonos del toque funeral,
entonemos unas agradables canciones,
bebiéndonos unas copitas de mezcal.

EL TROVADOR

Para mi buen amigo el simpático don Bruno, como recuerdo de nuestras paseadas.

Soy trovador ardiente.
Siempre traigo en la frente
un sies noes de inquietud.
Soy trovador altivo
y siempre ando muy vivo
entre la multitud.

Mis lánguidas canciones
producen emociones
y son como la miel,
y con mis dulces versos
asusto a los perversos
y les redamo la hiel.

A las hermosas damas
les pregunto: "¿Me amas?",
y ellas responden: "¡Sí!";

y, con amor ardiente,
me acarician la frente
con mucho frenesí.

Todititas me buscan,
pues mis versos ofuscan
y dan harto esplendor;
y yo, siempre altanero,
sólo saco mi acero
por mi dama y mi honor.

Así sigo el camino,
desafiando al Destino
al són de mi laúd,
altanero y altivo,
pero vivo, muy vivo,
entre la multitud.

NOTA.—Mi legalidad y, más que nada, el deseo de dar a cada quien lo que es suyo, que es el escalafón sobre el que descansa nuestra justicia nacional y hasta la de algunas otras naciones civilizadas, me obligan a manifestar que esta hermosa composición que lleva el escogido título de *El Trovador* fué revisada, corregida y aumentada, así como recogida en algunas partes, por otro pujante poeta de altos vuelos de esta misma bendita tierra que me vió nacer y donde vi la luz primera, a quien le vivo muy agradecido, tanto por ese favor como también por haberme ayudado a hacer esta nota, y cuyo famoso nombre no lo miento aquí por habérmelo suplicado muchísimo el interesado; pero, de todos modos, ya ustedes comprenderán quién es; y, por otra parte, yo quiero de todos modos que conste y figure esta declaración para que, mañana o el pasado, no vaya a resultar

algún envidioso malalma, de esos lenguas largas que nunca faltan y más en poblaciones chicas como esta bendita tierra que me vió nacer y donde vi la luz primera, que vaya a tener la bondad de decir que el que de ajeno se viste, etc., etc. Quiero, pues, que conste, por una y más veces, para los efectos y usos a que pudiera haber lugar más tarde. Y también quiero que conste, por ser de justicia y para los efectos legales consiguientes, el trabajo que le dió corregirme esta hermosa composición, pues duró como dos meses y ya hasta pena me daba, pues le quitó bastantes palabras y le puso otras, y otras se las cambió, y otras se las volvió a poner y, en fin, le dió mucho trabajo y mucho que trabajó, y por todo eso le estoy muy agradecido. Gracias.

FANTASMAS

Como un inolvidable a la vez que espantoso recuerdo de una visión que vi en el camino de Neutla, una noche lóbrega y escueta.

Por el camino desierto
y entre aquella noche escueta,
vi que traficaba un muerto,
que era la alma de algún poeta.

Dando panicosos gritos,
andaba a tontas y a locas
y se azotaba en las rocas
como lo hacen los malditos.

Y agarrando mucho vuelo
y haciendo mucha boruca,
se revolcaba en el suelo
y se rascaba la nuca.

Y echando brincos violentos,
se alagartaba en las peñas,
y hacía muchos espamentos
y hasta algo de malas señas.

Y luego más enojado
y con voz medio platónica,
gritaba desesperado:
"¿Dónde estás, mujer felónica?"

Y se hincaba de rodillas
y, en su cólera traidora,
se golpeaba las costillas,
sonando como tambora.

Y echando un largo suspiro,
gritaba con voz platónica:
"¿Dónde estás, que no te miro?
¿Dónde estás, mujer felónica?"

Era una visión horrible,
era una cosa tan fiera,
que se asustaba cualquiera
con ese espanto infalible.

Y yo también me asusté
y allí me puse a temblar,
tanto que luego me hinqué,
como queriendo rezar.

Pero, por más que trataba
de acordarme de algún rezo,
sólo ronquidos echaba
y hasta me dolía el pescuezo.

Luego, con cierto recelo,
el espanto, poco a poco,
se revolcaba en el suelo,
como si estuviera loco.

Y echaba muchas bravatas
y hasta algo de maldiciones,
y se oían los revolcones
que se daba entre las matas.

No sé si sería un difunto
o si sería La Llorona,
pues andaba todo junto,
gritando como persona.

Y en esa furia tan loca,
se me arrimó un tanto cuanto,
y vi salir de su boca
un olor de camposanto.

Entonces, muy asustado
y viendo la irremediable,
quise correr para un lado,
para no ser responsable.

Y, corriendo a troche y moche,
por no hacer un disparate,
me trepé en un cazahuate
y allí me pasé la noche.

Después, en la madrugada,
abrí los ojos con ansia;
creyendo hallar la fragancia
de su boca resmillada.

Y aquí fué lo mero malo,
algo que no tiene nombre:
¡Al apiarme de aquel palo,
ni señas hallé del hombre!

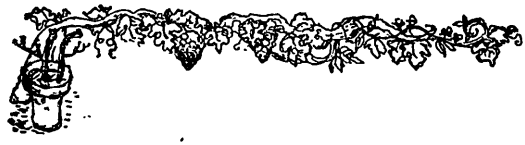
Entonces, con harto miedo,
temblando y de mala traza,
me fuí corriendo a mi casa
a contarles el enredo.

Y esto no es cuento, es lo cierto;
ésta es la historia completa
de haberme salido un muerto
que era la alma de algún poeta.

Lo creo porque, cuando andaba
haciendo aquellos esfuerzos,
entre los gritos que echaba
se oían unos como versos.

Y yo, que entiendo ese asunto,
pensé, sin hallar ni un pero:
"Margarito, ese difunto
es la alma de un compañero".

Y esta es la causa y razón
y también es el motivo
por lo que esta cosa escribo
con toda satisfacción.



EL ABUSO

Los abusos son tan malos
que en bastantes ocasiones
dan lugar a muchos palos
y luego hasta mojicones.

Si no, ahi tienen a don Juan,
el que toca la tambora,
que ya merito le dan
porque andaba de malora.

Pero afortunadamente
se encontró con Pancho Nieto
y, ya en medio de la gente,
lo libertó del aprieto.

Pero, de todas maneras,
los abusos son muy malos.
¡Se prestan a muchos palos
y luego hasta balaceras!

NOTA.—Como el abuso se ha estendido tanto por todas partes, ya es hora de darle un jaloncito de orejas a la gente abusiva, y hasta creo que es una obra de caridad, pues, o se componen, o allá verán ellos cómo se las averiguan después; pero siempre uno que otro me ha de entender, y hasta ha de agradecérmelo; pero, si no me lo agradece, ni falta que hace, y que con su pan se lo coman.

POR EL TABACO

Don Piedá vende un tabaco
que ya ni la disimula,
pues le cai al hombre flaco
como patada de mula.

Pues al que quiere chupar
y sentirse satisfecho
le da una tos en el pecho
que ya hasta se quiere hogar.

Y todo nomás por nada,
nomás por ganarse un tlaco.
Es bueno que la acordada
no admitiera ese tabaco.

Y si porfía en admitirlo,
aunque dé mal resultado,
pues yo, con no consumirlo,
mi negocio está arreglado.

Pues no quiero que por tonto
me venga una garraspera
y que luego, así de pronto,
se me seque la mollera.

Pues dicen que el mal tabaco
da resultados tan malos
como si un cristiano flaco
le pegaran unos palos.

NOTA.—Pongo este episodio para ver si don Piedá piensa tantito y se quita de andar vendiendo ese tabaco que tanto perjudica a la gente, pues dicen que lo cura con orines de jumento. Yo no lo quiero creer; pero, por sí o por no, le pongo esta poesía, para que, si es cierto, se enmiende, y si no, que no vaya a hacerlo, puese hasta ganas dan de vomitarse con ese tabaco tan malo que mucho nos desacredita con los entrantes y mucho da que decir de esta hermosa tierra, aparte de que agarra el pescuezo como si fuera una sandijuela.

A JUAN SILVETE

En su viaje a esta bendita tierra
que me vió nacer.

Cuando empezaron los murmullos
de que venía el gran Silvete,
todos estaban en un brete
y hasta decían: ¡Esos son chanchullos!

Pero seguían con el sucirio,
casi no hablaban de otro asunto,
y era un argüende y un conjunto
que parecía tenían delirio.

Pero que al fin, señor de mi alma,
se llegó siempre ese gran día,
y allí en la orilla de la vía
a Juan le dimos nuestra palma.

Y ya después que junto al riel
algunas dianas le tocamos,
tutado en hombros lo llevamos
hasta la puerta del hotel.

Y que se llega la corrida,
y que resuena el primer toque,
y que fué aquello el gran disloque
y la tremenda sacudida.

El indio, tieso y muy gargoso,
con un vestido muy planchado,
dió cuatro vueltas en el coso,
como caballo alborotado.

Y que se quita la chaqueta
y se la avienta a don Santiago,
y aquello fué como el estrago
que hace en la calle una carreta.

Cuando se asomá el primer miura,
Juan se le hincó, como en el rezo,
y que lo agarra del pescuezo
y que lo tumba en la basura.

Luego, enojado el cornupeto,
con mil trabajos se levanta
y al ver al indio, hasta se espanta
de verlo hincado y quicto, quieto.

Y Juan, con ojos muy ufanos,
como diciendo: "¿De qué tratas?",
que se le mete por las manos
y que le sale por las patas.

Y que la fiera, más furiosa,
se vuelve a ver si así le vale,
y otra vez Juan que le entra y sale,
hincado como si tal cosa.

Aquello fué el sanseacabó,
todos torteábamos las manos
y don Procopio el de "Los Llanos"
hasta la blusa le aventó.

Luego agarró los reguiletes *
y con mucha arte y mucho aplomo,
que va y que le arde todo el lomo,
banderillándolo con cuetes.

Luego llegó la hora suprema,
cuando se sabe lo que es bueno,
y entonces Juan, con mucha flema,
se paró enmedio, muy sereno.

Y que se quita la montera,
y que la avienta entre las gradas,
y aquello fué una torteadera
como si fueran cachetadas.

Y Juan, sin muchos espamentos
y haciendo cosas muy resueltas,

* Así les dicen también a las banderillas.

le sacó al toro muchas vueltas
y le picaba los asientos.

Y sin armar mucho mitote
y voltiando antes para arriba,
le aventó un chorro de saliva
entre los pelos del gogote.

Y que le baila por enfrente,
y que le brinca por un lado,
y el animal, atarantado,
nomás voltiaba a ver la gente.

Y se quedaba lelo, lelo,
como diciendo "Ya ni amuelas",
al ver que Juan le hacía en el suelo
malacanchunchas y memelas.

Y luego al fin, con mucha miga,
al pobre toro dejó tieso
de una estocada en el pescuezo
que le salió por la barriga.

Y entonces todos muy de acuerdo
con estocada tan pareja,
hasta le dieron una oreja,
para que la alce de recuerdo.

Ya te tocaba, Chamacuero;
ya te quitaste de ese brete,
ya conociste a Juan Silvete,
el que le dicen rey de acero.

NOTA.—Esta hermosa poesía me ha dado muchos calentaderos de cabeza, pues no faltan envidiosos que nomás la critican y la critican y dicen que no es cierto que Silvete se quitó la chaqueta y se la aventó a don Santiago, que lo que le aventó fué el capote de pasearse, y que no es cierto que se le metió al toro por las manos y le salió por las patas, que fué un cambio de rodillas, y que no eran miuras, que eran toros del rancho de San Elías, y que la oreja no se la dieron para que la alce de recuerdo, sino que ese es el costumbre cuando quedan bien, y que yo no entiendo nada de toros, y que nunca he visto nada y que soy ratón de un abujero, que nunca he salido de aquí y que por eso no entiendo nada ni he visto nunca nada y otras muchas cosas y críticas que no vienen al caso y que para qué se las digo, pues ya todos las saben.

Es muy cierto que yo no sé nada de toros y que es la primera corrida que veo y que nunca he salido de esta bendita tierra que me vió nacer, ni tampoco pienso salir, aunque les pese a muchos, pues ya saben que aquí pienso morirme de viejo o de alguna otra enfermedad; pero yo digo las cosas como las vi, sin quitarles ni ponerles nada, y yo vi clarito que Juan Silvete se le metió al toro por las manos y le salió por las patas, hincado y como gateando, y también vi que le aventó a don Santiago una chaqueta grande que traía cobijada como sobretodo, y si vi mal porque estaba muy lejos o porque tengo mala vista, yo no tengo la culpa y eso no quiere decir que eche mentiras; y tocante a las demás críticas, pues era mejor callarme y no decir nada; pero no quise quedarme callado para que no vayan a creer que soy más tonto de lo que piensan y que me quedé callado por eso.

Y, por otra parte, ya no puedo cambiar el argumento de mi poesía porque así se la mandé regalar a Silvete y si se la pido que me la devuelva de nuevo, dirá que si andamos jugando o qué, y además que ya les repito que yo vi todo lo que puse en el argumento de mi poesía y que no tengo la culpa si vi mal, y que tampoco tengo la culpa que en muchos periódicos que he visto les digan a los toros fieras, bestias, cornupetos, miuras, furrieles y otros nombres que no me acuerdo horita, pero que todos vienen a ser y quieren decir lo mismo, y por eso yo en mi poesía le dije fiera, miura y cornupeto al toro que toreó Silvete.

Entonces de qué se admiran.

LA CUNA DE LA INDEPENDENCIA

Es bueno reclamar nuestros derechos
y no dejarnos que nos hagan menos.
¡Qué se aclaren bien todos los hechos
y se deslinden bien todos los terrenos!

Todos nomás se acuerdan de Dolores
y todos dicen que allá fué la cuna,
y se queden muy serios estos señores,
cual si no hubiera diferiencia alguna.

Y entre si será o no será,
no creo justo que a nadie se prive,
pues la honra es del que la da
y no del que la recibe.

Y para que con críticas no empiecen,
les diré unas palabras muy seguras:
¡La cuna es nomás donde las mecen,
pero no donde nacen las criaturas!

Y yo he sabido de muy buena fuente
y de muchas personas de conciencia
que aquí, en mi tierra, fué precisamente
donde comenzó a nacer la Independencia.

Porque en una sabrosa tamalada
que del río de La Laja aquí en la orilla,
le dió la gente fina y educada
al cura don Miguel Hidalgo y Costilla,

Este señor, al ver que la corriente
corría LIBRE y sin mucha resistencia,
se pensó que era cosa muy prudente
dar el grito y clamar la Independencia.

Y desde entonces siguió duro y duro,
piense y piense nomás esos negocios,
y para andar en ellos más seguro,
procuró agenciarse algunos socios.

Y cuando los tantió más descuidados
y que estaba bonita la mañana,
se conchavó a los presos y soldados
y mandó que sonaran la campana.

Y luego luego se formó la bola.
Con hondas, con machetes y gorguces,
en montón, cual si fueran una ola,
corriendo hasta el Monte de las Cruces.

Y al fin los pepenaron a traición,
pero ninguno se hizo para atrás,
y de ese modo la revolución
siguió todos los días a más y a más.

Pero de esa tremenda pelotera
aquí realmente se prendió la mecha.

Sólo podrá pensar de otra manera
la gente que no se halle satisfecha.

Pues con todas las pruebas que presento,
sólo la gente falta de conciencia
podrá negarme ni por un momento
que aquí empezó a nacer la Independencia.

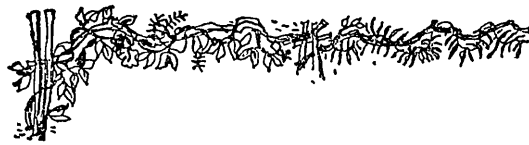
Pues fué aquí donde Hidalgo, cura sere
y hombre ya macizo y de experiencia,
se pensó nos quitaran el Imperio
y nos pusieran ya la Independencia.

Sería, pues, bueno, como ya les dije,
reclamar sin temor nuestros derechos,
y pedirle al Gobierno que se fije
si al caso no son buenos esos hechos.

NOTA.—Muchos me alegan que la Historia no dice nada de lo que yo pongo en esta histórica poesía, y por eso me la andan criticando y diciendo que no es cierto y que no se crean; pero no consideran estas gentes que tampoco dice nada de lo de Valentín Mancera ni del becerro con tres cabezas que nació en la hacienda de La Nopalera ni de otras muchas cosas que han sucedido por aquí cerca, y no por eso vamos a decir que son mentiras; y tampoco se fijan que no es fácil que la Historia esté al pendiente de todo lo que pasa en todas partes.

Además que yo no sé a qué vienen tantas alegatas, como si no vieran las pruebas que presento en mi poesía. Lo que sucede es que no pueden ver ojos en otra cara y andan ardidos porque yo fuí el que sorprendí el negocio.

A fe que si han sido ellos... ¡Cómo anduvieran resplandeciendo y sacando convite con la noticia!



AL RIO DE LA LAJA

Que corre dulcemente a las orillas de esta bendita tierra que me vió nacer.

¡Oh!, río de La Laja
que ruidoso baja,
trayendo en sus aguas
troncones y naguas,
animales muertos,
indios medio yertos,
becerros hogados,
cuerpos aventados
y otros equipajes
que hay en los parajes
por tí atravesados.

Baja tu corriente
muy dulce y sonriente,
cuajada de lodo,
llevándose todo
lo que hay en la orilla,

y van en pandilla
tus aguas risueñas
arrancando peñas,
mezquites tumbando,
perros arrastrando,
milpas destruyendo
y, siempre corriendo
muy dulce y sonriente,
un montón de gente
vas antecogiendo.

Pero, sin embargo,
yo no te hago cargo
de tantas maldades,
y en mis soledades,
¡oh, río murmurante!
sueño delirante
con el alma toda
en hacer mi boda
junto a tus orillas,
en bailar cuadrillas
en tus enramadas,
y en tardes calladas,
tristes y sonrientes,
venir con mis gentes
a hacer tamaladas
y a comernos juntos
unas enchiladas,

mientras los inditos
llegan muy gustosos
con unos sabrosos
frijoles refritos.

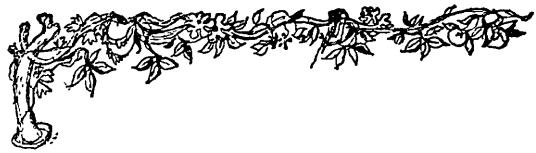
NOTA.—Ya saben que a mí me gusta decir clarito las cosas y no andar buedando.

Esta poesía me la revisó y me la corrigió un poeta de la Capital de la República, íntimo amigo y con el que me carteo muy seguido, pues me dijo que a unos versos les sobraba y a otros les fatalba, y también les cambió unas palabras por otras.

Yo pasé por todo y nada le otorgué porque conozco sus buenas intenciones y sé que es muy buena gente y muy católico y qué tan buen poeta no será que hasta canciones y corridos suyos cantan los músicos andulantes en la calle, y además es mucho mi amigo y se lo agradezco mucho.

Con todo y eso, la mera verdad es que a mí me cuadraba más mi poesía como yo la hice; pero ya ni modo, no me queda más remedio que aguantarme, pues si la pongo como estaba, dirá este buen señor con mucha razón que qué jais de amigo soy yo, que entonces para qué se la mandé a corregir, y que si lo ha sabido, ni siquiera se ocupa ni pierde su tiempo.

Ya ven, pues, que no se puede y aquerero no nos conformamos. Hay haber si en otra ocasión puedo enseñarles mi poesía, tal como yo la hice, haber qué les parece, pues lo que es ahora... ¡ni pensarlo!



LO QUE VA DE AYER A HOY

Hace poco se usaban los Jefes,
pero hoy dicen que son Presidentes.
Muchos sustos les dan a las gentes
y siempre andan con tejes manejes.

Y es que agarran a un cualesquiera
y le dicen: "Andale, tú mandas";
y se ponen tamañas parrandas,
y se cargan la gran borrachera.

Luego luego se fajan pistola
y se aplastan detrás de una mesa,
y muy serios menean la cabeza
y todo el día se están dando bola.

Y clavados, clavados de codos,
se disgustan con uno por nada,
y nos tratan con muy malos modos
y hasta multan por una orinada.

Y aunque miren que gritan las gentes,
ni tantito por eso se aplacan.
Lo que quieren es ver cuánto sacan
y cansarse de ser Presidentes.

Si no, ahi tienen a Cármel el Güero,
que jamás se pensó ser alcaide,
y hora dicen que no le habla a naide *
y hasta trai unas botas de cuero.

Y trepado sobre una sardina * *
que parece barata de huesos,
va al mesón que con multas y presos
está haciendo al voltiar de la esquina.

Está bien y cualquiera procura
que las cosas ya cambien un poco;
pero no que ajuarién cualquier loco
y lo planten en la Jefatura.

Era bueno juntarnos en junta
y ayudando, aunque sea de a poquito,
remitirle al Gobierno un escrito
para hacerle una simple pregunta.

Preguntarle si no cree prudente
que el abuso ya tenga relevo
y un buen Jefe nos ponga de nuevo
en lugar del mentao Presidente.

Mas si sale el remedio casero
y se sigue poniendo esto feo,
la verdad yo mejor clausureo
y me quito de andar de argüendero.

Pues si veo que ya no hay ciudadanos
que le busquen el modo y manera,
lo mejor es lavarme las manos
y que cada quien haga lo que quiera.

* Ya muy bien sé que no se dice *naide;* pero le puse así porque si no, no casaba con *alcaide,* y entonces habían de decir que no sé hacer poesías. Les hago esta advertencia porque ya parece que miro a los lenguas largas de mi tierra muertos de gusto, sobándose las manos y diciendo "¿Quiúbole?", con harta risa.

* * Caballo flaco y mal comido.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Viendo que ya van muchas *notas y notas* que pongo abajo de mis poesías y pensando que esas *notas* pueden motivar que los turbe y que no lean agusto mis poesías y que se les vaya la idea y no las entiendan bien por andar leyendo las *notas*, he pensado que es mejor ya no poner más *notas*, sólo las que sean muy necesarias; pero otra vez quedan ustedes advertidos y bien sabidos que algunas poesías me las corrigieron algunas personas de muy buena voluntad y muy amigos del autor, y que no por no poner más *notas* vayan a pensar que desconozco el favor y que me desdigo, y que ya eso quiere decir que no me las corrigieron, pues eso no es cierto y ya saben que les estoy muy agradecido.

Su inútil y seguro servidor.

EL AUTOR.

OTRA ADVERTENCIA PRELIMINAR

Después de que puse la otra *Advertencia Preliminar,* pensé que las cosas no quedan bien así, pues puede dar lugar a muchos enredos y equivocaciones y hasta sentimientos y habladas.

Y por eso pensé poner esta *Otra Advertencia Preliminar* para decirles que, en lugar de las *notas,* mejor voy a poner una señalita abajo de cada poesía corregida, y ya con eso ustedes echan de ver que me la corrigieron y todo queda aclarado y sin telas de juicio.

Pero, pensándolo mejor, siempre no pongo nada de señales, alcabo con las *notas* que llevo puestas les he dado pruebas de que muchas poesías me las han corregido, y así con eso ya quedan bien sazonados de que algunas me las corrigieron, y no pueden decir que ando resplandeciendo con lo ajeno.

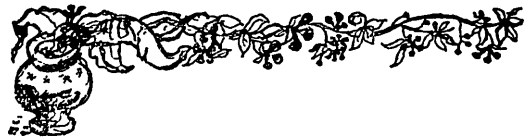
Ya saben, pues, que siempre no pongo nada de

señales; pero que eso no quiere decir que no me hayan corregido algunas poesías, aunque no tengan señales abajo.

Su inútil servidor.

EL AUTOR.

SIGUEN LAS POESIAS



COMO JULIETA Y ROMERO

El corazón humano de la gente
es cual una vejiga que se llena.
Echándole más aire que el prudente,
se va infle y infle y infle hasta que truena.

Y como el mío también es de cristiano,
se ve muy atariado y sumergido,
pues si siguen cargándole la mano,
el día menos pensado da el tronido.

Ya los ves, tus papás no se convencen
y no me dejan platicar contigo.
Está muy bien, yo nos los contradigo;
pero siempre está bueno que se piensen.

Pues no pueden hallarse muchas veces
personas como yo, que sean honradas,
que sepan aguantar sus pesadeces
y que no anden con chismes ni asonadas.

Yo procuro granjiarlos cuanto puedo
y les doy la banqueta y los saludo;

pero nomás se quedan como un mudo
y me echan unos ojos que da miedo.

Y aunque vean que uno sufre y que se afana,
parece que les tiene sin cuidado.
Ya ves, ya remacharon la ventana
y al zaguán le metieron un candado.

Y de arrimarme a tu balcón no hay modos,
ni pisando quedito y sin botines,
pues sale tu mamá y avienta orines
y grita cosas para que oigan todos.

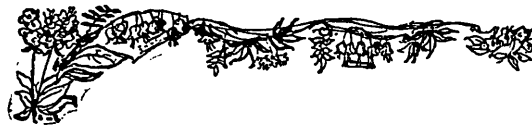
La verdad que ya yo me desespero,
y si siguen así estos asuntos,
no hay más remedio que enyerbarnos juntos,
como lo hizo Julieta con Romero.

NOTA.—Julieta y Romero eran dos enamorados muy conocidos que hubo hace muchos años. No he podido averiguar el nombre del individuo ni el apelativo de la señorita, pues toda la gente los mienta nomás así; pero dicen que, como los papás de la joven estaban muy renuentes y no querían que tuviera relaciones con el señor Romero y por nada de este mundo la dejaban que le hablara, pues ella les echaba un bebedizo en la cena, y ya así de ese modo se pasaban toda la santa noche platicando por una ventana. Pero, con todo y eso, pasaban tantos trabajos y se vieron tan agobiados, que al fin acabaron por enyerbarse juntos para quitarse de padecer. ¡Dios Nuestro Señor los haya perdonado y los tenga en su Santo Reino, siquiera por tanto como navegaron en este mundo! Y a eso es a lo que yo le tengo miedo. Por eso pongo esta triste poesía, porque no quiero que vaya a suceder lo mismo con nosotros.

ESPIACION

La idolatré con un amor inmenso,
la adoré cual incienso
y casi me morí;
pero... ¡nada!
Nunca alcancé una dulce mirada,
ni un triste beso le merecí.

Hoy cuando me la encuentro,
prontamente me meto para adentro
de una puerta o zaguán
y, espiándola por un abujerito,
digo recio y quedito:
—¿Ya lo ven? ¡Donde las toman las dan!



IMPLORACION

Dicen que Juan el gordo le habló a Clara
y unos plegones y una mala cara
fué lo que se sacó;
pero hoy que la encontró, le dió un pelizco,
le bailó los enanos, le hizo un bizco
y encase don Loreto se escondió.

Quiensabe si se forme un chisme grande
y que ya Clara ande
buscando ruido por la vecindad;
pero Juan dice que no le hace fuerza,
y es fácil más pelizcos le retuerza,
si ve que hay necesidad.

NOTA.—Ya vi a Juan para hacerle ver no es propio lo que anda haciendo; pero dice que no tuvo chiste ni fué cosa mayor el pelizco que le dió a Clara; que sólo lo hizo de por no dejar y para ver si se le quita tantito lo curtida; pero que ni siquiera se lo retorció.

De ese modo ya la cosa cambia, y clarito se hecha de ver que no es cierto y que sólo fué una imploración de gente desocupada y sin quiacer.

MEJORAS MATERIALES

Para mi hermoso Pueblo.

Si las hormigas chancharras
perjudican el jardín,
que les pongan unos tubos
soldados con pergamín;
y en caso que no escarmienten
y sigan perjudicando,
entonces que las revienten
y ya no anden molestando.

Si de noche los coyotes
quieren meterse a las huertas,
hay que cerrar bien las puertas
o tener buenos garrotes;
y si el remedio no basta
y quieren cenar gallinas,
que les pongan una pasta
compuesta con estrigninas.

Si en la calle los borrachos
siguen con sus orinadas,

que paguen unos muchachos
que les avienten pedradas;
y si ni así se moderan
y obligarlos es preciso,
entonces, ¿para qué hay cárcel?
Yo creo que por algo se hizo.

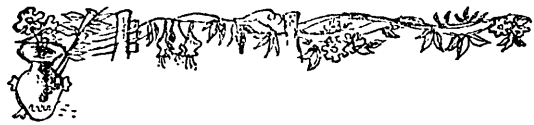
Y si los presos se saltan
por las bardas del corral,
llevándose el nixtamal
y muchas cosas que faltan;
que al meterlos al encierro,
en vez de darles petates,
los amarren con mecates
y les pongan allí un perro.

Si los gendarmes se embriagan
con mezcales y aguardientes
y los faroles se apagan
y se testerean las gentes;
un remedio convendría
que da muy buen resultado:
¡Que presen la policía
y quiten el alumbrado!

Si del kiosco de la plaza
se cain los músicos luego,
mejor que le prendan fuego
y se vayan a su casa;

pero si en los festivales
quieren música de aliento,
pues pónganle unos puntales
cuatrapiados con cemento.

Hay otras muchas mejoras
que pide la población
y que, por poca atención,
hasta hoy sólo han sido pioras,
y que, según he sabido,
aunque alguien haga espamentos,
sólo por puro descuido
no hacen los Ayuntamientos.



¡HORA LO VERA!

A Juan el Comandante de la Policía, no por otra cosa, sino para que vea que no es lo mismo comer que aventarse con los trastes.

¡Ah, qué charriada tan chula
tuvimos el otro día!
Hubo bastante alegría,
y yo andaba en una mula.

Yo no quería travesiar
porque no soy de a caballo;
mas no me pude negar,
pues me convidó don Chayo.

Y ya todos en la bola,
comenzaron a echar piales
y a tumbar los animales
jalándolos de la cola.

A don Mónico Martínez
la riata le mochó un dedo,

pero salió del enredo
curándose con orines.

Y a don Luis, el de Villela,
que allí pasó su mal rato,
le sacaron una espuela
con toditito y zapato.

Y yo nomás por un lado,
pero fijándome en todo
y siempre buscando el modo
de no salir desairado.

Y aunque antes no sabía nada,
todo eso me sirvió harto,
pues aventé una lazada
que por poquito la ensarto.

Mas lo que nadie calcula
es que don Antonio Plata
echó ronda con la riata
y me tumbó de la mula.

Y en menos que se los digo
di tan fuerte costalazo
que me lastimé de un brazo
y algo me ofendí el ombligo.

Y lo que más me caló
en ese terrible instante

fué que Juan el Comandante
al verme cair se sonrió.

¿Por qué habrá gentes tan raras,
envidiosas y sin crianza
que no pueden ni de chanza
ver ojos en otras caras?

Y es que Juan estaba ardido
de ver que eché mis lazadas
y que andaba en aquel ruido
con gentes acomodadas.

Pero eso sí les prometo,
en la primera ocasión,
pegarle un buen sofocón
y quitarle lo faceto.

Pues pienso que los Medinas
me enseñen en corto plazo
a echar piales, crinolinas
y hasta uno que otro balazo.

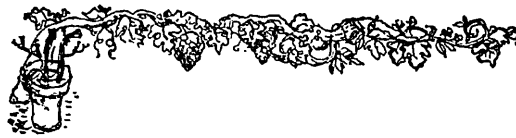
Y cuando esté medio listo
y ya las pueda tantito,
entonces sabrá Juanito
lo que es andar de burlisto.

Nomás me hago gata mansa
para que crea que ando igual,

y enfrente de él suelto un pial
que hasta la duela la panza.

Y cuando Juan vea mi lazo,
le digo:—"No te retuerzas",
y le aviento un buen balazo
con todititas mis fuerzas.

Pero no con la intención
de ponerlo en agonía;
sólo como una lección
para que ya no se ría.



MISERERE

A mi fino compadre don Antonio Magaña

Mi compadre don Antonio
tiene una güerta de limas
y anteantier quiso el demonio
me invitara con mis primas.

Todos con satisfacción
nos fuimos a la merienda,
y al pasar por una tienda
compré algo de chicharrón.

Y ya en la güerta sentados,
gozamos de lo presente,
pues todos tienen buen diente
y los train muy afilados.

Y entre si quiere y no quiere,
me eché como medio ciento,
y me agarró un miserere
que ya mero no lo cuento.

Y de allí desde la orilla
hasta el propio domicilio,
me llevaron en camilla
y pidiendo mucho auxilio.

Y ya viéndome en mi centro,
mandé por algún doctor,
pues sentía como un hirvor
que me andaba por adentro.

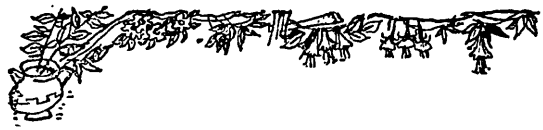
Y después de muchas cosas
y cobrarme medio hidalgo,
al fin con unas ventosas
pude recobrarme un algo.

Y al verlas tan asustadas,
así les dije a mis primas:
—lo malo no está en las limas,
sino en que fueron perchadas.

Pues son fruta de valía,
fresca y de mucha sustancia,
mas no la coman con ansia
ni menos con guzguería.

Y procuren al comerla
tener mucha precaución,
para no ir a revolverla
junto con el chicharrón.

Pues esto es tan prejuicial
y tan malo de por sí,
que ya vieron lo fatal
que me andaba yendo a mí.



PASION

Para M. S.

¡Háblame! Que tu voz arrulladora
me siga donde yo ande, Manuelita.
Mi pecho silencioso necesita
sentir cual los fulgores de la aurora.

¡Mírame! Son tus ojos tan sombríos
que parecen el lucero de la tarde.
Cuando me miras hasta la alma me arde
y empieza luego con sus desvaríos.

¡Amame! Nada valgo, pero si acaso
llegas a amarme con amor ardiente,
pasaré entre la bola de la gente,
y haber si pueden estorbarme el paso.

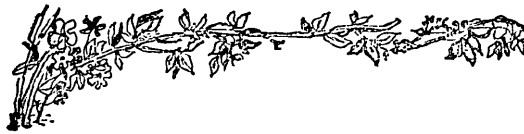
Voz, miradas y amor, todo de un tiro,
quiero tener en esta vida amarga,
y así la vida se me ha de hacer más larga
y ya no habrá ni llanto ni suspiro.

Y envuelto en los fulgores inviolables
de tu voz, de tu amor y de tu mirada,
ya no podrán gritar ni decir nada
esos que andan por ahi de miserables.

Pues ya cierto y seguro de los confines
de ese amor tan inmenso que me abrasa,
podré toserles recio a los catrines
que se paren enfrente de tu casa.

Escucha mi clamor y mi triste grito...
¡Que me hables, que me ames, que me mires
y que siempre que llores y que suspires
te acuerdes de este pobre Margarito!

NOTA.—Para hacer estos hermosos versos comencé a tomar como muestra unos del señor don Manuel M. Flores que vi en un libro de poesías que compré cuando fuí a Celaya en aquella triste ocasión, que por cierto no compré más que ese libro y un cajoncito de cajetas, pues no me sentía con alientos de nada y lo que quería era devolverme cuanto antes para mi tierra; pero luego después ya los seguí a mi modo, pues sólo para el comienzo los tomé de muestra.



¿COMO LE HARÉ?

Le mandé una cartita con Delfina,
y no me contestó;
le mandé otra con Luis el mandadero,
y no la recibió;
le envié una ramo de flores con tía Sixtos,
y mucho se enojó,
y ayer, que le tosí dos o tres veces,
ni siquiera voltió.

Yo quiero que me digan con franqueza
cómo le voy a hacer
con tantos quebraderos de cabeza
causa de esa mujer

Si paso por enfrente, se me esconde;
si le escribo una carta, no responde;
no se asoma al zaguán ni a la ventana;
a misa siempre va con la mamá;
en la calle siempre anda con su hermana,
y si hay un bailecito, nunca va.

Nunca la veo en una serenata;
tampoco va el domingo a el Estación.
Por eso estoy creyendo sólo trata
de ponerme en terrible parangón.

Yo no estoy cierto si lo hará deadrede
o por temor a enojo familiar;
si será de deveras que no puede
o lo hará por hacerme repelar.

Mas como el modo no me proporciona
de declararle este amor inmenso,
la verdad..., mejor pienso
poner los ojos en otra persona.

Sirve que así me quito
de andar como el perrito,
para allá y para acá,
muy serio, muy chistoso y muy travieso,
nomás siguiendo el güeso,
mientras toda la gente... ¡ja, ja, ja!

Y así me dejo ya del quebradero,
y me evito también que la cristiana
me ande nomás con hoy y con mañana,
como si fuera un triste limosnero.

EPIGRAMAS

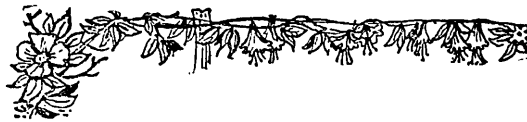
Para Baldomero Martínez.

A la sombra de los sauces
se andaba pasiando Juan...
No hay remedio, así es la vida:
¡Donde las toman las dan!

Una noche en la partida
me saqué como diez pesos...
No hay remedio, así es la vida:
¡Tienes que darme unos besos!

Dicen que sale un fantasma
trepado sobre un birloche. ..
No hay remedio, así es la vida:
¡No andes saliendo de noche!

Y en fin, para no cansarte,
no digo lo que te toca...
No hay remedio, así es la vida:
¡Mejor cállome la boca!



POR LA ENFERMEDAD

Con esa calor tan fuerte
que hace por estas soledades,
se han soltado muchas enfermedades
y anda muy entusiasmada la muerte.

Apenas se descuida uno tantito,
como si no viniera al caso,
se arrima poco a poquito...
¡y que le jinca el guadañazo!

Si no, ahi tienen a doña Juanita
que, en menos que yo hablo
nomás se quedó como una palomita,
diciendo: ¡Ah, Diablo! ¡Ah, Diablo!

Y ahi está también don Ventura,
el que era Jefe del Estación:
¡Pues no se murió de una soltura
que le provino del esternón?

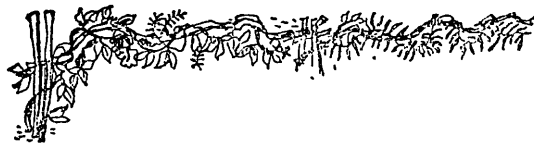
Así es que nadie se atenga,
ni se anden con sevasivas,
y que las gentes se pongan muy vivas
y dispuestas a todo lo que venga.

ORILLEJOS

¿Quién me llama la atención?
—El Estación.
¿Quién hay que mis pesares calme?
El Empalme.
¿Y quién sofoca mis males?
—De González.
Por eso mi pobre corazón
tiene unas ganas fatales
de pasiarse por el Estación
del Empalme de González.

¿Qué como cuando hago rimas?
—Unas limas.
¿Qué pueblo es el que más quiero?
—Chamacuero.
¿Y quién murió alrededor?
—Comonfort.
Por eso con gran sabrosor
seguiré haciendo mis rimas
y gustando de las limas
de Chamacuero de Comonfort.

¿En dónde se hogó mi tío?
—En el río.
¿Dónde tu amor te pedí?
—También allí.
¿Dónde juego a la baraja?
En La Laja.
Por eso, si no hace frío
en días que no se trabaja,
luego lloro y luego me río
junto al río de La Laja.



PARA UNA INGRATA

Por la que ya saben, no por nada, sino para que se dé cuenta de lo que puede acontecer si sigue de importuna.

Esos mercurios de la luna
que sólo brillan ya de noche
se me afiguran el reproche
de algún piedrazo en la laguna.

Y los fulgores de esa esfera
que brilla allá en el firmamento,
se me afiguran el lamento
de algún mortal que feneciera.

¡Mujer ingrata y importuna
que no haces caso de este amor!
¡Ni que tuvieras el fulgor
que nos retacha de la luna!

¡Ni que tú fueras ese globo
que brilla allá en el firmamento

y yo estuviera como un bobo
nomás mirando el monumento!

Y ni que fueras una estrella
tan relumbrosa como el sol,
de esas que dejan una juella
de verde nácar y arrebol.

Es necesario que te expliques
y no andes ya con ese enredo,
y que no creas te tengo miedo,
pues fácil es te perjudiques.

Porque si sigues de importuna
y me comienzas con perjurios,
piensa nomás en los mercurios
que cain ya noche de la luna.

HISTORIA FATAL

¡Tan, tan, tan!
—¿Quién toca en el zaguán?
—¡Yo!
—¿Quién es yo?
—¡Margarito!
—¿Cuál Margarito?
—¡Ledesma!
—¡Lárguese de aquí, que no lo necesito,
y no vuelva ni en toda la Cuaresma!

Así pasó la historia, se los juro;
así sucedió todo.
Sólo malas razones y mal modo
fué lo que me saqué del triste apuro.

Yo iba tranquilo, con mi pecho sano,
como todo un caballero,
no a pedirles favores ni dinero,
sino a pedir su mano.

Y ya hasta me encontraba aprevenido
para comprar las donas,

pues no esperaba ser mal recibido
por aquellas personas.

Ni pensé fuera infiel y engañadora,
como al fin y al cabo sucedió,
pues a la hora de la hora
ella misma fué la que me corrió.

Sí, ella fué
la que desde adentro del zaguán
me echó el reperiquete,
y yo sentí como si fuera un can
que le prenden un cuete.

Y no he vuelto a pasar por esa calle,
ni en mi vida espero volver a pasar;
pero no se me olvida ese detalle,
ni es fácil se me llegue a olvidar.

No quiero mentar nombres ni dar quejas,
ni verla ni acordarme de aquel hecho.
Cuando la veo, se me adultera el pecho
y empiezan a zumbarme las orejas.

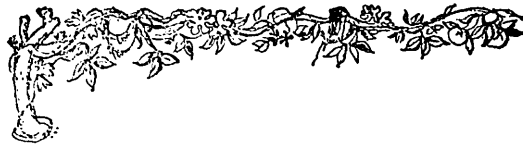
Supe después que se casó muy pronto
con cierto rancherón boca de palo
que dicen es ya viejo, feo y tonto,
muy jugador, borracho y harto malo.

Que, cuando anda bebido, se avalienta
y agarra tanta fuerza y tanto filo
que a la mujer la sanjuanea de un hilo
y luego hasta los oidos le revienta.

Pero a mi saber eso no me importa,
ni nada ya con ello remedeo.
Algunos dicen que la vida es corta,
y yo también así lo creo.

Pero eso sí les digo, porque es cierto,
y hasta les puedo presentar testigos,
que en este mundo hay premios y castigos
y que Dios no se ha muerto.

Y no crean que por este sucedido
le agarre algo de tirria a Chamacuero.
Aquí me puso Dios, aquí he vivido
y aunque a muchos les pese, aquí me muero.



POR LAS CONTRIBUCIONES

Dedico esta triste poesía a todos los que tengan picos pendientes con la Duana, con el único fin de avisarles que se pongan listos y no vayan a verse en el penoso caso de que los dejen en la calle de la noche a la mañana, como le pasó a Nicanor Olvera.

Eso de las contribuciones
anda por aquí muy duro.
Si no pagas, te aseguro
que se adjudican tus posesiones.

Pues aunque grites y enfades,
si no te pones muy chango,
te pasa lo que en Durango
que te especulan tus propiedades.

Y si el caso se complica
y llega a cosas mayores,
los demontres de ispetores
te apean hasta la basinica.

Y no andes con sevasivas
ni quieras sacarles tratos,
porque esos hombres ingratos
te sientan por mientras vivas.

No empieces, pues, con idea
ni comiences a negarte,
pues pueden arcabuciarte
y nada se negocea.

Dicen que a los que se nieguen
los tratan sin compasión,
y avientan al aventón
y péguenle al que le peguen.

Por eso yo te aconsejo
que tú te pongas muy chango,
no sea que, como en Durango,
te quiten hasta el pellejo.

INJUSTICIAS

Ayer don José María
me tumbó de una pedrada,
y creo que no fué por nada,
porque yo nada le hacía.

Yo le reclamé al momento
su cochino proceder;
pero no quiso entender
y se puso más violento.

Y en vez de explicar motivo,
como persona educada,
me dió tan fuerte guantada
que por un milagro vivo.

Entonces yo, cabizbajo,
quise decirle su precio;
pero me pegó más recio
y me tumbó bocabajo.

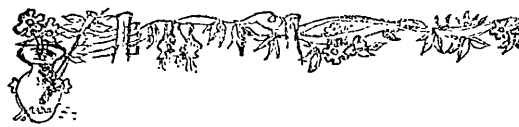
Ya con esto me paré,
y viendo el fuerte disgusto,
siempre me dió algo de susto
y al señor Juez le avisé.

Pero muy mal me resulta
porque, como éste es su suegro,
me dijo: "¡Mucho me alegro!",
y hasta me encajó una multa.

Y viendo que este señor
se hizo al lado de su yerno,
he calculado mejor
quejarme con el Gobierno.

A ver si allí hallo consuelo
y no vuelve a darse el caso
de que al puritito hachazo
tumben a uno en el suelo.

NOTA.—Publico este sucedido para ver si hay alguno que se lo enseñe al interpelado. A ver si así de ese modo se asusta, y ya no sigue cometiendo abusos tan grandes.



LAS PROPAGANDAS ALARMENTOSAS

En estos tiempos no se dediquen
a propagandas alarmentosas,
pues es muy fácil se perjudiquen:
ya ven qué fieras están las cosas.

No anden diciendo que por ahi andan,
ni si son hartos o si son pocos;
ya ven que luego los que los mandan
a puros sustos nos vuelven locos.

Ni anden diciendo si train machetes,
si train garrotes o si train balas,
porque se ponen en esos bretes
y luego dicen que es la demalas.

Ni anden con cosas que no convienen
a media calle, muy asustados,
nomás gritando que por ahi vienen,
que por ahi andan los pronunciados.

Vicente Sierra, ya lo veían,
nomás en eso se la pasaba,
nomás gritando que ya venían,
y a todititos nos asustaba.

Y el perjuicio era para el comercio.
Unos cerraban sus tendejones
y otros dejaban afuera un tercio,
para el provecho de los uñones.

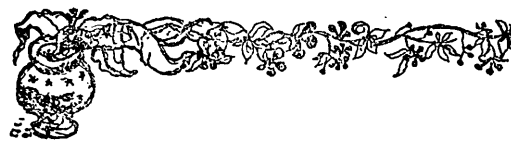
Y mientras uno se remachaba
a piedra y lodo, muerto de miedo,
Vicente Sierra se carcajiaba,
porque todo era purito enredo.

Es necesario piensen tantito
que no es prudente ser tan injusto.
¿No ven que a muchos, en un ratito,
pueden matarlos nomás de un susto?

No, no la atrasen; sean más prudentes.
Es necesario piensen un poco
que con alarmas inconvenientes
cualquier cristiano se vuelve loco.

Por eso no hagan ya rejolinas;
ya no se metan en esas cosas,
ni nunca se anden por las esquinas
con propagandas alarmentosas.

NOTA.—Les hago esta advertencia para que después no se quejen a mí cuando les vaya mal y anden con el ¡Jesús! por los rincones. Ya ven cómo están las cosas. Y no les digo más porque creo que con esto basta y sobra para el que tenga ganas de hacerme caso. Yo salvo así mi responsabilidad y, en lo demás, allá ustedes verán cómo le hacen.



POR EL PAN

El pan que ahora se fabrica
está saliendo muy malo;
sabe así como a botica
y está duro como un palo.

Las semitas y el birote
no se pueden ni mascar;
se atoran en el gogote
y hasta se quiere uno hogar.

Y en fin, sea por lo que fuere,
está saliendo tan peor
que la gente ya no quiere
comprarlo ni al por menor.

Ya ven que soy el primero
en decirles la verdad,
aunque cualquier panadero
me retire su amistad.

NOTA.—Estoy seguro de que Atenógenes, el dueño de "La Camelia", se va a poner muy enojado cuando lea esto, y hasta es fácil que ya no mande a don Chón que me lleve el pan a mi casa; pero primero está lo primero y el bien de mi pueblo, y todo lo demás me tiene sin cuidado. ¡Alcabo más se perdió el año del diluvio!

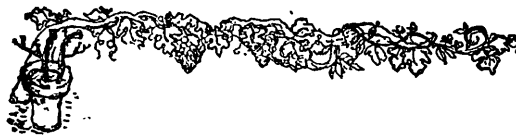
EN TODAS PARTES COSEN HABAS

Al ir ella pasando,
le aventé mi sombrero.
"¡Qué viva Chamacuero!",
le grité con pasión;
y en vez de responderme,
se carcajió de risa,
y se fué más aprisa
y... se desapareció.

Al sentir en mi alma
tan triste desengaño,
hace ya más de un año
que me he puesto a pensar
que hasta por estas tierras
para mí tan queridas,
hay malagradecidas
que no saben amar,
O QUE NO QUIEREN.

NOTA.—Este último agregado que se agrega al acabar los versos y que pongo con letras grandes se llama *Estrangote*, según me ha informado la ilustrada persona y poeta de altos vuelos que miento en mi hermosa poesía llamada *El Trovador*.

Se los advierto para que no vayan a pensarse que fué un equívoco.



LOS MONTEPIOS

Eso de los montepíos
es cosa beneficiosa;
pero también es gravosa,
pues luego nos dejan fríos.

Aunque dicen que se presta,
luego no quieren prestar,
y todito es navegar
y descomponer la fiesta.

Verán lo que a Juan le hicieron,
que estaba de picos lleno
y fué a empeñar un terreno...
y que no se lo admitieron.

Señor, ¿entonces qué pasa?
Es cosa de adivinar
si el dinero es de prestar
o es de guardarlo en su casa.

Si es de guardar, que lo oculten
y no lo anden enseñando,
y si es para estar prestando,
pues entonces que no insulten.

Porque es insulto mayor
llegar con su pecho sano
para que luego un fulano
no quiera hacer el favor.

Además, que ni es favor,
porque si él da su moneda,
uno sin trapos se queda
por dejarlos de fiador.

Bueno es que los Municipios
valgan de personas listas
para que los prestamistas
no sean de malos principios.

Y sobre todo, además,
que cumplan lo que ofrecieron
y no como a Juan le hicieron
que se hicieron para atrás.

NOTA.—Digo lo dicho, más que por otra cosa, por lo que le hicieron el otro día a don Hilario, que no le admitieron un poncho nuevecito y acabado de estrenar por que se les metió en la cabeza que era del coronel Garduño y, sin más averiguaciones, se le negaron del todo y hasta estuvo en peligro de que lo presaran.

LA TONTERA

Es cosa muy aburrida
que las gentes sean tan suatas
y que anden como las ratas,
que no encuentran la salida.

Pero creo muy importante
que haya gentes proyectuosas
que sepan de muchas cosas
y salgan siempre adelante.

El otro día, Feliciana
le preguntaba a don Chon
que por qué las tardes son
más chicas que la mañana.

Y él dijo: "¿Qué no comprende
una cosa tan sencilla
que se estudia en la Mantilla
y cualesquiera la entiende?

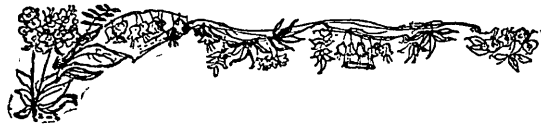
"El sol va por las mañanas
subiendo a la cuestarriba,
y eso a fuerza le motiva
que no lleve muchas ganas.

"Porque siempre la subida
es bastante trabajosa,
y es natural que la cosa
salga más entretenida.

"Pero en la tarde ya nada
detenerse le precisa,
pues camina más aprisa
porque ya va de bajada".

Y en esos mismos instantes
vi que tenía la razón;
llamándome la atención
no haberlo visto más antes.

Y sentí mucha tristeza
que gentes que comen pan
no piensan con la cabeza
y al clavo nunca le dan.



EN EL TROPICO

Con mucho cariño, para Emerenciánita Gaytán, de La Palmilla.

En las noches tropicales,
cuando chiflan las abejas,
¿por qué aguardando me dejas
y a la ventana no sales?

¿Por qué se te olvida todo
y no te acuerdas de nada,
nomás callada, callada,
haciéndome muy mal modo?

¿Acaso te cai pesado
que te mire con ternura
y que entre la noche oscura
te aviente un beso tronado?

No hay razón. ¿De qué te extrañas?
Todos se aman en la tierra.
Algunos se dan sus mañas
y otros tienen suerte perra.

Mas con todo, sin embargo,
¿qué quieres que yo te diga?
Pues no te hago ningún cargo
ni pienses que te persiga.

¿Por qué había de perseguirte?
¡Eso faltaba nomás!
Muy bien puedes desdecirte
y hasta hacerte para atrás.

Pero nunca de mi boca
saldrá una palabra extraña.
¿Pues qué en el cristal de roca
puede criarse alguna araña?

Tal vez te cambie la suerte
y puedas echar de ver
que no es igual ser mujer
que hombre feo, formal y fuerte.

Y entonces claro se siente
que ya no es el mismo modo...
Si no, a ver, muérdete un codo
sin que te ayude otra gente.

Ya quedas, pues, advertida;
no quieras llamarte a engaño:
¡Hay cosas en esta vida
que pueden durar un año!

Y aunque arrugues las narices
y a la ventana no sales,
siempre serán muy felices
esas noches tropicales.

EL AMOR Y EL INTERES

Cansado estoy de la vida.
Ayer me fuí a la partida
y gané como cien pesos;
y ¿qué dirán que pasó?
Pues que hoy, muy de mañana,
pasó ella con su hermana,
y al ir pasando se rió.

¡Mujer pérfida y ingrata,
con razón alguien se mata,
pues ya no puede aguantar!
¿Por qué antes no decías nada
y te hacías disimulada
cuando me veías pasar?

¿Por qué antes no me mirabas
y a la pared te voltiabas
así, cual si cosa tal?
Y ahoy, al pasar a misa,
me miraste y te dió risa...
¿Será porque hay capital?

Ponte a pensar que el dinero
es bastante traicionero
y se acaba en dos por tres,
y al que dinero le sobre
es fácil quedarse pobre
en un resbalón de pies.

Por eso es que, a tu pasada,
esa risa interesada
no me cayó nada bien,
pues me habrías dado de besos
si hubieran sido mil pesos,
así como fueron cien.

Mira: es bueno hacer un trato.
Yo al dinero no le acato;
mas si me quieres querer,
ha de ser porque tú puedas
y no por esas monedas
que bien se pueden perder.

Pues no es justo que en la vida,
cuando vamos de subida
nos traten con gran primor,
y luego ya como esclavos
cuando ven que no hay centavos...
¡Yo creo que ese no es amor!

Y si no, para que veas
que de mí no te chanceas
y que en lo hablado quedamos,
voy a jugar ese saldo,
al cunquián, con don Romualdo,
y si pierdo, NOS CASAMOS.

NOTA.—Les apuesto lo que quieran a que cuando lean esta hermosa poesía que, la verdad, me salió vario bien desde un principio, pero que siempre quedó más atesadita después de que me la corrigieron, luego luego van a echar de ver que es por Panchita Pérez; pero no quise poner su nombre en el argumento porque no se vaya a enojar, pues ya ven que tiene algo de mal genio; pero, eso sí, le puse *nos casamos* con letras grandes para que vean que ni fuerza me hace.

LOS FISGONES

¡Ay, qué modos tan cochinos
y tan faltos de decencia
andarse por los caminos
fisgando a la concurrencia!

Mirando a los que transitan
y si vienen o si van.
La verdad, pues necesitan
que les peguen su San Juan.

Pues precisa en ocasiones
alguna necesidad,
y... ni modo: los fisgones
nomás por la vecindad.

Nomás fisgando y fisgando,
como si les importara.
Pues, ¿qué andan especulando,
como si algo les quedara?

Por eso la autoridad,
de acuerdo con los vecinos,

debe evitar la maldad
de fisgar en los caminos.

Y a todo el que no haga caso
y responda de mal modo,
lo amarran codo con codo
y le peguen un balazo.

NOTA.—Quien quite y ya con esto se asusten y poco a poco se vayan desterrando esas parvadas de fisgones que hay por todas partes y que donde no se meten se asoman.

LA DEMALAS

Yo la quería con toda la alma,
nomás de verla perdía la calma;
pero una tarde triste y fatal,
mandó un recado que se moría,
porque muy mala se consentía,
pues del estómago andaba mal.

Con el sucirio salí violento,
para su casa me fuí al momento
tras del recado que me mandó;
pero la suerte me fué algo inerme,
pues al instante después de verme
dió las boquiadas y feneció.

Y desde entonces nada me espanta...
Como apretado de la garganta,
sigo ande y ande con mi dolor,
pues ya con nada hallo consuelo
y voy a tientas por este suelo,
buscando el rastro de un nuevo amor.

NOTA.—También ésta me la corrigieron suficiente; pero ya ven que con todo y eso siempre quedó bonita.

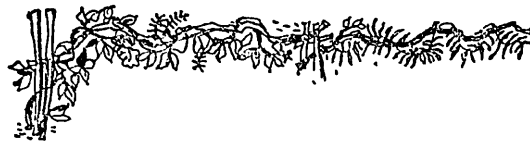
BECQUERIANA

La vi y la amé. Con muchas precauciones
la seguí por la orilla del mercado;
pero metióse en un zaguán cerrado...
y desde entonces ya nunca más
la volví a ver jamás.

Y en el corral, para que nadie viera,
pensé, mientras vareaba un frijolito:
¿Qué el amor es tan sútil y tan fortuito?
Pues entonces ya nunca más
volveré a amar jamás.

NOTA.—Don Nacho el de la botica fué también el que me aconsejó que le pusiera este nombre, y mucho se lo agradezco, pues no le quedó feo.

OTRA NOTA.—El frijol en greña se varea con unos varejones largos, para que suelte la semilla y pueda uno juntarla y alzarla en la troja. Lo pongo aquí para que lo sepan los que no saben de semillas y no vayan a quedarse en ayunas de mi poesía.



BATALLAS DE AMOR

Por una ingrata fuereña.

Pasó tan estirada y tan gargosa
y con unos andados tan decentes,
que voltiaban nomás todas las gentes
y decían pensativas: —¡Haiga cosa!

Y se quedaban lelos de mirarla
con aquella hermosura tan divina.
Algunos la seguían hasta la esquina
y otros hasta corrían por alcanzarla.

Yo también, al mirar ese tesoro,
me indagué de su nombre y de sus señas,
y supe que pendía de unas fuereñas
que llegaron antier de Tarimoro.

Y como no me gustan las tardanzas,
sino hacer todo pronto y al instante,
le puse una cartita muy tronante,
llena de amor y hasta algo de esperanzas.

Y no aguardé contestación ni nada,
solamente esperé que anocheciera
y salí de mi casa a la carrera
hasta llegar enfrente a su morada.

Pero era más mejor no haber llegado,
pues a la luz incierta y meridiana,
vislumbré que, pegado a su ventana,
estaba muy envuelto un embozado.

Y vi que platicaban muy sonrientes
y hasta muy agarrados de la mano,
sin importarle a ella ni al cristiano
que los miraran al pasar las gentes.

Entonces, al mirar ese fracaso,
bastante disgustado y sorprendido,
le jalé la cobija al individo.
y le hice ver andaba en muy mal paso.

Y ¿para qué les cuento lo que hablamos
y el pleitazo tan fiero que tuvimos?
Un porcional de cosas nos dijimos
y bastante las caras nos golpiamos.

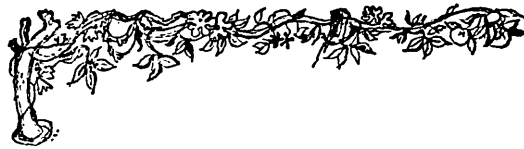
Y, no me lo han de creer: con la golpiza
no le dió a la mujer tantito susto.
Más bien parece que tenía harto gusto,
pues nomás se carcajiaba de la risa.

Al mirar eso, dije:—¡Margarito!
No sigas adelante; aquí no hay modo.
Déjala, pues, y que se acabe todo,
para que vea que no la necesito.

Y entonces, como un último saludo,
antes de fumigarme entre el arcano,
le pegué otras guantadas al cristiano,
y él también me arrimó las más que pudo.

Pero después de tanta fafaralla,
se aclaró que no es gallo de pelea,
porque, cuando ya vió la cosa fea,
me pidió paz y dijo que aquí es valla.

NOTA.—Yo no pensaba poner este penoso sucedido; pero, como en una población chica todo se sabe, yo he sabido que la ingrata mujer anda diciendo que bien que me moquetió el individo y que yo ni las manos metí. Por eso pongo aquí la verdad, para que se sepa y para que vean que hasta las mujeres bonitas saben echar mentiras, pues lo cierto es que, cuando el cristiano se veía muy agobiado con los golpes, nomás decía: "Hora toca descanso", y se tapaba la cara con las manos hasta que se reponía tantito; y yo no llegué a decir nada de eso, y hasta fuí tan legal de esperarlo cada vez que decía que tocaba descanso.

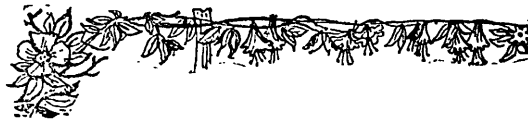


LAS COSAS A TIEMPO

Bien comprendo, mujer, por lo que miro,
que me idolatras con amor ardiente.
Dímelo, pues a tiempo, y tu pendiente
se puede amenorar.

Pero si sigues sin decirme nada
y en el inter encuentro otras querencias,
no me vengas después con imprudencias,
queriéndome alegar.

Pues, como te quedaste sumergida
y no me hablaste en forma clara y pronta,
yo no tengo la culpa que por tonta
no me sea ya posible poderte amar.



LOS LABERINTOS

Se encontraron don Juan y Pancho Trillo
y, haciendo gran mitote,
uno cogió un garrote
y otro sacó un cuchillo.

Pero en vez de agarrarse a las guantadas,
como a muchos les pasa,
cuando vieron las cosas ya pesadas,
uno arrancó por calles alejadas
y otro le talonió para su casa.

Y al ver que no se dieron de moquetes,
les gritó don Pioquinto:
—Entonces ¿para qué andan con sus bretes?
Salió sobrando tanto laberinto.

Pero no se quedó todo pendiente;
porque en medio del ruido de la gente,
Pancho se echó unas copas de mezcal,
y le fué tan rete mal
que lo encajó a la cárcel el Teniente.

Y don Juan, ¡uh!, también salió atrasado,
pues, por el miedo de enseñar el cobre,
se empinó una botella de anisado,
y tan mal le fué al pobre
que también está preso y enjuiciado.

Fíjense, pues, y no anden con tonteras,
como dijo Pioquinto.
Si se pelean, que sea dealdedeveras,
y si no, ¿para qué es ese laberinto?

Y si no quieren que les vaya mal
ni que los traigan luego en los Juzgados,
no anden bebiendo copas de mezcal
ni tomando anisados.

A VER QUE SUCEDE

La güerita de la esquina
nomás voltea cuando paso;
pero yo no le hago caso,
sigo camina y camina.

Y al llegar junto a las trojes,
me paro y digo quedito:
—Pon cuidado, Margarito;
ahi hay agua, no te mojes.

Y sigo hasta el Estación,
pero sin voltiar atrás;
no vaya a ser barrabás
que me mire algún fisgón.

Y comiencen al momento
a decir que si estoy ido,
que cómo ando en ese ruido
ya tan viejo y medio airiento. *

Así es que mejor prefiero
hacer nomás la desecha;
no sea que entren en sospecha
y me den un quebradero.

Porque, aunque sea muy preciosa,
las habladas son amargas,
y aquí hay muchos lenguas largas
y mucha gente envidiosa.

De esas gentes indiscretas
que no saben entender
la eficacia y el poder
que tienen todos los poetas.

Y que, aunque sean ya viejones
y hasta feos y de respeto,
pueden poner en aprieto
a los tiernos corazones.

Pensándolo, pues, mejor,
para ver mi desengaño,
le voy a mandar un paño
con un pomito de olor.

Y si al caso los recibe
y no me hace mala cara,
pues... tope en lo que topara.
¡Adentro y haber quien vive!

Pues veo que todo consiste
en el modo y la manera.
Lo importante es que me quiera;
lo demás no tiene chiste.

NOTA.—Eso de tan viejo y medio airiento lo pongo aquí por lo que calculo que han de decir los envidiosos y lenguas largas de mi tierra, y por darles en la cabeza desde antes; pero no porque sea cierto, pues ya se me afigura que andaba yo agachado y mirando al suelo de puro viejo, como tío Quico: y, tocante a la tiesura de mi pierna, pues ya todos saben que en estos días la traigo así no porque esté medio airiento, sino por las cortas palabras que tuve la otra noche con el cristiano aquel que ni acordarme quiero y que me quería quitar la novia, que al fin siempre me la quitó. ¡Sea por Dios!

Para mayores informes, les encargo que lean la importante poesía que se llama *Batallas de amor*, pues allí verán la causa, razón y motivo de la tiesura de mi pierna.

POR UNA BAILADORA

¡Qué chulo y qué bonito baila Nacha!
Se estira y se alagarta cual culebra,
y luego hasta parece que se quiebra
de tanto que se dobla y se agacha.

Sabe bailar las jotas y cuadrillas,
remolinea la pierna y alza el brazo,
y luego hasta le truena el espinazo
en ese baile que hace sentadillas.

También sabe otros bailes muy decentes
que dicen aprendió en la Capital.
No sé si estarán bien o estarán mal,
pero veo les agradan a las gentes.

Otras veces con un sombrero chato
y un tápalo de barbas, muy floriado,
se pasea sola de uno a otro lado
y cante y cante toditito el rato.

Pero en el baile que hubo en La Palmilla,
traía unos choclos nuevos de charol,
y me dió un taconazo en la espinilla
que me hizo ver estrellas y hasta el sol.

Y yo le dije que no había cuidado,
que ni tantito así me había dolido;
pero ¡mentiras!; me quedó morado
y hasta un tanto cuanto regordido.

Y sentí unos dolores tan violentos
que hasta de vomitar me dieron ganas,
y todavía como a las tres semanas
me estaban untando árnica y fomentos.

Y por esa razón tal vez sería,
o por otros motivos más pesados;
pero ¡palabra! que desde ese día
no me cuadran muchote sus bailados.

NOTA.—¡Cómo me han de cuadrar, si me dejó baldado por mucho tiempo, que casi no podía ni bullirme!

AL GRAN NAPOLION

Dicen que Napolión, cuando era chico,
antes de andar metido en los balazos,
se agarraba en la escuela a los piedrazos,
pero con piedras que al momento explico.

No eran piedras de tierra declarada,
de las que aquí se ven en los baldíos;
sino piedras de nieve manosiada
que se usan por allá en tiempo de fríos.

Es decir, hacían bolas con el yelo,
y todos los muchachos en unión
guerreaban y se daban harto vuelo,
mandados por el grande Napolión.

Y había descalabrados y hasta heridos,
porque todos guerreaban por iguales,
porque también en los Estados Unidos
les cuadra, como aquí, ser generales.

¡Cómo se echa de ver desde un principio
los que tienen valor y son entrones,
pues se ensayaban a guerrear con ripio
para entrarle después a los cañones!

Y desde entonces se vió muy clarito
que Napolión, el rey de las batallas,
era muy de deveras hombrecito,
y ni fuerza le hacía de las metrallas.

¡Oh, Napolión! ¡Oh, genio tan inclito!
Déjame que declare tus victorias.
Ya verás que este humilde Margarito
también las puede con tus grandes glorias.

Y ojalá que también en Chamacuero
naciera un Napolión de esos grandiosos,
que acabara con tanto limosnero
y que corriera a tantos envidiosos.

NOTA.—¡Esta sí es poesía! ¡Esto sí es bueno! Me la corrigió y me la compuso mucho un periodista de Celaya; pero en todo lo demás quedó igualito a como yo la hice. ¡Esta sí me salió bien y de todo mi gusto! ¡Bendito sea Dios!

HIMNO LOCAL

CORO

Ciudadanos: Al grito de alarmas,
que a ninguno le falte el valor,
y que todos agarren sus armas
al sonar la campana mayor.

I

Ciña, ¡oh, pueblo!, tu frente bendita
con coronas de mirtos y rosas,
y que todas las gentes valiosas
se recuerden del gran Comonfort.
Mas si alguno se atreve arbitrioso
a meterse en tus centros poblados,
que toditos se vengan armados
para echar para afuera al traidor.

II

Por si al caso llegara a ofrecerse,
nadien debe negar su presencia.

Que se junten en la Presidencia
y trayendo sus armas los más.
Pues la seña será la campana
o cualquier otra cosa sonora,
y que todos, a lora de lora,
no se vayan a hacer para atrás.

III

Ya lo saben: cuando oigan la seña,
nadien se ha de quedar escondido,
pues es bueno formar mucho ruido
y echar gritos, si al caso los ven.
Y que todos avienten pedradas
y les griten muy recio y violento,
y que avienten balazos al viento
y, si hay modo, a pegarles también.

IV

¡Chamacuero! Tus hijos te ofrecen
desfenderte con todo y su vida
cuando alguna gavilla o partida
venga al són de quererte ofender.
Pues si quieren echársete encima
al pretesto que train muchas gentes,
ya verá ese confín de valientes
cómo aquí los hacemos correr.

CORO

Ciudadanos: Al grito de alarmas,
que a ninguno le falte el valor,
y que todos agarren sus armas
al sonar la campana mayor.

NOTA.—Compuse este Himno para que lo canten todos los vecinos en unión cuando quieran cairnos los revoltosos y amolarnos, y así de ese modo les entre el valor. El Director de la Banda de Neutla se compromisó muy formalmente a componerle su música; pero, como se está tardando mucho y parece que se anda haciendo del rogar, y el tiempo se está pasando y hasta es fácil que se acabe antes la revolución, les advierto que no es necesario esperarlo, pues este himno puede cantarse con la misma tonada del Himno Nacional, pues intencionalmente le busqué el modo y lo compuse apegado a que se pudiera cantar con esa misma tonada. Y si no, ensáyenlo y verán.

Ya ven, pues, que hasta bien salió y que hasta parece que adiviné lo que iba a suceder.

LOS AGARRADEROS

Todos dicen asustados
que hay un gran agarradero,
que a Joaquín el rebocero
lo agarraron los soldados.

Y dicen que a muchas gentes
las han agarrado ya,
y que nadie se les va
y que son muy exigentes.

Yo no sé si será cierto
o si serán puras levas;
pero, por viejas o nuevas,
yo ando con el ojo abierto.

Y para que no me agarren
todo desaprevenido,
voy a quitarme el vestido
y con manteca me embarren.

Así ya podré zafarme,
pues, como puerco encebado,
yo creo que ningún soldado
será fácil agarrarme.

LA ANEGACION DE LA PERLA DEL BAJIO

Para Pancho Borjón.

Dicen que hace algunos años
que se anegó Nuevo León,
y daños intemerables
causó la conflagración.

Que fué un aguadal extenso
el que cayó de los cerros,
y que se hogaban los perros
y no valía ni el incienso.

Que tocaban rogación
en todos los campanarios,
y hasta los más temerarios
pedían padre y confesión.

Que en regiones muy inmensas
subía el agua para arriba,
y con voz perdonativa
todos se pedían dispensas.

Que encima de algún mezquite
se subían muy asustados,
y siempre morían hogados,
sin que le encontraran quite.

Que en una casa redonda,
cerca de la población,
fué tanta la anegación
que pusieron una fonda.

Y en medio de unos barbechos
que estaban recién sembrados,
andaban unos hogados
así como satisfechos.

Que de encima de una torre,
donde dormía el sacristán,
se bajó a la corre y corre,
al ver tan gran mortandad.

Y que de encima de un templo
que estaba todo anegado,
les quiso poner ejemplo
un padre ya tonsurado.

Que de todos los rincones
salían las gentes corriendo,
y algunas se iban sumiendo
y otras daban bendiciones.

Que en la esquina del Parián
estaba una gente muerta,
porque no se puso alerta
cuando llegó el huracán.

Que en toda la población
era tanto el griterío
que todos pedían perdón
en la Perla del Bajío.

Que en un mesón de la orilla
se cayeron los macheros,
aplastando a dos arrieros
de los que mercan semilla.

Que un burro que transitaba
por las calles del Progreso
el agua se lo llevaba,
y él ni siquierda por eso.

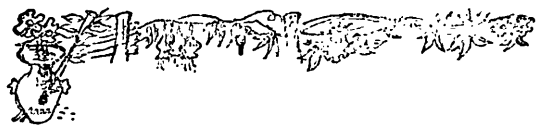
Que en una tienda del centro
fué tan fuerte el huracán
que hasta las piezas de pan
sacaba la agua de adentro.

Y que en una pulquería
que está en frente de una fragua,
el pulque se revolvía
con la corriente de la agua.

Que en el barrio del Coecillo
hubo muertos a montones,
y que muchos resgatones
perdieron allí su brillo.

En fin, fué un agigolón
que ni recordarlo quiero.
¡Dios te libre, Chamacuero,
de tan grande anegación

NOTA.—Pongo esta poesía para que les sirva de ejemplo, a ver si así se enmiendan y ponen más cuidado y atención, pues he visto que, cuando llueve, nadie hace caso y se acuestan a roncar muy descansadotes como si tal cosa, y un día les va á suceder lo mismo; y después no digan que no se los avisé a tiempo y me vengan con sentimientos y reclamaciones.



UNA MANDA A SAN JUAN DE LOS LAGOS

Habiéndome tocado la contingencia
de quebrarse la tabla del excusado,
de buenas a primeras me vi anegado
en un mar de bastante pestilencia.

Y al verme soterrado en cosa blanda,
sin poder resollar casi siquiera,
no hubo remedio, pues mandé una manda
para poder salirme para afuera.

Y entonces una alma compasiva
su mano me tendió bastante grata
y por medio de un gancho y una riata
pudo pronto sacarme para arriba.

Mas ya comprenderán que todo el mundo
me hacía muchos mitotes y mucho asco,
pues era yo como si fuera un frasco
lleno de algún aroma muy inmundo.

Pero con todo yo me di de santos
que me tocara así la buena suerte,

pues peor hubiera sido hallar la muerte,
y luego los mitotes y los llantos.

Así es que sin andar con sevasivas
ni espuesto a las habladas de la gente,
dije: —Lo más pronto es lo más decente,
y no te hagas para atrás mientras vivas.

Y no anduve con trámites ni amagos;
agarré mi maleta y mi bufanda,
y que me voy para pagar mi manda
al pueblo de San Juan el de los Lagos.

Pues lo que más armonía me hizo
fué que, no estando mucho en la miseria,
al tiempo que cumplía mi compromiso
me divertía un ratito con la feria.

Y ya en el camino carrocero,
divisé para todos los caminos
y vi que iban muchos peregrinos,
pero yo había llegado más primero.

Esto ya me quitó todo recelo,
pues fué el empiezo de mi buena suerte,
pues, siendo mi asno de color canelo,
muy voluntario y andador y fuerte,
comprendí que ponía todo su esmero
para que yo llegara más primero.

Así es que, muy feliz y casi ufano
y como todo humilde peregrino,
iba yo por el monte y por el llano,
al trote zas y zas de mi pollino.

Y a Dios haciendo votos muy seguidos
por el favor de mi asno, que es canelo,
pues había peregrinos más fundidos
que sin burros andaban por el suelo.

Fué un viaje algo pesado, pero contento
por montones de sierras y serranías,
y andábamos tan recio como el viento,
caminando de noche y hasta de días.

Nos dormíamos en medio de los arroyos,
de carrera voltiábamos las esquinas
y en los ranchos y casas que había gallinas
nos comíamos las yemas y hasta los pollos.

Pero no se me olvida de un asunto
que en medio nos pasó de unos caminos,
y fué que nos hallamos un difunto
revuelto con los otros peregrinos;
y muy serio y callado, como si nada,
iba muy misterioso, muy calladito,
y nomás eche y eche un ulfatito
meramente de tierra medio mojada.

Y al vernos asustados el sacerdote
y mirar lo malmente que la cosa anda,
nos dijo algo disgusto: —No hagan mitote;
es un muerto que debe también su manda,
y que viene a pagarla muy calladito
y revuelto entre todos, como si nada;
pues ¿qué no ven ustedes el ulfatito
que le sale, de tierra medio mojada?

Y predicó muy largo de ese asunto,
diciendo que cada año, llueva o no llueva,
se pega casi siempre algún difunto
que va a pagar la manda que tal vez deba.

Y nos dijo: "No le hablen, déjenlo quieto,
y váyanse callados, como si nada;
no vaya a desarmársele el esqueleto
y nos pase una cosa medio pesada.

Y también otra cosa se me olvidaba.
Un peregrino quiso pasar el rato
y aventó un pistolazo sobre de un pato
y a una mujer ya mero se lo pegaba.

Y entonces, enojados los celadores,
viendo que están prohibidos los pistolazos,
le dieron una zurra de garrotazos,
y de la garrotiza pasó a mejores.

Y en medio de un arroyo lo sepultamos,
y ya libres de aquella contrariedad,
no hubo nuevos disgustos y continuamos
sin quebrantar las reglas de la amistad.

Y al fin llegamos todos hasta San Juan
y pagamos la manda, que era secreta,
y luego unos se fueron a la roleta
y otros a los albures y al carcamán.

Y como a mí me dieron recio y tupido
y casi me dejaron a raiz y en pelo,
jugué ya de enfadado mi asno canelo
y me quedé tan sólo con lo vestido.

Y tuve que volverme para mis llanos
a pie y algo cansado de las andadas,
con la cara y la nuca llenas de granos
y un sies noes de dolores en las quijadas.

Pero en volver de nuevo otra vez pienso.
pues vi cosas muy buenas y muy curiosas,
pues había un gentilismo bastante extenso
y vendimias y bailes y hartas cosas.

Y me acuerdo que andaba de brigilante
un charro muy decente y hasta ladino
que era como a manera de Comandante
y todos lo nombraban señor Paulino.

Y se agarró a balazos y armó mitote
y bailó sobre un puesto de tacos fritos,

y les dió de guantadas a dos inditos
porque no le percharon un guajolote.

Y a las gentes que andaban por la banqueta
les dió de caballazos con el caballo,
y encima de una mesa se comió un gallo
y moqueteó a los dueños de la roleta.

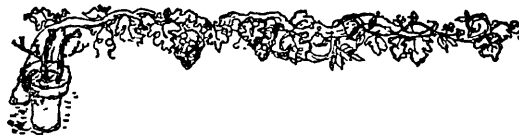
Quebró los garrafones de muchas tiendas,
manumitió dos veces al empresario
y, en fin, armó un mitote tan temerario
que hasta vino el resguardo de las haciendas.

Y aseguraban todos que no le hacía,
que era muy amigote del Presidente,
que siempre le ayudaba toda la gente
y que a los más planchados se los comía.

Y que nomás ya junto con su pandilla,
hacía cera y pabilo la población,
y no era cosa fácil ir a prisión
ni quitarle el destino cosa sencilla.

Y comenzaron a ayudarle todos,
echando gritos y hartas maldiciones
y hasta diciendo que con esos modos
ni lo corrían ni entraba en las prisiones.

Mas con todo y lo mucho que ayudaron,
siempre salió respado don Paulino,
pues al fin le quitaron el destino,
pero la cárcel no se la quitaron.



¡AY, QUE COSAS...!

Se han visto cosas muy duras
en estas revoluciones.
Estropicios, quemazones,
golpizas y colgaduras.

Al señor don Evaristo,
mayordomo de La Palma,
por poco le sacan la alma,
pues estaba muy malquisto.

Le rebanaron los pies
con un machete filoso
y hasta el cuero cabelloso
querían voltiarle al revés.

Las narices le achataron
con las patas de un caballo
y para darse más gallo,
hasta un oido le picaron.

Le dijeron hartas cosas
que no se pueden decir...

En fin, lo hicieron sufrir
vergüenzas muy vergonzosas.

Le jalaron las patillas,
le flamiaron el asiento
y para mayor aumento,
le metieron zancadillas.

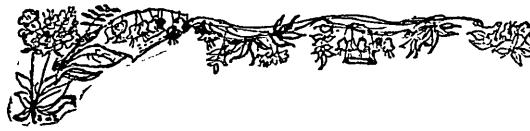
Le dieron hartos pisones
en los callos de los pies,
y con buñiga de res
le emporcaron los calzones.

Le doblaron las orejas,
el arrancaron el bigote,
lo hicieron correr al trote
con unas pantuflas viejas.

Entre todos le pegaron
un montón de cachetadas,
y le dieron de patadas,
y en el común lo aventaron.

Y después de esta contienda
y de tan grandes fracasos,
le aventaron de balazos
y se fueron de la hacienda.

Por eso digo y repito
que en estas revoluciones
hay que andar con precauciones
y tener su valorcito.



¿POR QUE TE TAPAS?

Al pasar junto a mi lado,
te tapas con el rebozo.
¿Pues que crees estoy sarnoso
o que estoy descomulgado?

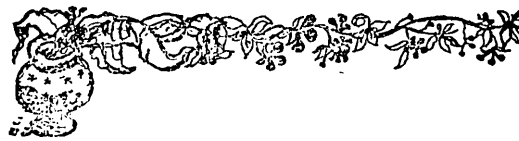
Pues no tengo nada de eso,
pues mi defecto mayor
es el tenerte este amor
que sin miedo te confieso.

Si no tienes voluntad
siquiera de contestarme,
yo creo no hay necesidad
ni menos de avergonzarme.

Mucho menos todavía
de enredarte en el rebozo,
pues ya desde el otro día
te dije no estoy sarnoso.

La gente se entiende hablando
y aunque digas no me quieres,
te he de seguir molestando,
porque así son las mujeres.

NOTA.—Fíjense y verán cómo Tula ha agarrado la mala imposición de taparse con el rebozo cuando me encuentra, y por eso se lo digo aquí tan clarito, pues es una falta muy grande de educación. Eso sólo se queda para la gente sin ninguna crianza; pero se me afigura que sólo lo hace por quedar bien con los demás y por hacerse grande, pues cómo no le iba a gustar que yo la mire bonito.



ADVERTENCIA POSTERIOR

Estoy con mucho pendiente, porque en mi *Advertencia Preliminar* les dije que ya no iba a seguir poniendo *notas*, para que pudieran leer agusto mis poesías, y no obstante sin embargo a pesar de eso las he seguido poniendo; pero ha sido por urgente necesidad y, además, acuérdense que dije que sólo pondría las muy necesarias, y ya ven que se han ido necesitando.

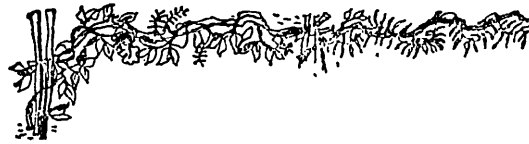
Fíjense también que las *notas* que he seguido poniendo son para otras cosas muy aparte, pues ya nada digo en ellas tocante a que me han corregido mis poesías; pero ya saben que, aunque no lo diga, eso no quiere decir que no me las hayan corregido, pues ya desde un principio les dije que sí me las han corregido y que es muy cierto, aunque no lo esté dice y dice a cada rato, pues es muy feo estar repite y repite las cosas.

Quedo, pues, libertado de responsabilidad y, ya con esta disculpa, voy a seguir favoreciéndolos con mis poesías, aunque ha de ser ya poco, pues ya mero acabo este libro que, no es por decir, pero parece que me va saliendo bastante bonito.

Su inútil y seguro servidor.

EL AUTOR.

SIGUEN LAS POESIAS



NOMBRES Y APELATIVOS

Para mi ahijadito
Macario Cázares.

Tiene su *maca* tendida
junto a la orilla del *río,*
y así se pasa la vida
sin calor y hasta sin frío.

Pues si en partes apropiadas
comienza a sentir sudor,
con dos o tres columpiadas
se amenora la calor.

Y si en la tarde o mañana
siente frío algunas veces,
agarra la sorbetana,
le saca filo a su macana
y todo el día *caza reses.*

NOTA.—El padre Guaní me platicó una vez que los antiguos tenían el costumbre de ponerse y poner a sus hijos nombres y apelativos que casaran con cosas raras o providentes que les hubieran

acontecido o con ciertos efeutos que fueran de su legítima propiedad; y hasta me dijo, ver y gracia, que don Lencho Cerroblanco el de la Mercería de enfrente del Jardín ha de llamarse así porque algún antiguo suyo ha de haber sido propietario de un cerro de ese color; que mi compadre Melitón Palomares ha de pender de alguna familia que tenía muchas de esas casitas de pichones, y que don Joaquín Herrejón ha de venir de algún hereje muy grande, de esos incrédulos que todavía hay en algunas partes, y que no se puso Herejón (hereje grande), sino Herrejón, por pena con las demás gentes y por disimularla tantito.

Por eso creo que mi ahijadito *Macario Cázares* ha de pender de algún antiguo que tenía siempre su *maca* junto al río, para estarse columpiando los más de los días, y de allí le vino a mi susodicho ahijadito el nombre de *Macario*, de *Maca y Río*, y, al propio tiempo, ese antiguo ha de haber sido un individo que le gustaba mucho cazar venados o reses, que viene a ser igual, y de allí le resultó el apelativo *Cázares*, de *Caza* y *Res;* no poniéndose *Cazarreses* porque puede que nomás haya podido matar una sola, o tal vez porque se pensó que así salía muy feo y que ya entonces no resultaba apelativo sino más bien sobrenombre, pues era tanto como decir *Mataperros* o *Tragabuches*, y creo que por eso se puso solamente *Cázares* y no *Cazarreses*.

A mi ahijadito le agradó muchísimo y mucho me agradeció el estudio de su nombre y yo también le vivo muy agradecido por su fina atención, y por eso le dedico esta explicativa poesía, aunque es fácil que, estudiándole un poquito, también él hubiera sacado el redivado, pues mi susodicho ahijadito está resultando un hombre muy entendido y de bastante porvenir, pues hace ya como tres años que tiene el cargo de Escribiente Primero en el Juzgado Unico Municipal de la ciudad de San Miguel de Allende, Estado de Guanajuato; pero de todos modos estuvo bueno que yo lo sacara primero. Haber si no me va saliendo después con que ya lo sabía. ¡No, yo creo que no!

DISGUSTO ARREGLADO

A mi estimado amigo don Procopio Delgado, como un recuerdo de la penosa diferencia que tuvimos el día de Señor Santiago, *a la vez que como una prueba de que no le guardo ninguna reconcomia con tan triste motivo.*

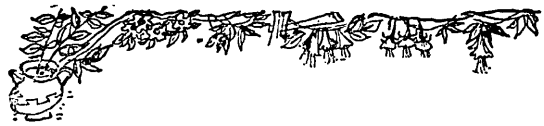
Don Procopio me atrasó
con un seco que me dió;
pero yo lo amiserié
con un ¡zas! que le aventé.

Y así parejos los dos,
le dimos gracias a Dios,
y no fué necesidad
de quebrantar la amistad.

Pues él sólo se quejó
que la boca se le hinchó,
y yo nomás me quejé
que un diente me resmillé.

Pero en resumen total
no resultamos tan mal,
y por eso entre ambos dos
le dimos gracias a Dios.

Y después del sofocón
y ya sin mala intención,
seguimos nuestra amistad
con toda regularidad.



EN LA FIESTA TITULAR DEL LUGAR

Para mi estimado cólega y amigo don Lucas Vázquez.

A las dos de la mañana
comenzaron los tronidos,
y hubo algunos atrevidos
que hasta aventaban con bala.

Las cámaras retumbaban
en toda la población,
y hubo gentes a montón
que del susto se ensuciaban. *

La música recorrió
todo el centro de las calles,
y hubo chistosos detalles
de una vieja que se hogó.

Pues ¿hasta cuándo esas mañas
podrán las viejas quitarse,

* Regían el cuerpo.

esas mañas de embriagarse
andando en tierras extrañas?

Dicen que a don Evaristo
se le perdió la frezada
y que no ha encontrado nada,
por más que se ha puesto listo.

Don Lucas el del Empalme
también perdió la cobija,
y es muy fácil que la exija
y que sólo así se calme.

Andaba uno de Celaya
que dicen que a la mera hora
se le perdió la señora,
y que todavía no la halla.

Y otro que en ese momento,
por andarse dando vuelo,
le llevaron su jumento
y lo dejaron en pelo.

A don Juan, el de Apaseo,
de los cuetes tuvo antojo,
y le apagaron un ojo,
y dicen quedó muy feo.

En fin, entre tanta bola,
hubo muchas contingencias,
pues hubo las concidencias
de que portaban pistola.

Después se siguió la misa,
quemaron enchorizados,
y a los que estaban hincados
les ardieron la camisa.

Tanto que hasta al señor cura
lo pusieron en un brete
y prohibió que echaran cuete
en medio de la apretura.

Muy buenas danzas vinieron
de toda la cercanía,
y bailaron noche y día,
y unos hasta se murieron.

Y allí andaban incansables
los locos y cabezones,
haciendo muchas visiones
y chistes muy agradables.

De las bandas, no se diga:
le tupieron tan macizo
que mi compadre Narciso
se enfermó de la barriga.

Hubo bandas muy sonoras,
y iban con tan buenas trazas,
que cuartiaron muchas casas
con las puritas tamboras.

Como a cosa de las dos,
tenían hinchada la boca,
nomás de estar toca y toca,
sin encomendarse a Dios.

A medio día fué lo bueno...
Al prender los monigotes,
todititos los bigotes
le quemaron a un sereno.

Y a la mujer de El Sabroso,
el que vende nieve y aguas,
le sollamaron las naguas
y le ardieron el rebozo.

Y a la tía de doña Cuca,
la que vende bocadillos,
le ofendieron los tobillos
y le tostaron la nuca.

A las tres hubo banquetes,
y en la casa de don Pablo
parece que bailó el Diablo,
pues hubo muchos moquetes.

Tanto que a Miguel el Güero,
que era de los más felices,
le achataron las narices
con un zapato de cuero.

En la tarde hubo rosario,
cuetes, música y danzantes;
así es que el padre vicario
tuvo que acabar cuanto antes.

Los súchiles y parandes
que compusieron este año,
pues ¿para qué los engaño?,
pues estuvieron bien grandes.

En la plaza era un mitote
que ya nadie le acertaba,
pues el que no se peleaba
andaba tras de un garrote.

Después, al anochecer,
hasta dolía la conciencia,
pues era una pestilencia
que no hallábamos qué hacer.

Andaban muchos borrachos,
otros, bastante indigestos,
y, como había muchos puestos,
se empachaban los muchachos.

Don Juan el de Las Palmitas
andaba tan borrachento
que hasta se quemó el asiento
en un perol de carnitas.

Y don Valentín Anaya,
que siempre carga sus triques,
nomás le hacía siriniques
a un arriero de Celaya.

A don Gil, el del Mercado,
lo llevaban los serenos
con una oreja de menos
y toditito basquiado.

Dicen que en una cantina
la cosa estuvo tan fuerte
que hasta hicieron una muerte
adentro de la cocina.

La tienda de don Piedá
se la bebieron entera,
y hubo tanta borrachera
que hasta parecía humedá.

Era tan grande la bola
que parecían alacranes:
¡Que ya agarran matacanes!
¡Que ya sacan la pistola!

Que ya en la orilla del bordo
taparon uno con tierra,
y, como motín de guerra,
que se train un puerco gordo.

Que hicieron un estropicio,
que hirieron a doña Cuca...
En fin, había tal boruca
que parecía el día del juicio.

Y no obstante, con todo esto,
tuvieron tanta paciencia
que a la misma Presidencia
la pusieron de pretesto.

Y los músicos de viento
tocando como si nada,
con toda la boca hinchada,
sin descansar un momento.

Los de Rincón de Tamayo
dieron tantas audiciones
que hasta estrenaron calzones
para salir en el gallo.

Los de Neutla daban trazas,
por el ruido y la violencia,
de ponerse en competencia
para cuartiar hartas casas.

En la noche comenzaron
a prender los corredores,
y naguas y corbetores
con las chispas se quemaron.

Y que sigue una palmita,
y que empiezan los castillos,
y toditos los chiquillos
se arrimaron en lorita.

Y luego el maistro cuetero,
con un vestido muy charro,
les fué pegando el cigarro...
¡y que empieza el tronadero!

Los buscapieses corrían
en todas las direcciones,
y, del susto, en los rincones
las mujeres se metían.

A una mujer en las naguas
un buscapiés le cayó,
y del susto que llevó
hasta se hizo de las aguas.

Un castillo, al darle juego,
sin más ni más reventó,
y un indio, que se arrimó,
de un cuetazo lo hizo ciego.

Y aunque no tuvo el cuetero
la culpa del sucedido,
todo el gentío, ofendido,
se le fué como aguacero.

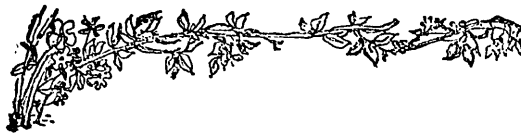
Y al mirar ese mitote,
temiendo una contingencia,
ordenó la Presidencia
que lo encajarán al bote. *

Entonces toda la bola,
como perros con un güeso,
se lo llevaron en peso
para echarlo a la chirola. * *

Y así terminó la fiesta,
presando al maistro cuetero.
¡Hasta el año venidero,
si Dios la vida nos presta!

* Cárcel pública.

* * La misma cárcel pública, nomás que le dicen de muchos modos.



LOS MALORAS

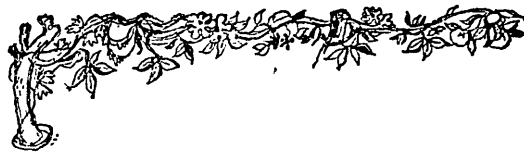
Sabiendo que hay un malora
que quiere armarme boruca,
arreglé a Melesio Mora
a que me cuide la nuca.

Y le dije: —"Ponte listo.
Si quieren darme un piedrazo,
llámame al cabo Evaristo
o jíncales un cachazo."

Así ya ando más seguro
y con más seguridad,
y puedo chuparme un puro
y hasta ver con claridad.

Y no que de otra manera
me veré compromisado
que me quiebren la mollera
o que me dejen baldado.

Ya saben: sí hay un malora
que quiera hacerles boruca,
háblenle a Melesio Mora
a que les cuide la nuca.



MALCRIADEZ

—¡Asosiégate! —le dije.
—¡Asosiégate, te digo!
No andes con ese atosigo;
ya ves que a mí ni me aflige.

Y cuando acabé de hablar,
pegó una fuerte carrera.
¡Señor San Pedro no quiera
que me la vuelva a encontrar!

Pues si la encuentro, yo creo
que le doy unas guantadas.
¿Por qué serán tan negadas
y con un genio tan feo?

NOTA.—¿Cómo se pondrá Joaquinita cuando lea esta claridosa poesía, si ya de por sí es tan enojona y tan espamentera? Yo creo que no le ha de caer nada bien; ¿quién se lo manda? ¡Que se amuele!

ESO NO ESTA BUENO

Don Pedro se comió un puerco
y cuando se lo acabó,
luego luego reventó,
por comelón y por terco.

Y al ver la suerte fatal
de aquel hombre tan gasmón,
su tío don Espiridión
se puso a beber mezcal.

Yo creo que eso no es pensar
ni tener nada de frente.
Lo que había de hacer la gente
era ponerse a rezar.

SOBRE ESTA SEGUNDA EDICION

Poco tiempo después de haberse terminado y puesto a la venta la primera edición de esta obra, comencé a recibir cartas de diversas personas, cuyo apellido era indefectiblemente el de Ledesma y en las que, unas veces con súplicas, otras con amenazas, pero siempre con la inequívoca intención de ver qué provecho pecuniario podían sacar, me comunicaban que eran hermanos, sobrinos, tíos, hijos, nietos y hasta padres y abuelos de Margarito Ledesma y que en esa virtud, debían participar en las "enormes" utilidades que me estaban produciendo la Poesías del inimitable cantor de Chamacuero.

Algunos llegaban al extremo de manifestarme que, no habiéndome asistido ningún derecho para la publicación de la obra y disfrutando ellos del que les confería su estrecho parentesco con el autor, iban a exigirme, como indemnización, fabulosas cantidades que en ninguno de los casos eran inferiores a varios miles de pesos.

De manera que pudiéramos llamar providencial, me enteré también de que algunos distinguidos y muy competentes abogados de la ciudad de Guanajuato, estimadísimos amigos y compañeros míos, estaban al habla

con un individuo, cuyo apellido era, naturalmente el de Ledesma, que se decía pariente muy cercano de Margarito y que había llegado en esos días de un lejano lugar de los Estados Unidos, donde trabajaba como bracero; teniendo su venida el fin deliberado y exclusivo de trabar un embargo precautorio sobre mis exiguas pertenencias y apretarme las clavijas hasta verme obligado a pagarle una cantidad no menos fabulosa que las de los otros pretendientes.

A todas las reclamaciones que se me presentaron contesté siempre que Margarito me había cedido todos los derechos sobre su obra; pero que, aun en el caso de que así no hubiera sido, yo necesitaba que los reclamantes me justificaran los que a ellos les asistían, a fin de darme siquiera por entendido de sus demandas.

Huelga decir que ninguno llegó a justificar esos derechos y que todas las reclamaciones se fueron desvaneciendo poco a poco hasta dejarme en paz, no sé si definitivamente o sólo por algún tiempo.

Ultimamente se me presentó, en persona y no por medio de carta, un individuo como de treinta y tantos años de edad, que dijo llamarse Hermelindo Morales —¡no Ledesma!—, ser nieto de una hermana de Margarito y venir de un risueño pueblecillo de Virginia, en los Estados Unidos, donde ha vivido con la señora su madre y con su abuela desde que se ausentaron de Chamacuero, cuando él contaba apenas dos o tres años de edad.

Este nuevo compareciente me dió la sorpresa de no venir en plan de pleito y reclamación: sino rebozando agradecimiento hacia mí por haber atendido la súplica de su pariente y publicado sus composiciones; dando así a conocer su nombre en toda la República y en algunos países extranjeros, a donde su libro ha llegado ya, y conquistando honor y fama, tanto para el autor como para el lugar de su nacimiento.

No me exhibió actas parroquiales o de Registro Civil, ni otros comprobantes de esa especie. La mejor justificación de su parentesco con Margarito fué entregarme un legajo de composiciones, que a primera vista identifiqué como salidas de la inconfundible pluma de Ledesma y que Hermelindo puso en mis manos como un regalo de su parte, con la expresa autorización de publicarlas, si así lo deseo; manifestándome que existen muchas en poder de su abuela —la parienta más próxima de Margarito— quien tiene todo el archivo de éste en el lugar de su residencia ya citado. Esas composiciones que recibí como regalo son las que publico ahora, enriqueciendo con ellas esta segunda edición.

Ante la caballerosa actitud del sobrino-nieto de Ledesma, me sentí obligado a rendirle un informe sobre la primera edición de esta obra, a justificarle con los comprobantes respectivos la utilidad obtenida y a suplicarle aceptara la mitad de esa ganancia que con todo gusto le cedía, como cariñoso homenaje al autor.

Aunque mucho se resistió, logré al fin que aceptara

y recibiera la cantidad de... SIETE PESOS Y VEINTICINCO CENTAVOS a que ascendió dicha mitad.

Después de extenderme el correspondiente recibo, me rogó le permitiera salir por un momento, regresando en breve con una caja de puros que me ofreció como regalo y que le había costado QUINCE PESOS. ¡Bien haya quien a los suyos se parece!

Cariñosamente conservo esa caja de puros, sobre cuya tapa estampó su firma el obsequioso donante.

Y después de todo esto, llegamos a la parte más importante de nuestra entrevista; a aquello que me estaba cosquilleando en el cerebro y en el corazón desde que supe quién era mi visitante; a lo que a duras penas había logrado contener hasta entonces dentro de mí, en espera de que llegara su turno: ¡Pedirle, con la voz trémula de ansiedad y de emoción, algunos informes relativos a la suerte corrida por el humilde poeta Margarito!

Supe entonces que mi visitante no lo conoce ni lo ha visto nunca.

Su abuela suele platicarle, derramando lágrimas todavía, que hace muchos años, antes quizá de que él naciera, se ausentó de Chamacuero y jamás ha regresado.

Dice que algún tiempo antes de su partida comenzaron a notar que era presa de una tenaz preocupación. Lo veían, triste y cabizbajo, recorrer las calles menos transitadas del pueblo y dirigirse al río de La Laja, donde pasaba largas horas, abismado en sus meditaciones; contemplando melancólicamente el sol que se ocultaba

en el ocaso, como si rehuyera ser un mudo testigo de su pena, o la luna que, más animosa, surgía por el Oriente, como si viniera solícita a consolarlo en su amargura.

Volvía después a su casa y se encerraba en su habitación, donde lo oían caminar y moverse nerviosamente durante la mayor parte de la noche.

Un día, al amanecer, ensilló su caballo, un caballo que había comprado poco antes, en substitución de su famoso asno canelo; tomó su maleta y su bufanda, prendas ambas que lo habían acompañado cuando fué a pagar su manda a San Juan de los Lagos; besó calladamente a su hermana y a su sobrina, y, sin ninguna explicación, ni siquiera una palabra de despedida, montó en su caballo y salió de su casa.

Desde entonces no lo han vuelto a ver ni han tenido noticias de su paradero.

Quizás una decepción amorosa o posiblemente la incomprensión de algunos de sus paisanos, que solían hacer mofa de sus aficiones literarias, lo impulsaron a tomar tan lamentable determinación.

Eso creen sus familiares. Eso suponen algunos de sus amigos que de él se acuerdan todavía.

Yo no pienso ni pensaré jamás así.

Margarito Ledesma no es de los que eluden responsabilidades ni de los que faltan a sus compromisos. No es de aquellos que, por el desvío de una mujer o la torpe burla de un envidioso, se alejan de su pueblo.

Sobre todas esas pequeñeces está su inmenso amor a "la tierra que lo vió nacer y donde vió la luz primera".

Margarito Ledesma tiene que regresar. Cuando menos se piense, estará de nuevo entre sus compadres y amigos, despertando las envidias y las murmuraciones de los irredimibles lenguas largas de su pueblo.

Tiene que volver algún día porque se ha comprometido a morir en su tierra natal. ¡Y cumplirá su compromiso! ¡A eso, por lo menos, volverá!

"Ya saben que aquí pienso morirme de viejo o de alguna otra enfermedad", dice en su composición "A JUAN SILVETE".

Y en la estrofa final de su composición titulada "HISTORIA FATAL", con palabras precisas, irrevocables, contundentes, hace una vibrante profesión de fe, a la que con toda el alma debemos atenernos:

> Y no crean que por este sucedido
> le agarre algo de tirria a Chamacuero.
> Aquí me puso Dios, aquí he vivido
> y, aunque a muchos les pese, ¡AQUÍ ME MUERO!

San Miguel de Allende, Gto., 26 de marzo de 1952.

LIC. LEOBINO ZAVALA.

ADVERTENCIA PREPARATORIA

Mucho les encargo y recomiendo que, cuando estén leyendo alguna de mis poesías, la lean enterita hasta acabar y, hasta después de que la acaben de leer toda, se pongan a leer las NOTAS.

Así es que, aunque vean que hay una llamada de atención para que lean una NOTA abajo de la página, no le hagan caso, sino que, como si no hubiera nada, sigan lee y lee la poesía hasta que se acabe, y entonces sí vuélvanse para atrás y lean las notas una por una, fijándose bien a dónde corresponde cada una de ellas.

Les hago esta advertencia para que no se distraigan con las notas y se les pierda el hilo de la poesía y después anden todos atarantados que no saben ni dónde seguir leyendo, y se enreden todos y hasta se vayan a incomodar conmigo por tan injusta causa.

Por eso les recomiendo mucho que, para evitar todos esos inconvenientes, las NOTAS las lean hasta después.

Su inútil y seguro servidor.

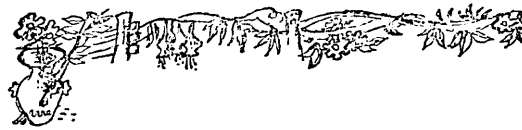
EL AUTOR.

EL CANTAR DE LOS PERROS

Dedico esta merecida poesía a todos los perros que he tenido y a los que siga teniendo después; pero no al que tengo ahora, porque yo he sabido de muy buena tinta que nunca se le pone a una calle, a una plaza, a un mercado, a una escuela, a un jardín, a un teatro, a un salón, a una calzada, a un pueblo, a una villa, a una ciudad o a cualquier otro edificio semejante el nombre de una persona viva, sino hasta después de que se muere, y hasta he sabido también, no me acuerdo ni cómo ni cuándo, que allá en la antigüedad, mandaron matar antes de tiempo a un señor que querían mucho en una población, para poderle poner su nombre a esa misma población o a algún edificio o calle de la localidad.

Por eso no le dedico esta poesía al COLIFLOR, que es el perrito que me acompaña últimamente y que, la verdad, me ha salido muy vivo, muy cariñoso y muy buena gente; pero no quiero que se me vaya a echar a perder dedicándole esta poesía.

Su inútil servidor.
EL AUTOR.



I

MI PERRO CANELO

Yo tenía un perro canelo,
un perro muy entendido;
nomás le echaba un chiflido,
y hasta botaba en el suelo.

Le decía "vete", y se iba;
"quédate aquí", y se quedaba;
"bájate de ahí", se bajaba;
"sube", y subía para arriba.

Le decía "dame la mano",
luego luego me la daba;
le decía "baila", y bailaba
como si fuera un cristiano.

Le decía "ven acá, perro",
y luego luego venía;
sólo cuando no quería,
iba a esconderse en el cerro.

Todo lo que le mandaba
con mucho gusto lo hacía,

y si nada le decía,
él tampoco no hacía nada.

Tiraba piedras al cerro
y él iba y las recogía,
y luego hasta me traía
en ves de piedra, un becerro.

Pero no vayan a creer que era un becerro grande, pues no hubiera podido con él; sino becerritos chiquitos, de esos que todavía maman, y a veces un chivito o un puerco de tamaño mediano.

Era un perro de buen paso
que siempre me obedecía;
sólo cuando no quería,
entonces no me hacía caso.

Le decía "no hables", no hablaba;
"no comas", y no comía;
"no tuesas", y no tosía;
"no gruñas", y no gruñaba.

Era una animal tan bueno
que todo, todo, lo hacía.
¡Lástima que un policía
me le haya echado veneno!

NOTA.—Muy bien sé que no se dice "gruñaba", sino "gruñía"; pero, si le hubiera puesto así, no había resultado el verso y entonces los que ustedes ya saben habían de decir que qué feo le andaba haciendo yo. Por eso le puse "gruñaba".

II

MI PERRO BLANCO

Yo tenía un perro blanco
que se llamaba "El Jazmín".
Era un perro muy catrín,
muy servicial y muy franco.

Nunca andaba con mentiras,
siempre decía la verdad;
por eso en la vecindad
me lo querían hacer tiras.

Al decir que nunca andaba con mentiras y que siempre decía la verdad, no es que quiera decir que aquel perro hablaba, pues entonces todos hubiéramos pegado la carrera; sino que con sus acciones y sus modos de comportarse demostraba siempre ser un perro verídico y merecedor de toda confianza, pues, cuando ladraba, siempre pegaba la mordida, y, si no ladraba, se podía tener la seguridad de que no iba a morder, a menos que hubiera una causa repentina o que fuera mucha la

demalas del interfecto, como dice Pancho que les dicen en el Juzgado Unico Municipal a los que perjudican otros.

Pues él se daba sus tretas
y, andando así, de puntillas,
se sacaba las tortillas
y luego hasta las chuletas.

Mas no lo hacía de maldad
ni con segunda intención,
ni porque fuera gasmón
y ni por necesidad.

Lo hacía por notificar
y advertirles a las gentes
que estuvieran muy pendientes,
no las fueran a robar.

Y de mucho les servía
la advertencia de "El Jazmín";
por eso en este confín
todo mundo lo quería.

Aunque les diré en reserva
que había también revoltosos,
mitoteros y envidiosos
que le querían echar yerba.

Parecía bola de estambre
de lo bonito que estaba,

y solamente ladraba
cuando le apretaba la hambre.

Yo lo tenía en mucha estima
y en muy grande estimación.
¡Lástima que un carretón
me le pasó por encima!

NOTA.—Afortunadamente no le pasó por encima todo el carretón, pues entonces si habría estado malo el negocio. Sólo le pasó una rueda, pero con ésa tuvo, pues allí mismo quedó, sin voquiar palabra.

III

MI PERRO NEGRO

Yo tenía un perrito negro;
le decían "El Azabache";
me lo regaló mi suegro,
y le gustaba el tepache.

Y digo que le gustaba
por lo que después pasó,
pues muy clarito se vió
que no le desagradaba.

Era un perro juguetón,
cariñoso y muy risueño,
que quería mucho a su dueño,
y no le daba ocasión.

Y digo no se la daba
porque, como yo era el dueño
siempre ponía todo empeño
en saber por qué ladraba.

Y nunca llegué a saber
si era de tristeza o gusto,
si de un dolor o de un susto
o nada más por moler.

Era muy considerado
y de muy buen corazón;
nunca mordía el pantalón
ni le sacaba el bocado.

Ni asustaba a los transentes,
ladrándoles al pasar,
ni les mordía el calcañar
ni les pelaba los dientes.

Y nunca andaba en parvadas
con perros de malos tratos,
ni sacaba los zapatos
de las piezas habitadas.

Muy bonito mi Azabache.
Mucho, mucho, lo quería;
pero, ¡lástima que un día
se me hogó con el tepache!

NOTA.—El tepache es un bebida muy sabrosa que se hace con cáscara de piña y con piloncillo de la sierra, que se ponen a fermentar y que emborrachan al cristiano que se va de abuso; pero la verdad es que mi Azabache no se hogó por la potencia

ni por la fortaleza de la mistela, ni porque le haya dado en el galillo ni por otra cosa semejante; sino porque una noche se cayó en un barril de tepache que había dejado destapado, fermentando, y de allí no se pudo salir a tiempo. Pero, de todos modos, esa desgracia que le aconteció viene a probar que le gustaba esa clase de bebida, como ya lo digo en mi poesía, pues, al haberse caido en el barril, quiere decir que andaba haciendo la lucha y buscando el modo. Si no, ¿cómo iba a cairse así nomás? Ni modo que desde lejos hubiera podido cairse, sólo que lo hubieran aventado, y eso no era fácil por haber sido ya de noche.

OTRA NOTA.—Al decir "mi suegro", no vayan a pensarse que lo digo porque me haya casado en estos días; sino porque es el papá de... ¡bueno!... de la hermosa señorita que todos ustedes conocen y a la que ya le llevo mandadas como media docena de cartas, y sólo estoy aguardando, con la esperanza de que me conteste pronto, para saber de una vez a qué atenerme. ¡Quiera Dios!

IV

MIS OTROS PERROS

Para los perros que he tenido
y para los que supongo que más tarde he de tener,
es para mí un verdadero placer
dedicarles este agradable corrido.

Porque el perro es el amigo del hombre
y de toda la humanidad,
y bien vale su cariñosa amistad
que de flores y versos el camino se le enalfombre.

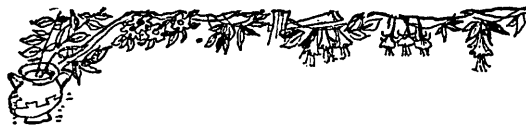
Porque si no nos preocupamos de su vida
y no tratamos de tenerlo grato,
nos puede dar un mal rato,
pegándonos una fuerte mordida
o arrancándonos la suela de un zapato.

Trátenlo, pues, con buena voluntad,
aunque le tengan algo de recelo,

y, sin dejar de alzarle pelo,
búsquenle una buena conformidad.

Y por eso a todos los perros amigos
gustoso les dedico esta merecida poesía,
pues es muy posible que se llegue algún día
en que todos séamos valiosos testigos.
¿Testigos de qué? —¡Pues de qué ha de ser!
De todas las cosas que puedan suceder.

NOTA.—Ni de chanza llegué yo a pensar que me fuera a salir tan bonito este Cantar de los Perros. Si lo he sabido, mejor le pongo Cantar de otra cosa. Aunque, pensándolo bien, el perro es un animal muy inteligente y agradecido, que yo creo que sólo le faltó un grado para ser gente, y está bien ponerlo en letras de molde. Lo que sí no me gustó nadita fue que la persona que me hizo el favor de corregirme esta bonita poesía tuvo la bondad de quitarle un perro pinto, un amamellado y otro color ceniza que yo le había puesto, porque esos son los perros que me acuerdo haber tenido en mi vida, aparte de otros que no me acuerdo; pero la persona, creyendo que yo no la oía, dijo que ya eran muchos perros y que con los tres que dejó era más que bastante, y hasta me parece que todavía le parecieron muchos, según la cara que hizo. Yo tuve que aguantarme por no tener una diferiencia con tan bondadosa persona; pero siempre no dejé de sentir algo feo. Aunque, por otra parte, puede que hasta bien haya salido. A ver si así escarmiento y se me quita la maña. ¡Quién me lo manda por andar de ofrecido, dando a corregir mis poesías! De repente hasta se me afigura que me cuadran más como yo las hago. Pero, siempre quién sabe, puede que mejor convenga pensarlo bien y no hacer las cosas al aventón y a lo que salgan, porque después andamos con los arrepentimientos y las dispensas.



DON PACO

Estaba en el Estación
esperando a Leandro Pérez,
cuando vi que unas mujeres
venían en un carretón.

En eso llegó don Paco,
el dueño de Cerro Prieto,
un español muy faceto
y montado en un buen cuaco.

A todos nos saludó
y a las mujeres también;
mas, como ya venía el tren,
del caballo se bajó.

Y, al ver apearse a don Paco,
gritó una de las mujeres:
—"Oye, Francisco, ¿no quieres
que alguno te cuide el cuaco?

—¿Francisco? —le pregunté
¿Y por qué así le dijeron?
—Porque ese nombre me dieron
desde que me bauticé.

—¿Pues que no es Paco?
—¡Recoles!
¡Eso mismo viene a ser!
—¡No! No es lo mismo comer
que aventarse los frijoles.

Y es natural que me asombre
con esas gentes extrañas
que han agarrado las mañas
de andarse cambiando el nombre.

Y todos, muy pensativos,
nomás pensando, pensando,
nos fuimos desbalagando,
sin dar causas ni motivos.

NOTA.—Hasta hoy, después de tantos años de conocerlo, y eso por una mera casualidad, vine a saber que ese señor que siempre he conocido como DON PACO se llama FRANCISCO. Yo no sé de dónde saca la gente esos modos y esas mañas de andar cambiando los nombres nomás a ojo. ¡on Paco! ¡Don Paco! ¿Quién iba a adivinar que se llama Francisco? Santo y muy bueno que a las que se llaman Jesús les digan Chuchas o Chutas; a las Refugios, Cucas; a las Josefinas, Pepitas; a las Mercedes, Menos; a las Manuelas, Memes; a las Cármenes, Mimís; a los

Enriques, Totos; a los Josemarías, Chemas, y así por el estilo, porque todo eso está muy clarito; pero, ¿en qué cabeza cabe decirle Paco a uno que se llama Francisco? ¡La verdad que se necesita estar dejado de la mano de Dios para hacer eso! En fin, más vale callarse y no decir nada.

OTRA NOTA.—Y a ver si ahora adivinan quién me corrigió esta poesía, pues no crean que yo voy a decírselos; pero fíjense qué modos de corregir. ¡Hasta parece que andamos en otro pueblo! A ver qué dicen ahora. Ni siquiera se afiguran quién fué.

NOTA ACLARATORIA

Estoy muy apenado porque el tepache no se hace como dije en la NOTA de la agradable poesía que se llama "MI PERRO NEGRO".

Seguramente que la receta que pongo allí para hacer esa sabrosa bebida me la dieron ya con la mala intención de hacerme quedar mal con las personas de buena fe que quieran hacer uso de dicha receta con fines meramente personales; pero después, una persona de conciencia me dijo que no se hace con la cáscara, pues eso se queda para los barrios y para la gente que no le gusta gastar; sino con toda la piña, ya madura y de buena clase, y que, además, se le muele canela, lo que se alcance a coger con una moneda de a veinte, y se pone la olla a hervir en la lumbre.

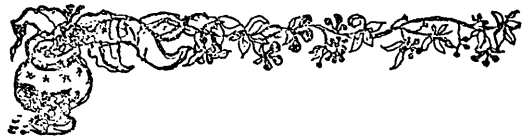
Hago esta aclaración para que no vayan a creer que intencionalmente di mal la receta, con el malvado fin de que no le salga al que la quiera aprovechar.

Les suplico que no vayan a pensarse esto, pues yo no soy capaz de hacerles una jugada de esa clase, ni menos de hacerlos gastar su dinero en una cosa que desde antes sé que no les va a salir bien.

Por eso pongo esta nota aclaratoria y mucho les encargo que no vayan a creer que fué de mala intención.

Su inútil y atento servidor.

EL AUTOR.



LOS MONOS ENTERRADOS

Me dijeron que venían
no me acuerdo de qué parte,
y que sabían cosas de arte
y que hartas cosas sabían.

Y que venían a buscar
de esos monos enterrados,
mal hechos y mal forjados
que han dado mucho en sacar.

De esos que dicen las gentes
que los antiguos forjaban
y luego los enterraban
revueltos con sus parientes.

Son unos monos sin chiste,
con todas las patas chuecas,
que enterraban los aztecas
cuando fué la Noche Triste.

Y que ahora, según veo,
son cosas tan rebuscadas,
que sacan buenas mantadas
y las llevan al Museo.

Y duraron muchos días
buscando por dondequiera,
hasta en una nopalera
que era propia de mis tías.

Y después de harto buscar
y gastar bastantes cobres,
nada que hallaban los pobres
y ya hasta querían llorar.

Temprano se levantaban,
trabajaban todo el día,
y creo tanto les urgía
que hasta de noche escarbaban.

Y lo hacían con tanto anhelo
que casi no descansaban;
pero nada que sacaban
de abajo del entresuelo.

Y, al ver la navegación
y el mitote que traían
y que nada conseguían,
me dió algo de compasión.

Y, pensándolo tantito,
dije así, como entre dientes:
"¡Ayúdales! ¡Pobres gentes!
¡No seas malo, Margarito!"

Y, hablando ya en otros tonos,
les di tan fuerte ayudada,
que hallaron una mantada
de puritititos monos.

Lo malo está que no puedo
explicarles cómo fué.
Tal vez algún día podré
aclararles el enredo.

NOTA.—Ya comprenderán ustedes que en el argumento de mi poesía no puedo descubrir el cobre ni aclararles cómo le hice, pues no había de faltar quien se los chismiara a los interesados y todo se echaba a perder; pero la verdad es que un día que se descuidaron tantito y que yo no andaba tan ocupado ni tenía mucho quihacer ni en qué divertirme, eché una buena maquila de esos monos orejones tan ficrísimos y de animales y de pipas de tabaco y de otras cosas como ídolos y trastes de la antigüedad, y los pinté de azul y negro y colorado, con rayas blancas y amarillas, y los eché a cocer en un horno de calabazas que tengo en el corral de la humilde casa de ustedes, y los enterré en un solarcito que tengo en las orillas del río, bien repartiditos por todo aquello, y también en unos socavones de tuzas que casualmente me encontré, pues han de saber ustedes que yo le entiendo algo a eso de los monos de lodo, tanto que una vez hasta puse puesto en la plaza, en los días de la Nochebuena.

Así es que fuí al solar con los señores y luego que me los fuí llevando, llevando y haciéndome el sorprendido para que los hallaran, comenzaron a sacarlos luego luego y hasta brincaban del gusto, y empezaron a decir que eran de los otomites, y yo... callado; y que eran de los chirimecos, y yo... callado; y que eran de los de la Noche Triste, y yo... callado; y que eran de unos hombres medios indios y medios no indios, que habían venido camine y camine, atravesando casi todo el mundo, y yo... callado; y que eran de quién sabe dónde, y yo... callado; y estaban tan contentos que me dieron muchos abrazos y hasta querían darme dinero; pero yo por nada de esta vida se los quise recibir, pues ¿cómo les iba a recibir centavos todavía después de que los estaba haciendo tontos? ¡Ni que fuera tan diatiro! Y al fin cargaron con todo el monerío y se lo llevaron con mucho cuidado para que no fueran a quebrarse, y hasta conmigo querían cargar para llevarnos a todos al Museo de México, y me sacaron muchas vistas en diferentes aposturas y hasta me dieron un puro que me dió una jaqueca y un dolorón de cabeza que válgame. Pero todavía esta es la hora de Dios en que nadie sabe que yo hice toda esa tandada de monos figurosos y mal hechos. Por eso no quise ponerlo en el argumento de mi poesía, y mucho les encargo y recomiendo que no se lo vayan a decir a nadie, ni menos a los interesados, si algún día vuelven por aquí, que Dios Nuestro Señor quiera que no, y no lo permita, pues ya hasta algo de miedo me está entrando con ese motivo, porque donde lleguen a saber que yo fuí el que hice los monos y los puse allí muy acomodaditos para que ellos los encontraran, quién sabe qué quieran hacer y cómo me vaya; peor si son servidores del Gobierno, pues entonces puede que hasta quieran arcabucearme o seguirme otro perjuicio mayor. En fin, Dios dirá.

NO ES LO MISMO

Yo quisiera decirles lo que siento
y mi modo de sentir y pensar;
pero creo que no se me va a facilitar
explicarles ese sentimiento.

Porque, según veo, una cosa es sentir
y otra es explicar lo que se siente.
Por eso hay tantísima gente
que no haya luego ni qué decir.

Y también una cosa es pensar
y otra es explicar lo que se piensa;
por eso es que hay una distancia inmensa
entre el cielo estrellado y el ancho mar.

Pues repito que no es lo mismo sentir
que explicar bien lo que se siente,
ni tampoco hacerle ver a la gente
que una cosa es hacer y otra decir.

Dicen que a un gran hombre de la antigüedad,
en los momentos en que ya se iba a morir,
le echaron de ver que algo les quería decir
y que en ello ponía toda su voluntad.

Pero por más luchas que hizo,
ya no le fué posible hablar,
y así, quiso que no quiso,
se murió sin poder explicar.

Y todos se quedaron con el pendiente,
nomás pensando qué les iría a decir,
y muchos ya ni se querían ir,
hasta no saber lo que iba a decir el paciente.

Pero al fin el casero, con mucha atención,
les dijo que ya le hicieran el favor de irse,
y muchos, aun a riesgo de aburrirse,
se fueron a esperar al muerto al Panteón.

Y, sin embargo, todo quedó en veremos
y nada pudieron poner en claro,
porque muchos tuvieron el descaro
de esconderse en las tumbas, cual blasfemos.

Y cuando los miró el camposantero,
que era hombre de palabras muy contadas,
se destapó aventándoles pedradas,
y empezó luego luego al corredero.

Y algunos por la puerta se salieron
y otros sobre las tapias se brincaron,
y muchos las rodillas se rasparon
y otros los pantalones se rompieron.

Pero, al fin y al cabo, no supo esa gente
lo que el grande hombre les quería decir,
pues no es lo mismo pensar y sentir
que explicar lo que se piensa y se siente.

NOTA.—Yo siempre he oído decir que estudiando mucho y viajando por todas partes es como se aprenden muchas cosas. Y sí ha de ser cierto, pues ya ven nomás lo vivos que son todos los Agentes Viajeros, que hacen que las personas les compren hasta lo que no han da haber menester, y, además, yo tenía un tío que se llamaba Próspero Malagón, que era mi tío porque era primo tercero de la señora mi madre (Q. E. P. D.) y que era un hombre muy entendido, pues había estudiado casi todo lo de la Escuela Primaria y había viajado tanto con un cilindro que tocaba que conocía casi todas las poblaciones del Estado y en tantito así estuvo que no conociera también México, pues llegó una vez a pasar muy cerca de allí, parece que por un pueblo que le dicen El Huichapo, en compañía de un compadre que lo había convidado y que también tocaba un cilindro, pero ese era de timbres y con bandurria, que al fin siempre no se le proporcionó ir porque en esos meros días feneció de un fuerte dolor de costado. Pues con todo y eso, mi susodicho tío muchas veces tenía que pensar mucho las cosas para poderlas decir, y luego hasta duraba como media hora o más, no más agachado y agachado y piense y piense, que hasta sudaba y tenía que limpiarse el sudor de tanto pensar. Yo me le pegaba mucho y tal vez por eso aprendí algo de lo mucho o poco que sé, que, no es por decir, pero ya

quisieran otros, y no me cuesta tanto trabajo decir lo que siento y hasta lo que pienso; pero ya ven que no todos son iguales, ni todos son blancos ni todos son prietos, ni todos tienen la ventaja de tener tíos estudiosos y amantes de andar viajando. ¡Qué va!

OTRA NOTA ACLARATORIA

La verdad que ahora sí estoy que ya no hallo ni qué hacer, pues después de que puse la Nota Aclaratoria anterior, he venido a saber, y ahora sí de muy buena tinta y de una persona todavía de más conciencia, quien honradamente me lo vino a decir a mi casa, sin que yo se lo preguntara, que la receta para el tepache está mal otra vez, pues que no es cierto que se le muele la canela, sino que se le echa en rajas, y no lo que se levante con una moneda de a veinte, sino lo que se alcance a agarrar con cuatro dedos, y que también se le echa clavo, al gusto, o esencia de clavo o de toronjil, y que no se pone la olla a hervir en la lumbre, sino que todo se deja en agua serenada a reposar, para que fermente, sin nada de lumbre, y que en cuatro o cinco días está ya buenò para tomarse, y que así queda muy sabroso y de muy buen sabor.

Así es que ahora sí ya pueden hacer su tepache con toda confianza y sin ningún pendiente.

Aunque, pensándolo bien, mejor no lo hagan todavía. Déjenme hacerlo primero a mí, para ver cómo queda y entonces sí ya con toda seguridad les puedo decir si la

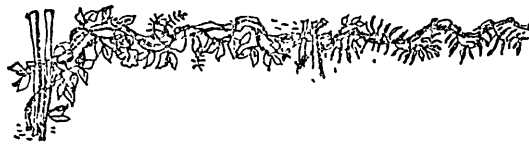
receta está bien o no está bien y si da resultado o no da resultado, y así me libro de que me vuelvan a engañar otra vez y de que me hagan pasar otra buena vergüenza con ustedes.

Les ruego, pues, que me hagan el favor de esperarme tantito, nomás mientras tengo tiempo de hacer la experiencia, para comunicarles el resultado, y así ya puedan ustedes proceder sin ninguna desconfianza; bien entendidos de que, si nada les vuelvo a mentar de este asunto eso quiere decir que la receta está bien y que pueden hacer su tepache sin ningún recelo, y de que si algo les digo, es que la receta no estaba bien y que es necesario esperar hasta que tenga mejores informes, para que no vayan a echar a perder su tepache ni a malgastar sus centavos y a perder su tiempo para que les vaya resultando una porquería.

Quedamos, pues, en que es mejor que se esperen hasta que yo pueda decirles algo en firme y de toda seguridad.

Su inútil y atento servidor.

EL AUTOR.



GIROS COSTALES

Para remediar los males,
en casos de mucho apuro,
no hay un remedio más seguro
que el de los giros costales.

Pues son unos nuevos modos
de mandar dinero fuera,
sin ruido ni polvadera
y a satisfacción de todos.

Don Pedro me platicó
que en México andaba mal,
y con un giro costal
en dos por tres se arregló.

Pues fueron hasta el mesón
a llevarle su dinero,
y le pagó al mesonero
y se acabó la aflicción.

Muchas cosas me han contado
de esos giros sorprendentes
que ayudan mucho a las gentes
y dan muy buen resultado.

Pues, aunque uno esté muy lejos,
como en ocasiones pasa,
nomás avisa a su casa
que anda mal en los manejos.

Y, al saber que uno anda mal,
se van luego a la Oficina
y con su buena propina
ponen un giro costal.

Y, aunque sea tarde o temprano,
buscan a uno con esmero
y le entregan su dinero
en la puritita mano.

Por eso en casos fatales
como los que estamos viendo,
les encargo y recomiendo
que usen los giros costales.

NOTA.—Desde hace tiempo que venía yo oyendo hablar de eso de los giros costales y de que son una cosa muy buena para mandar dineros a otra parte o para que se lo manden a uno, aunque sea de muy lejos; y nunca me había dado Dios licencia de preguntar cómo eran, hasta que, de pura casualidad, el lunes de la semana pasada, me encontré casualmente a Pancho el Cintarazo que iba para el Estación a mandarle un dinero a una tía que tiene en Pachuca, y me convidó que lo acompañara. Y fué y le pidió al Jefe del Estación un costalito de manta muy gruesa, más bien lona, y echó cuarenta pesos adentro del cos-

tal, y luego, entre él y el Jefe, lo amarraron y le cosieron la boca con una pita muy gruesa, y le pusieron unos sellos de cera redetida con una vela, de color colorado, tirando a café, y le colgaron por un ladito una etiqueta con el nombre de la tía y con el número de la casa en que vive, y le dieron a Pancho un recibo y él pagó una gratificación o propina y nos salimos muy tranquilos; pero me tocó también la buena suerte de que, estando allí, llegó Nicolás el rosariero, y el Jefe le dió una cubierta o sobre de papel amarillo muy grueso y echó adentro unos billetes de Banco y luego entre él y el Jefe pegaron la cubierta y la cosieron con todo y billetes con una pita, y también le pusieron unos sellos de cera color colorado, tirando a cafecito, y encima de la cubierta escribieron el nombre y la dirección de la persona, y luego pagó también una propina o gratificación, y se despidió y se fué.

Y así es como vine a conocer y a darme cuenta de los mentados giros costales, que les han de decir así seguramente por el costalito de manta en que echan el dinero, pues, aunque también lo echan en una cubierta de papel amarillo cuando son billetes, seguramente que les dejaron el mismo nombre para que no hubiera tanto enredo y para no tener que decirles giros cubiertales o giros sobrales o de otro modo.

Yo no quise preguntar nada porque no fueran a creer que soy tan ignorante y tan rudo; pero no dejé de fijarme en todo y no dejó de darme gusto que de pura chiripa hubiera venido a conocer los famosos giros.

Ahora sí el día que se me ofrezca mandarle unos centavos a alguien, voy a estrenar ese modo de envío que mucho se los recomiendo, pues, además de ser muy seguro, por ir todo muy bien cosido y amarrado y hasta sellado, es de bastante comodidad, pues dicen que van y lo buscan a uno hasta que lo hallan para hacerle la entrega de los respectivos fondos, sea la hora que fuere.

OTRA NOTA ACLARATORIA

Ahora sí que hasta la cara me arde de vergüenza y, si no fuera porque es muy necesario, mejor no ponía esta nueva nota aclaratoria.

Pues figúrense ustedes que casi de mera casualidad he venido a saber que ninguna de las recetas que les he dado para la manufactura del tepache está bien, pues personas serias y verdaderas, que no tienen ningún interés en venirme con mentiras y que ninguna ventaja sacan con eso, me han asegurado que parece que también se le echa algo de plátano, pero que sea plátano corriente, no del fino, sino de ese hebrudo y todavía medio sarazo, y que parece que también le echan otras frutas y sustancias que no supieron decirme con seguridad por no estar muy seguros ni acordarse bien.

En vista de esto, yo creo que lo mejor es dejar las cosas como están y no exponerse a hacer una cosa mal hecha. Sería bueno, pues, que no hagan nada de tepache casero o a domicilio; sino que, en caso ofrecido, lo compren ya hecho, pues en muchas partes lo fabrican y lo venden allí mismo, como encase doña Nestora la fondera, y en otras partes, sólo lo expenden, pero no

la fabrican allí, sino que lo mandan hacer a otra parte, como encase Calzón Poderoso, el que tiene la tiendita en la esquina del Mercado.

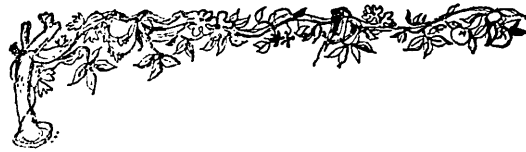
Así no corren el peligro de que la receta no vaya a éstar bien y de que a mí me echen la culpa del fracaso.

Por supuesto que si, con todo y lo que les dejo dicho, meten cabeza y se encaprichan en hacer el tepache en su casa con las recetas que les di, bien pueden hacerlo, pues cada quien es muy libre de hacer lo que guste; pero que sea por su cuenta y riesgo y con el bien entendido de que después no me vayan a echar la culpa a mí ni me vayan a embarrar en su negocio, pues con tanto como se los he dicho y advertido, yo me lavo las manos y no me hago hechor de lo que pueda resultar; así como también, si las cosas les salen bien, no crean que vaya a presumir y a jalarme el cuello diciendo que yo fuí el que les di tan buena receta.

Así no puede haber disgustos ni reclamaciones y cada quien se atiene a lo que venga y se hace responsable de lo que pueda suceder.

Su inútil y seguro servidor.

EL AUTOR.



HORRISONA NOX

Este es otro letrero de los que me anda aconsejando don Nacho el de la Botica. Se los digo para que sepan que yo no tengo la culpa ni me hago hechor de si está bien o no está bien.

Serían como las nueve de la noche
cuando empezó la cosa de repente,
pues comenzó a correr toda la gente
y se oía que corrían a troche y moche.

Retumbaban los recios zapatazos
de los que iban corriendo en la banqueta,
y comenzó a tocar una corneta
y después aventaron dos balazos.

Luego se oyó el galope de un caballo
que galopaba con el rumbo al río.
y después empezó a sentirse frío
y en cima de la Iglesia cayó un rayo.

Después sentimos qua ladraba un perro
y que empezó a sonar una campana,

y así como la voz triste y lejana
de un hombre que gritaba desde el cerro.

Y luego un corredero de borrachos,
que hasta se les quitó la borrachera,
pues iban corre y corre a la carrera,
y echándoles pedradas los muchachos.

Se oyeron en seguida unos chiflidos
así como con rumbo al Estación
y luego una fugaz detonación
que aventaron algunos individos.

Y por distintas calles se veían
correr con su linterna los serenos,
y muchas gentes, por no hacerse menos
y sin saber por qué, también corrían.

Sonaron luego a lo lejos
unas como castañuelas,
y luego un ruido de espuelas
que hasta dejaba perplejos.

Luego unos claros y oscuros
arriba del firmamento,
y un estruendo muy violento,
así cual de cueros duros.

Yo estaba de fisgón en la ventana,
sacando la cabeza poco a poco,

pues tenía miedo que pasara un loco
aventando con rifle o sorbetana.

Pero trataba de saber por qué
había tanto mitote y tantos ruidos:
si querían asaltarnos los bandidos
o había timulto o zafarrancho o qué.

Pero, viendo qua nada esclarecía,
al fin le di el cerrón a la ventana,
pues pensé que mejor en la mañana
podrían decirme lo que acontecía.

Y ¿qué creerán que supe al día siguiente
de todo ese mitote y esos ruidos,
de tantos espamentos y ladridos
y de por qué corría toda la gente?

¡No me lo van a creer! Pues todo fué
porque desde una hora muy temprana
se acostó a dormitar doña Matiana,
la que vende canelas y café.

Y, como ronca mucho cuando duerme
y echa unos ronquidos que da miedo,
al pasar por allí tío Juan Olmedo,
creyó que la señora estaba inerme.

Y entonces echó un grito alarmentoso,
y todas las personas que lo oyeron

les entró tanto susto que corrieron,
creyendo que era algo panicoso.

Y todo fué correr y hacerse bolas
y encontrarse en todas las esquinas.
Algunos escondían las carabinas
y en el común echaban las pistolas.

Unos porque pensaron: "¡Ai timulto!"
otros porque dijeron: "¡Es Palo Alto!";[1]
otros porque creían: "¡Es un asalto!";
pero todos corrían sacando el bulto.

Y por esa razón se armo un borlote
de esos que empiezan pronto y tarde acaban,
y algunos, del temor, hasta se hincaban
porque pensaban que era un torromote.[2]

---

[1] Palo Alto era un revolucionario de esos que andan en la revolución y que cuando caía por aquí, buenas amoladas que nos daba, luego hasta con centavos.

[2] Un torromote es así como al modo de un temblor, nada más que un poco más fuerte y más bullido. Yo le busqué y le estudié mucho para poner en mi poesía la palabra temblor, para que todos me entendieran; pero, como no pude hacer que casaran los versos y a mí no me gusta dejar versos sin casar, tuve que ponerle torromote. Por eso pongo esta explicación, para que todos entiendan bien el negocio.

YO QUISIERA

Yo quisiera agarrar tu blanca mano
y apretarla muy recio entre las mías
y que nos viera el güero Isaías,
para ver qué decían él y su hermano.

Y yo hacer como que me asustaba
y tú como que querías correr,
y todo eso nada más que para ver
si venía y me reclamaba.

Porque claro está que al no reclamarme
es como si estuviera conforme,
y entonces yo podría rendir ese informe
a todo el que tratara de preguntarme.

Y quisiera también alguna tarde,
ya cuando el sol va de regreso,
hacer como que te daba un beso
para ver si el güero hacía algún alarde.

Pues si no hacía alguna asechanza,
así como queriéndome golpear,
entonces yo te podría besar
ya con toda confianza.

Y para más asegurarnos,
yo quisiera que en una misa de función
leyeran una amonestación
como que tú y yo íbamos a casarnos.

Y si al oírla no se ponía violento
ni iba a ver al señor Cura,
entonces ya como cosa segura
podíamos casarnos en cualquier momento.

En fin, otras muchas cosas que he pensado
quisiera yo hacer todos los días
si no fuera por ese güero Isaías
que me trae medio preocupado.

NO LES HACAN CASO

Me iba a bañar en el río
y me resbalé en la orilla,
y me raspé una rodilla
y me dió bastante frío.

Pues fuí a parar hasta el fondo,
vestido y tal como estaba,
y, la verdad, ya me andaba,
pues me caí en lo más hondo.

Y, al verme todo mojado
y chorreando de agua y lodo,
y muy raspado de un codo,
me puse medio asustado.

Y me decían los fisgones
que el vestido me quitara
y que siempre me bañara,
pero yo les dije: "¡Nones!".

Pues ¿cómo había de bañarme
después de haberme caído

con toditito y vestido?
¡Eso era para risfriarme!

Así es que me fuí a mi casa
me bebí un ponche caliente
y una friega de aguardiente
y baños de pies con mostaza.

Y me dormí todo el día
y en la noche otro ratito,
y ya más recobradito,
les platico la avería.

NOTA.—Les platico este lamentable sucedido, no crean que por quedar bien ni por causar lástimas, sino para que escarmienten en cabeza ajena; pues muchos tienen la maña de que, si se cain al río o en un pilancón o al pozo de su casa, o si les cai encima un aguacero y los pone como una sopa, lo primero que hacen es quitarse el vestido con mil y tantos trabajos, por lo que encogió con la mojada, y meterse a bañar, que es como quien dice llover sobre mojado; y se quedan muy anchos y muy contentos, como si hubieran hecho una gracia. Y después andan muy admirados, haciéndose los chiquitos y preguntándose ellos mismos: ¿Por qué me daría catarro? ¿Por qué tendré pulmonía? ¿Por qué me moriría yo? ¡Como si no supieran por qué! No, señor; en esos casos, hagan lo que yo hice, y si alguien les anda diciendo que se desvistan y que se bañen luego luego y que quién sabe qué, díganle que vaya a darle esa receta a su abuela, que ustedes no la necesitan para nada ni son sus tontos. Y lo que han de hacer es echarse tantita saliva en las orejas, y ya con eso.

PLEITO DE COBIJAS

Pues hoy amaneció la novedá
de que don Juan, el tío de Las Clavijas,
tuvo un tremendo pleito de cobijas
con su mujer, la güera Soledá.

Dicen que se acostaron muy temprano,
porque desde en la tarde ya hacía frío,
sin que hubieran tenido ningún lío
y los dos de un humor bastante ufano.

Mas parece que, ya en la madrugada,
don Juan quiso voltiarse de ladito,
y jaló las cobijas un tantito,
y dejó a la mujer descobijada.

Doña Chole, al sentirse en ese plan,
trató de remediar la situación,
y les dió a las cobijas un jalón
y, sin querer, descobijó a don Juan.

Y don Juan, todavía medio dormido,
sin saber ni la causa ni el origen,
gritó con fuerte voz: "¡No descobijen!",
y jaló el cobertor y echó un bramido.

Y doña Soledá, muy asustada,
entre dormida aún y entre despierta,
sintió que la dejaban descubierta
y le dió otro jalón a la frezada.

Mas don Juan, a su vez, muy sorprendido
y todavía entre sueños y algo inerte,
les dió a las tilmas un jalón tan fuerte
que también doña Chole dió un bramido.

Y, como eran así dos voluntades
que jalaban con rumbos diferentes,
llegaron a ponerse tan renuentes
que de una colcha hicieron tres mitades.

Lo peor es que, al estarse jaloniando,
a oscuras y enojados de ribete,
no dejaron de darse algún moquete,
y dicen que ya se andan divurciando.

Mas la culpa de tales asonadas
y de tales disgustos cobijeros,
la tienen los demontres de obrajeros
por hacer tan angostas las frezadas.

¡Ojalá que el Gobierno les exija
tejer unas frezadas competentes
que tapen bien a las dormidas gentes
y eviten esos pleitos de cobijas!

NOTA.—Como don Matías el frezadero es mucho mi amigo, no quise mentarlo personalmente en el argumento de mi poesía para que no fuera a darse por aludido y a quererse ofender; pero la verdad es que todos los frezaderos, sin zafar a mi amigo don Matías, hacen unas cobijas tan angostas que con tantito que uno se voltié descobija al otro, y con más razón si los dos son algo gordos y a ambos dos les gusta jalar parejos.

Sería bueno que los susodichos frezaderos pensaran un poco y hicieran las cosas de otro modo, pues ¿cómo consideran que con una cobija de vara y media de ancha, y hasta de una vara y dos tercias, van a cobijarse bien dos personas, y menos estando dormidas las dos? Porque todavía estando despiertas es más fácil, pues con prudenciar un poco una de ellas y quedarse descobijado toda la santa noche, mientras el otro se dedica a roncar muy bien tapado, o con agarrar otra cobija y taparse por cuerda separada, todo está arreglado; pero, estando dormidas las dos, ¿qué quieren ustedes que haga una gente privada y embebecida por el sueño? Precisamente de allí viene ese dicho tan conocido y que hasta parece un evangelio chiquito, que tanto usa la gente y que dice: "No jalen que descobijan".

Yo creo que el Gobierno debiera dar una orden fuerte para que las cobijas sean siquiera de tres varas de ancho las más menos, sin perjuicio de dejar ación para que puedan hacerse otras más anchas, pues muy bien se echa de ver que, ya con vara y media por persona, es más fácil taparse y, además, queda un mediano margen para que cuelgue a cada lado del catre, como sobrecama o caído, para un caso de emergencia.

Hora que también hay que convenir que el Gobierno no puede estar en todo y ponerle remedio a todo, pues el otro día andaba aquí un gringo tan gordo que ha de haber sido de la Panza-

gonia, pues tenía una panza como cinco veces la de Pancho Alvarez el cantor, y que ni con una cobija de seis varas de ancho se hubiera alcanzado a tapar él solo, contimás con otra persona. Así es que allí sí ni modo de exigirle nada al Gobierno, pues con todo y la orden fuerte el hombre se hubiera quedado descobijado y con más de media barriga de fuera.

Por eso en ciertas ocasiones es mejor quedarse callado y no decir nada.

OTRA NOTA.—Pancho el Secretario del Juzgado fué el que me aconsejó que en la nota anterior pusiera eso de taparse o cobijarse "por cuerda separada", pues dijo que eso se usa mucho en los Juzgados y que así se entiende bien lo que quiero decir en dicha NOTA.

LOS LIMPIONES

Le dije a don Epitacio:
Si la cara va a limpiarse,
hágalo sin apurarse,
con cuidado y muy despacio.

Saque el paño poco a poco,
o como quiera sacarlo,
pero, cuando vaya a usarlo,
no lo haga usted a lo loco.

Revíselo cuidadoso
antes de ir a proceder,
para que así pueda ver
si no hay algo sospechoso.

No vaya a hacerlo violento
y nomás al aventón,
ni vaya a darse el limpión
como quien limpia un jumento.

Pues le puede suceder
lo que a Luis le sucedió,

que la sangre se sacó
y él ni lo echaba de ver.

O puede pasarle a usté
lo que a don Juan le pasó,
que todo se tasajió
y no supo ni por qué.

Y por más que le buscaba
el motivo y la razón,
se hacía pura confusión
y nadita que le hallaba.

Por eso les digo a todos:
"Límpiense con mucho tiento,
despacio y con buenos modos,
no nomás al ai te aviento".

NOTA.—Acontece muy seguido que gentes poco cuidadosas y de poca reflexión se suenan las narices y, sin más ni más, sin tomar ninguna precaución, se guardan el paño en la bolsa y no vuelven a acordarse del negocio.

Y acontece que, después de algún tiempo, se les ofrece limpiarse la cara, ya porque estén sudando, o porque les haya caído una gotera del techo en tiempo de aguas, o porque se hayan sentado a descansar sin sombrero debajo de un árbol con pájaros o por cualquier otro motivo semejante, y, sin acordarse de nada ni tener en cuenta nada, sacan el paño a lo atarantado y se dan el limpión.

Y entonces viene lo bueno, pues se dan unos rayones y unas tasajiadas en la cara, en los cachetes y en la calva que hasta se sacan la sangre y se ven muy adoloridos y apenados.

Y todo porque, como es natural, las materias y las sustancias escurridizas y los humores narizales se resecan en el paño después de que uno se suena y se ponen tan duros y resistentes como pedazos de vidrio, y de allí vienen los rayones y las tasajiadas y las sacadas de sangre. Y, como la misma fuerza y la rapidez del limpión hace que se desprendan y se caigan las susodichas sustancias endurecidas, pues las gentes no saben con qué se rayaron y ofendieron y, por más que buscan, no encuentran nada en el paño, y andan adivinando y haciéndose cruces y suposiciones de una cosa tan natural y sencilla.

Por eso les pongo esta adversativa poesía, para que no se anden limpiando a la carrera y sin advertencia ni fijeza; sino para que, antes de hacerlo, tienten y sopesen el paño y vean si no hay peligro de garabatearse la cara con el filo de las vidrificadas sustancias o de sufrir algún otro perjuicio serio, pues hasta puede darse el caso de que se saquen un ojo o cuando menos se lo rasguñen.

LA REINA DEL CARNAVAL

Carmelita, no se apene
con lo que le ha sucedido.
Bastante que nos ha podido
y muy disgustados nos tiene.

Casualmente lo leí
en "La Voz de Guanajuato",
y, la verdad, un mal rato
pasé con lo que dice allí.

Pero miro con agrado
que usted anda muy serena,
como si no le diera pena
con eso que le ha pasado.

Así es mejor, ya lo creo;
más vale disimular
y no ponerse a llorar
cuando le hacen a uno un feo.

Pero, de cualquier manera,
es muy grande disfavor

que en frente del Gobernador
esa cosa sucediera.

Y en frente de otras más gentes
que podían protestar
y aturdir y hasta chiflar
a esos hombres imprudentes.

Pues no es cosa bienhechora
nada menos que en un teatro,
en donde no hay dos ni cuatro,
le digan a uno: "SEÑORA".

Y en fiestas que no son bravas.[1]
sino serias y decentes,
vayan saliendo esas gentes
con una batea de babas.

Porque no era festival,
ni corrida ni afianzón;[2]
sino la Coronación
de la Reina del Carnaval.

---

[1] Le dicen "Fiestas Bravas", según he sabido, a las corridas de toros, como la de Juan Silvete que puse en una de mis poesías y que les encargo que no dejen de leerla, pues no está fea.

[2] Le dicen "Afianzones" a unas fiestas que han dado en dar últimamente en la Plaza de Toros o en el corralón de don Pepe, que suben a dos arriba de un tablado con barandal de riatas, con unas bolsas de cuero rellenas de lana en las manos, como esas que les ponen a los niños chiquitos para que no se

Y en fiesta tan exquisita,
salen a lora de lora
diciéndole a usted "SEÑORA"
en lugar de "SEÑORITA".

Y no uno, sino tres,
fueron los de esa herejía:
el que dijo la poesía
y uno antes, y otro después.

Y los tres, al unisono
y con una voz sonora,
le decía a usted "SEÑORA"
en mero en frente del trono.

Y si eso salía muy mal
con cualesquier señorita,
salía peor con Carmelita,
la Reina del Carnaval.

---

rasguñen, y los hacen que se den de trompadas hasta que uno tumba al otro o los dos se caen de puritito cansados, y les tocan una campana cada rato y les meten no sé si lana o algodones adentro de los cachetes y les dan a chupar limones agrios y les rucían agua en la cara con la boca, como cuando están planchando ropa las señoras, y hacen otras muchas facetadas sin asunto mayor. Pero eso sí, se dan unas golpizas de Libertad y Reforma. Parece que también le dicen "VOZ" o "BOX" a esa clase de fiestecitas.

Si no estaban al corriente
de si es soltera o es casada,
no ir saliendo con esa empanada
delante de tanta gente.

Sino informarse primero,
con cuidado y precaución,
y no andar en procesión,
como en luna de febrero. *

Y si no estaban seguros
de si es casada o señorita,
decirle a usted "CARMELITA",
y salir así de apuros.

Y no meterse de pronto
en camisa de once varas,
y andar viendo malas caras
y haciendo papel de tonto.

A mí me cayó en lo vivo
y siento feo todavía,

* No me acuerdo bien dónde, pero dicen que en alguna parte tenían el costumbre de sacar a los locos en procesión en la luna de febrero, y, como estaban locos, pues nomás iban voltiando para todos lados, sin ver por dónde iban y sin hacer caso de nada, y que mucho se golpeaban y muchos golpazos que se daban por andar bobiando; y por eso dicen que la gente tonta, como los que le dijeron "SEÑORA" a Carmelita, andan en la procesión de la luna de febrero.

tanto que desde ese día
he andado muy pensativo.

Y piense y piense nomás
cómo será bueno hacer:
si pasar a proceder
o ya no meterse en más.

Y hasta consulté a la almohada
el modo de procurar
que dejen ya de pensar
que usted es gente casada.

Y después de andar perplejo,
pensando en lo que necesita,
estimada Carmelita,
le voy a dar un mal consejo.

Que le pida al señor Cura
la copia certificada
de que usted no está casada
ni allí ni en la Jefatura.

Y vea luego al Presidente
y allí también le procuren
otra copia en que aseguren
que usted es independiente.

Y después vaya al Juzgado
y a las demás dependencias,

que le extiendan referencias
de que nunca se ha casado.

Y vaya en una carrera
a lo Oficina de Rentas,
para que vean en sus cuentas
que usted es gente soltera.

Y para que en forma impropia
no sigan con esa urdimbre,
que en la Oficina del Timbre
también le den otra copia.

Y luego ya con todo eso
y ya con tanta constancia,
se va usté a la Comandancia
a levantar un proceso.

Y sin con tantos detalles
se ve que ni así obedecen,
que luego luego los presen
y salgan a barrer calles.

A ver si así se les quita
esa maña malhechora
de decirle a usted "SEÑORA",
en lugar de "SEÑORITA".

NOTA.—Carmelita es también criolla y nacida de esta bendita tierra que me vió nacer y donde vi la luz primera; pero desde

hace algunos años que se fué con su familia a vivir a Guanajuato, y allí le ha ido tan bien que en este año hasta la sacaron de Reina del Carnaval, lo cual es mucha honra para esta bendita tierra que nos vió nacer a los dos y donde los dos vimos la luz primera. Pero lo malo es que, según lo que dice un periódico de esa ciudad, en la Coronación que hicieron en el Teatro Juárez, las tres personas que dijeron las poesías y los discursos en esa fiesta trataron de "SEÑORA" a Carmelita delante de toda la gente, cuando todos la conocemos bien aquí y sabemos que no es casada y que parece que ni siquiera tiene novio. Y lo peor del caso es que nadie dijo nada ni reclamó nada y que ella misma tampoco dijo nada ni parece que le haya parecido mal, pues vino por aquí en estos días muy tranquila y muy contenta, y hasta convidó una noche al señor Cura y al Presidente y a todas sus amistades para que fueran a verla vestida de Reina en case su tía Pilar, pues trajo el vestido y se lo puso para que la vieran todos y hasta dió una vuelta con él en el jardín, y no dijo nada. A mí me dió pena decirle algo; pero, como veo que ella no da trazas de decir nada y que ya se fué y que nada dijo, le hice esta comprometedora poesía para mandársela y para que vea que nada bien estuvo lo que le hicieron los tres supradichos señores y que está bueno que ella o alguno de su familia diga algo; bien entendidos de que si, con todo y mi poesía, ni ella ni sus parientes o amigos dicen nada y se quedan otra vez callados, entonces veremos si yo digo algo o si también me quedo callado como ellos, que yo creo que será lo mejor, pues quién me manda andarme metiendo en lo que no ma va ni me viene, pues a poco hasta dicen que qué me interesa.

¡Para que vean, eso sí que había de salir muy feo, puede que hasta peor de lo que le hicieron a Carmelita!

HISTORIA TRISTE

Fué un párrafo tan triste y peliagudo
que ya no me quisiera ni acordar,
porque, cuando me acuerdo, siempre sudo
y me entran muchas ganas de sudar.

Pues sólo de pensar en lo pasado
y de acordarme de esas cosas viejas,
ya me empiezo a sentir algo sudado
y que me zumban todas las orejas.

Se los voy a contar, pero les pido
que no lo cuenten más para adelante;
no lo vaya a saber mi contrincante
y crea que todavía me siento ardido.

Y dispensen también que no les diga
el nombre y dirección de la coqueta
que, pensando burlarse de este poeta,
bastante mal le resultó la intriga.

Yo me le declaré con energía
y creo que hasta con algo de desdén,

y ella me contestó que estaba bien,
que desde luego me correspondía.

Y desde entonces me tenía en un brete
por todo el día, desde en la mañana,
pues salía a platicar por la ventana
todas las noches, cerca de las siete.

Y así se nos pasaron meses y años,
muy contentos, sin pleitos ni reproches,
platicando muy bien todas las noches,
sin temor a los fieros desengaños.

Eso de "sin temor a los fieros desengaños" es cosa de don Nacho. Yo le había puesto "sin andar con recámaras ni engaños"; pero él se me enojó mucho y dijo que eso de las recámaras era sólo para dormirse uno y que aquí no se trataba de engañar, sino de desengañarse de si nos queríamos o no nos queríamos; que entonces qué le alegaba.

Pero un día que con mi pecho sano
fuí al Estación a sacar un chorizo,
hallé otro Jefe, un hombre ya macizo,
muy simpático, amable y campechano.

Y los dos platicamos largo rato
y hasta hablamos un poco de poesía,
pues dijo que también él le entendía
y, en fin, me resultó de muy buen trato.

Y yo, creyendo que era un hombre bueno,
resolví continuar con su amistad,
sin pensar que el engaño y la maldad
se ocultan en las sombras, cual veneno.

Pero al día siguiente me fuí al rancho,
donde duré dos noches y tres días,
y bebí pulque y hice más poesías
y me comí un chivito que asó Pancho.

Pero siempre yo estaba algo violento,
extrañando las pláticas con Chole;
así que luego de comerme un mole,
me vine zas y zas en mi jumento.

Y a las siete ya estaba yo, muy tieso,
esperándola en frente de su casa,
y, al no verla salir, decía: "¿Qué pasa?
¿Estará enferma o estará en el rezo?".

Pero empecé a notar mucho revuelo
y mucha luz y música y boruca,
y entonces me empezó a sudar la nuca
y comencé a sentir cierto recelo.

Porque pensé: "Seguro que es su santo.
Esto ya estuvo malo, Margarito,
porque tienes que darle un regalito
y lo que trais no alcanza para tanto".

Pero de pronto vi que, poco a poco,
por la azotea sacaba la cabeza,
y entonces me arrimé con ligereza
y me paré debajo, junto al foco.

—¡Buenas noches!, le dije.
—¡Buenas noches!
—¿Y por qué no salías?, le pregunté,
y le tosí y el cinto me apreté,
porque pensaba echarle unos reproches.

Pero no pude, porque la cristiana
me contestó con voz media quedita:
—Pues ya lo ves; hay una fiestecita
y no puedo salir a la ventana.

—Entonces ya me voy, le dije yo.
Mañana volveré, por si se puede.
Ya veremos, a ver si no sucede
la misma cosa que hoy me sucedió.

Después le pregunté con voz más recia:
—¿Y por qué es ese baile de candil?
—Pues porque hoy me casé por lo civil,
y mañana me caso por la Iglesia.

Y entonces sí se destapó ya toda
y me dijo con gran satisfacción:

—¡Me caso con el Jefe de Estación
y te invito a que vayas a la boda!

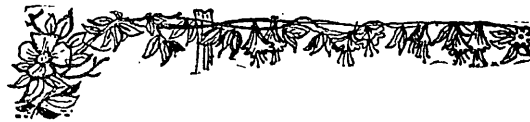
Y ya sin aguardar le contestara,
se sumergió detrás de la azotea
y me dejó en la calle, cual jalea,
nomás temblando y con tamaña cara.

Así se terminó tan triste historia,
así se acabó el amor de tantos años,
porque este mundo es un costal de engaños,
donde todo se olvida, hasta la memoria.

Y tengo que decirlo, aunque me duela:
nunca pensé que el Jefe de Estación
me pegara tan fuerte sofocón,
ni me fuera a jugar esa cautela.

Mas la ingrata salió muy mal costiada,
pues cambiaron al Jefe a la frontera,
y en una estacioncilla de bandera
todavía me la tiene soterrada. *

NOTA.—¡QUE BUENO! ¡ME ALEGRO!



EL PICOBAJO Y EL ANDANTE

Yo tenía un picobajo un andante,
los dos de calidad muy regular;
el primero, con un fin importante,
el segundo nomás para viajar.

Al picobajo lo tenía engordando,
con el fin de servírmelo algún día,
y el andante, muy serio y cabeceando,
su grano y su pastura se servía.

Yo había resuelto y casi decidido
que el 10 de junio, día de mi cumpleaños,
si Dios Nuestro Señor era servido,
comernos el puerquito y sus redaños.

Hacer unas carnitas, chicharrones,
montalayo, salchichas y rellena,
tocino, longaniza, sanchichones
y unos chorizos fritos para cena.

Jamón, queso de puerco, quesadillas,
un espinazo rebozado en mole,
patitas en vinagre, unas morcillas
y un suculento y nacional pozole.

Y convidar amigos y parientes
y en la huerta de Juana la Sin Susto
darle vuelo a la hilacha con mis gentes
y pasarnos un rato de harto gusto.

Y, reunidos así en un agasajo,
alegres, bulliciosos y traviesos,
comernos el sabroso picobajo,
dejando sólo los puritos huesos.

Pero, al ir a buscarlo el mero día,
para tenerlo todo preparado,
la zahurda encontramos ya vacía,
pues en la noche se lo habían robado.

Y lo más serio de ese mal trabajo,
lo que más me caló en aquel instante
fué que, al antellevarse el picobajo,
también cargaron con el pobre andante.

Así es que, en vez de hacer el homenaje
y la grata reunión que yo creía,
lo que hice fué hacer tan gran coraje
que el hígado me duele todavía.

Por eso les encargo con cuidado
no digan que una cosa se han comido
sino después de haberla digerido
y, mejor todavía, de haberla echado.

NOTA.—A ver qué dicen ahora los envidiosos de mi pueblo y qué defeutos me le ponen a esta poesía. Para que se lo sepan y no anden sufriendo, me la corrigió el señor Cura Villagómez, y mucho me encargó que no se lo fuera a decir a nadie, porque no quiere compromisos; pero yo se los digo aquí en confianza, nomás para que vean qué cara ponen los mitoteros lenguas largas, pues son muy capaces de criticarla, sin saber quién me la corrigió. ¡Ojalá y lo hagan para que se tiren tamaña planchota y se descrediten más de lo que ya están!

LOS DIENTES DE HULE

Es una mujer gorda, muy sonriente,
que se achicala, se polvea y se pule;
pero dicen que no tiene ni un diente
y que por eso usa dientes de hule.

Mucho se ruge que es de La Lejona,
pero ha vivido aquí toda su vida.
Es muy trabajadora, muy luchona
y tiene un tendejón por la salida.

Es de un genio muy bueno y muy bonito
y es muy platicadora y algo franca;
su marido se llama Margarito
y el tendejón se llama La Palanca.

Ese marido es, pues, medio tocayo,
porque yo soy Ledesma y él Paredes,
y los domingos anda en un caballo
que alquila en el mesón de Salsipuedes.

Y como que él tampoco tiene dientes
ni tiene dentadura personal,
le da vergüenza andar entre las gentes,
pues se ve muy chupado y medio mal.

Por eso, si lo invitan a una fiesta
y muy principalmente si hay muchachas,
don Márgaro se apena y se molesta,
pues no le gusta andar en esas fachas.

Así es que, por no hacer mala figura
en bailes y otras fiestas diferentes,
le tantea a su mujer la dentadura,
y llega muy faceto, ya con dientes.

Y le da mucho vuelo a las hilachas
y parece pintada mariposa,
pues presume y se ríe con las muchachas,
usando la herramienta de su esposa.

Y, por no ir a sufrir serio fracaso
cuando hacer uso de ella le precisa,
se la saca en la noche de entre el vaso
y por un tiempo la hace perdediza.

Y la pobre mujer, por evitarse
que el marido se valga de esas tretas,
ya no la echa en el vaso al acostarse,
sino que va y la esconde en las macetas.

Pero, dándose cuenta su hijo Pipo,
fué y a su padre le avisó la cosa,
y don Márgaro sigue echando tipo
con las clavijas de hule de su esposa.

De todos modos, apenado me hallo,
pues temo que la gente que no piensa
vaya a pensar que, siendo su tocayo,
yo soy como él de falto de vergüenza.

NOTA.—Esta poesía me ha causado tantas envidias y tantas críticas que ya no hallo ni qué pensar. Dicen que no son dientes de hule y que no está bien dicho así porque no son de hule. Y yo muy bien sé también que no los hacen de hule ni son de hule, pues para ser de hule están muy duros y sería necesario que estuvieran más blanditos; pero así se les dice a todas esas cosas postizas, pues las piernas que les ponen a los que se las cortan o se les caen, como al General Santa Ana, y los brazos y manos que también les ponen a las personas, como a un señor don Homobono que ha sido Jefe Político de muchas poblaciones del Estado, son de palo o de cuero o de cuáquil o de otras cosas, y todos dicen que traen una pierna de hule o una mano de hule, aunque sean de otra cosa. Entonces, ¿por qué se admiran de que digan que esas personas traen dientes y muelas de hule? Además, bien saben todos, porque todos los días se oye por dondequiera, que cuando a alguna persona la hacen menos en algo, dice luego luego muy enojada: ¡Bueno, ¿y yo seré de hule? Ni modo que vaya uno a pensar que esa persona es de hule, pues clarito estamos viendo que es de carne y hueso: y, sin embargo, así se dice y nadie reclama ni exige nada. Y también he oído que a los músicos que vienen a tocar en las fiestas de aquí y que duran tocando tres días y tres noches sin descansar, les dicen trompas de hule, y no creo que nadie vaya a creer que deveras tienen la boca de esa sustancia,

y nadie dice nada ni reclama nada ni hace escándalo por esa causa. Lo que sucede es que a mí me han agarrado por la orilla de la cerca y que basta que yo diga una cosa para que, por bien dicha que esté, luego luego comiencen a buscarle contras.

Pues, con todo y eso, yo les recomiendo mucho a las esposas que usan dientes o dentaduras de hule y que tienen maridos que no tengan dientes propios o naturales y tampoco tengan dentadura de hule, que todas las noches, cuando ya se vayan a acostar, guarden sus dentaduras bajo llave y no vayan a dejarlas en un vaso de agua, como se acostumbra, o enterradas en las macetas, como doña Carmen la de La Palanca, pues no es justo que los susodichos maridos se las saquen a escondidas y se las canquen muy agusto y vayan con ellas a presumir y hasta a reírse con otras muchachas, aprovechando y utilizando para esas risas los dientes postizos de sus propias esposas, que se sacaron a escondidas y sin consentimiento de las interesadas, pues eso no es justo.

Si quieren reírse con dichas personas, que les cueste su dinero o que se rían con las puras encías o con unos dientes de chicle o de parafina o de cera de vela, como los que se ponen algunos para disimular. Yo creo que ese es el mejor remedio.

O TEMPORA! O MORES!

También este letrero es consejo de don Nacho el de la Botica.

No sé porqué será, pero estoy viendo
que las novias se están despercudiendo
y no platican ya por el balcón;
sino que, sin decir ni agua va,
ni tampoco avisarle a la mamá,
se van con el novio al Estación
y allí platican sin interrupción
hasta que oyen que suena la oración
de la noche.

Tampoco sé por qué, pero he notado
que las viejas y jóvenes han dado
en andar chupe y chupe sin parar,
y que traen el cigarro entre los dedos
y, al estar platicando sus enredos,
no dejan ni un momento de chupar,
ni tampoco dejan de murmurar;
sino que todo es hablar y hablar
de la gente.

Tampoco hallo por qué, pero yo he oído
que en vez de aquel tan agradable ruido

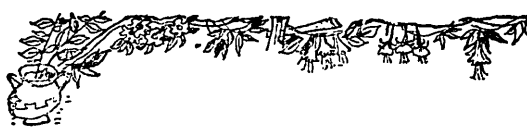
que en las noches había en la población,
pues tocaban guitarras, bandolinas
y pianos y bandurrias y ocarinas
y a veces hasta un dulce bandolón;
sólo se oyen los gritos destemplados
de esos roncos fonógrafos rayados
que gritan cual furiosos condenados,
sin parar.

Tampoco hallo el motivo de otras cosas
muy extrañas, muy raras y curiosas
que veo, que noto y oigo en el lugar,
que me hacen ver que todo está cambiando,
que poco a poco vamos caminando
sin saber dónde iremos a parar
si en la orilla de algún profundo mar
o en algún apestoso muladar
o dónde.

NOTA.—Mucho les recomiendo se fijen en los estrangotes.

OTRA.—La verdad, ya no me están cuadrando muchote los consejos y las ayudadas de don Nacho el de la Botica, pues, además de que es muy mandón, como si el libro fuera suyo, mucho me estoy recelando que los letreros que me aconseja no estén bien, pues el otro día unos muchachos me gritaron desde detrás de una esquina: "¡Adiós, Becleriano! ¿Dónde dejaste el Gloria Munde?"

NOTA DEL EDITOR.—Me permito recordar a los lectores que, entre las composiciones de esta obra, hay una que lleva el título de BECQUERIANA y otra el de SIC TRANSIT GLORIA MUNDI, sugeridos ambos por don Nacho. Seguramente que a ellas se refiere el señor Ledesma en la nota anterior.



DESHEREJAMIENTO

Quieren desherejar a don Gorgonio
y andan todos tras de él a dale y dale;
pero yo me afiguro no les vale
porque anda muy entrao con el demonio.

Por nada de este mundo va a la iglesia,
ni a la misa tampco, ni al rosario,
y una vez que le echaron incensario,
del susto tuvo que comprar manesia.

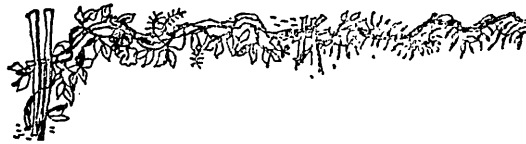
El otro día lo bendicieron mucho,
pero fué desde lejos y a escondidas,
pues dicen ya quería aventar mordidas
y hasta parece que cortó cartucho.

Yo creo que lo mejor es no asustarlo
y algún día que se dé una descuidada,
echarle en la cabeza una frezada
y cogerlo entre todos y amarrarlo.

Y así, aunque grite y aunque no le cuadre
y haga coraje y pase muy mal rato,
llevárselo amarrado hasta el Curato
para que se confiese con el Padre.

Y con eso evitamos por lo menos
que en medio de una noche muy oscura,
cargue el diablo con él a la segura
y nos encaje un susto de los buenos.

NOTA.—Desde hace mucho tiempo que andaban con el sucirio de desherejar a don Gorgonio, y por eso escribí esta informativa a la vez que recomendatoria poesía, para que, ya que trataban de hacer la cosa, la hicieran bien hecha. Pero últimamente he venido a saber que el hombre ha cambiado mucho en estos días, que se le está quitando lo hereje poco a poco, que ya no dice cosas feas ni les echa pujidos a los Padres cuando los encuentra en la calle y que hasta les da la banqueta. Parece qué todo eso es a resultas de que ha dado en cargársele el muerto todas las noches cuando está dormido, y también de que un perro prieto, grandote, echando chispas y bastante lumbre por las narices y por los ojos, y creo que también por la boca y por las orejas, le dió una carrereada la otra noche por enfrente de la Parroquia, y hasta le arrancó un pedazo de chaqueta y otro de pantalón, con todo y calzoncillos y algo de carne posterior. Don Melesio Peñaflor, que fué el que me platicó todo esto, me dijo que ya hasta se ha hecho muy misántropo, pues que a él le consta personalmente que el otro domingo oyó tres misas seguidas. Para que vean ustedes lo que son las cosas. No fué necesario echarle la frezada en la cabeza ni amarrarlo ni nada para desherejarlo, sino que él solito se fué desherejando poco a poco, como quien no quiere la cosa; y todo nomás del puritito miedo. Y ahora hasta misántropo se ha vuelto. ¡Dios lo haga un santo!



LO ATRASARON

Mi compadre Salomé
tiene las piernas como arcos.
Cuando lo encuentra don Marcos
le da risa y la hace: ¡Meee!

Y se va luego de allí
riéndose con harta risa,
y hasta babea la camisa
de lo mucho que se ri.

Y dice que así ha de estar
porque siempre anda en el bordo
es un caballo tan gordo
que hasta puja al caminar.

Otros dicen que tal vez
porque se cayó de un macho
y, como andaba borracho,
se le enchuecaron los pies.

Otros porque unos traviesos,
como al modo de ladrones,

lo dejaron sin calzones
y se le enfriaron los güesos.

Otros, porque al jinetear,
le amarraron los zapatos
y, a resultas de esos tratos,
ya no los pudo enderezar.

Otros, porque de un bostezo
de las regiones internas,
se le pandiaron las piernas
y se le acható el pescuezo.

Andan también las hablillas
que se cayó de una casa
y se quedó de esa traza
por haber cáido en cuclillas.

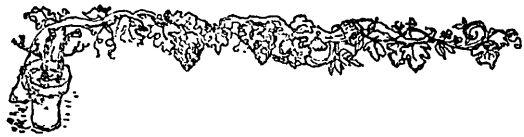
Y algunos hasta lo acusan
de que sufre esos deslices
porque tiene unas narices
de esas que ya ni se usan.

Dicen otras muchas cosas
y train tan grande mitote,
que era bueno encajar al bote
a esas gentes enredosas.

Pero yo digo y repito
que quedó así de burlesco
porque lo pararon fresco
cuando estaba chiquitito.

NOTA.—Si no fuera porque mi compadre Salomé es mucho mi amigo, yo me quedaría callado sin boquiar palabra; pero, la verdad, no es justo que lo anden acriminando como lo acriminan, ni achacándole cosas tan pesadas, ni menos andar diciendo que está así por tener unas narices de esas que ya no se usan, porque, en primer lugar, no es cierto que hayan dejado de usarse, pues yo he visto muchos, como don Apolonio y otros, que las tienen por estilo, lo que prueba que todavía se usan, y en segundo lugar, que ellos no tienen las piernas chuecas, lo que también viene a probar que el que es causa de la causa no es causa de lo causado, como dice Pancho el Secretario del Juzgado Unico Municipal. Por eso pongo esta disculpatoria poesía para que no sigan hablando sólo por hablar, pues lo cierto es que una tía que quería mucho a mi compadre Salomé y que se llamaba doña Estéfana Campuzano tuvo la bondad de pararlo cuando todavía estaba muy tiernito, para ver si ya comenzaba a dar pasitos el niño, y qué pasitos ni qué pasitos, lo que sucedió fué que lo dejó atrasado para toda la vida, pues, habiéndolo parado fresco, las piernas se le hicieron curvas como arcos y ya no pudieron enderezárselas; pero él no tiene la culpa de eso, pues ni siquiera hablaba ni pensaba todavía. Hora sólo falta que digan que sí la tiene y que sí la tiene, pues así son las gentes, no crean.

También quiero aclararles que algunos tienen el costumbre de que cuando van a ginetiar les amarran los zapatos por debajo de la panza del toro, para no cairse, y lo malo está en que no les amarran los zapatos solos, sino con todo y los pies adentro; y con los respingos del toro y las alagartadas que se da y los chiflidos de la gente y la polvadera y luego el trabajo de desamarrárselos y hasta una que otra mala razón que les gritan las gentes desconsideradas... pues de allí vienen esos malos resultados, con lo cual acabó de atrasarse el pobre de mi compadre. Aunque, venido a ver, ¿quién se lo manda? ¿Para qué anda de mitotero?



NO HUBO REMEDIO

En el Corpos que acaba de pasar,
hizo el Cura una fiesta regular,
pues es un sacerdote progresista
que no pierde ningún punto de vista.

En la mañana, misa de función,
y en la tarde, una buena procesión
que salió por el atrio y corredores,
con velas, con incienso y hartas flores.

Y hubo cuetes y bombas y Hortelanos
y una danza de moros y cristianos,
y se pasaron todo el santo día
repicando con gusto y alegría.

Pero eso sí que resultó muy mal,
pues subió a repicar Pancho Abascal
y, como ya está medio veterinario,
en lora se cayó del campanario.

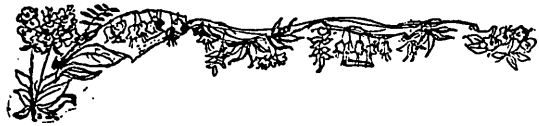
Porque, al estar echando su maquila,
sin más ni más lo antecogió la esquila,
y lo aventó como si fuera un gato
y fué a cáir en el techo del Curato.

Y por más luchas que le hacía la gente,
no pudo detenerlo en el ambiente,
pues, sin un paracáidas bien cosido,
ni modo de aparar al individo.

Así es que por más luchas que le hicieron,
ni el susto ni los gritos le valieron,
y aunque mucho en el aire patalió,
no hubo remedio, siempre se mató.

Pero al menos sirvió de gran consuelo
que cayó sobre el techo y no en el suelo,
pues nomás piensen cómo le habría ido
si se cai hasta abajo el individo.

Les aconsejo, pues, hablando en plata,
que no se anden subiendo a repicar
pues si alguien sigue haciéndolo y se mata,
que no me venga después a reclamar.



NADA DE PERDON

¿Que la perdone? ¡No! Me hirió traidora
escondiendo el puñal tras de un petate,
y sin embargo el corazón la llora
y todo el día se pasa late y late.

Pero no le perdono ni de chanza
porque quiero que sufra, que padezca,
que llore, que se enflaque y desmerezca
y que pierda todita la esperanza.

Y cuando ya la vea bien sumergida,
con bastante coraje y harto enojo,
decirle con voz algo entristecida:
—¿Qué sucedió? ¿Cómo te quedó el ojo?

NOTA.—Quiero aclararles, porque ya ven que a mí no me gusta andar echando mentiras, que comencé así esta poesía porque así comienza una que vi en un periódico y que me agradó bastante, y por tal motivo le puse igual el primer renglón y parte del segundo. Pero la mera verdad es que nada de puñal ni de heridas ni de nada, pues dónde ven que yo me iba a dejar tasajiar nomás porque sí. ¡Ni que fuera tan suato! Lo

que sucedió fué que ya ven ustedes que todos los poetas tenemos que hablar así y decir que nos yeren y que nos perjudican y que nos matan y que válgame Dios, cuando nos hacen algún desaigre, o una mala cara o un mal modo o nos dan calabazas con otro individo. Aquí lo que pasó fué que ella me estaba ispiando detrás de un petate de tule que su papá puso en una ventana que da al corral de su casa y que no tiene puerta de madera porque la tumbó un cerdo que se brincó por allí, y por eso puso su papá ese petate para taparla y que no pegue la resolana en la tarde: y, como a mí no me gusta nadita que me anden ispiando, por eso le pongo esta reclamatoria poesía y por eso digo lo del puñal y todo lo demás, para que sepa bien que la estaba viendo y para que otra vez no ande haciendo esas cosas; pero nada de puñal, ni de heridas, ni de nada. Además, a mí me convino mucho ese petate y me valí de él en el argumento de mi poesía porque casa muy bien con late y late que pongo en el verso al explicar lo del corazón. Además, yo quiero que esa ingrata mujer se sazone bien y se dé cuenta que si está de Dios que padezcamos, pues padezcaremos, y ya.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Según ciertos informes de gente veterana,
pasaron por aquí, un día muy de mañana,
Hidalgo, Allende, Aldama y un montonal de gentes
que toditos decían que eran los insurgentes.

Llevaban piedras, hondas, machetes y gorguces,
caballos y jumentos, pistolas y arcabuces,
y a todos les decían que andaban en agencia
de buscar la manera de hacer la independencia.

Se metían a las milpas, se comían las gallinas,
y de toros y vacas hacían buenas cecinas;
pero todas las cosas se las daban con gusto,
iban a libertarnos y nada era más justo.

¡Qué lástima que entonces no hubiera yo nacido,
pues sin pensarlo mucho con ellos me habría ido!
Con mi asno canelo y mi buena bufanda,
qué contento habría andado en aquella parranda.

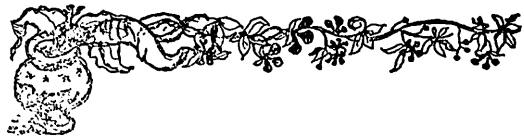
Luchando con empeño y exponiendo mi vida
por librar a la patria tan linda y tan querida,
buscando la manera de salir adelante
para que nuestra tierra quedara al fin triunfante.

Y si peleo con ganas y me apuro tantito,
hoy no sería el humilde poeta Margarito;
sino el señor Ledesma con todita la boca,
que sólo con mentarlo vuelve a la gente loca.

Y todas las muchachas habrían de hacerme caso
y hasta los envidiosos me darían un abrazo,
y yo serio, muy serio, pero sin ser tirano,
a todos, como amigos, les tendería la mano.

Y al mirarme pasar, diría toda la gente:
"Ai va don Margarito, el temible insurgente"
Y yo, con toda la alma y todo el corazón,
haría muchas mejoras en esta población.

NOTA—Deveras què qué lástima.



PURAS MENTIRAS

Estuvo aquí de visita,
en casa de don Joaquín,
un señor medio catrín,
de bastón y de levita.

Dicen que era un preceptor
de la propia capital,
y le cuadraba el mezcal
y, si había pulque... mejor.

Traía tamaña leontina
y un reló quesque de plata.
Yo creo que era de hojelata
y no de lámina fina.

También portaba unos lentes
que abajo tenían arquitos,
para mirar a las gentes
y para ler los escritos.

Me explicó Pancho la Puerca
son lentes de dos reflejos:
uno para ver de lejos
y otro para ver de cerca.

Y, según me dió a entender
con palabras provechosas,
lo de arriba es para cosas,
lo de abajo para ler.

Y el que los trai no se priva,
pues sólo tiene el trabajo
de alzar los ojos pa arriba
o de bajarlos pa abajo.

También usaba un bastón
que adentro traía un paraguas,
y él decía que en tiempo de aguas
nomás le daba el sacón.

Era un hombre muy chocoso,
muy tieso, muy estirado,
que me caía muy pesado
y que era muy mentiroso.

Pues, muy cruzado de pierna,
se soltaba miente y miente
y hasta espantaba a la gente
al platicar de un tal Berna.

Decía que Berna era oriundo *
y de tantas garantías,
que le dió una vuelta al mundo
en menos de ochenta días.

Y que era un hombre tan probo,
tan vivo y de tantas ganas,
que anduvo cinco semanas
trepado arriba de un globo.

Y casi sin descansar
ni darse ningunas treguas,
caminó veinte mil leguas
sumido abajo del mar.

Y contaba algo más grave:
que sin alas ni otras trazas,
volaba cual si fuera ave
por encima de las casas.

Y, cual Judas Iscariote,
quería, sin razón ninguna,
con un cañón muy grandote
darle un balazo a la luna.

¿Qué les parece? ¡Caray!
Hay que quitarse el sombrero,
pues salió más embustero
que don Lencho Garibay.

Lo que no entendí muy bien,
porque no hablaba a las claras,
si fué el mismo Berna o quién
el que hizo cosas tan raras.

Mas, sea el que serse, no cuela,
y aunque sean buenas sus miras,
ese montón de mentiras
no se las cree ni su abuela.

NOTA.—La verdad es que, por pura pena y por ser un hombre tan raro y tan chocoso, no me arresgué a preguntarle quién es ese mentao Berna del que nos contó tan grandes mentiras. Yo tanteo que se trata de mi compadre Bernabé Contreras, al que todos le decimos Berna o don Berna por puro cariño y porque es un amigo muy cabal y muy parejo y que hace como unos cinco años que se fué para Cholula, donde espero en Dios que viva todavía, pues no ha sido bueno para mandarnos un recadito o siquiera unas saludes con alguien. Y creo que pueda ser él porque no hay por aquí otra persona a quien le dígamos don Berna y porque, además, mi susodicho compadre era muy ingenioso y le gustaba mucho hacer inventos, pues no se me olvida que una vez nos enseñó a agarrar ratones con una cazuela bocabajo y un tejamanil con carne en la punta y, además, porque muchas veces llegó a decirme que tenía muchas ganas de conocer el mar y de andar mar adentro (fíjense, mar adentro), y una vez que unos cirqueros echaron aquí un globo, hasta pagaba porque lo dejaran subir, aunque fuera amarrado del trapecio, y siempre andaba diciendo que qué bonito se sentiría poder volar como los zopilotes y que qué bonito conocer todo el mundo. Voy a ver si puedo indagar su dirección para escribirle y darle a saber lo que ese hombre nos vino a contar aquí, para que nos diga si es cierto y si no, para que no lo

ande descreditando con esas mentiras que ni que fuéramos chiquitos y que hasta puede pensar la gente que él es el que le dice que las cuente para hacerlo quedar bien. Pero, pensándolo bien, mejor no le escribo porque, como ni más hemos vuelto a tener razón de él desde que se fué para Cholula, a poco ya se murió y hasta la estampilla pierdo. No, mejor no le escribo.

OTRA NOTA—Oriundo es la persona que le gusta andar mucho y que nomás anda para allá y para acá y que no le gusta estar en su casa, sino ande y ande por todas partes. Esto lo supe por el Padre Olguín porque una vez, platicando de un señor que estuvo aquí una temporadita y luego luego se fué y después volvió a venir y luego volvió a irse y de nuevo volvió a venir y otra vez se fué de nuevo, me dijo que ese señor parecía oriundo de aquí, pues nomás andaba yendo y viniendo y conforme se desaparecía se volvía a parecer otra vez. Se los digo porque es fácil que algunos no sepan lo que quise decir y hasta vayan a pensarse que quién sabe qué sería lo que quise decir.

NOTA DEL EDITOS.—Yo creo que a don Margarito la pasó en este caso lo mismo que cuando asistió a la corrida de Silveti, o sea, que no vió ni oyó bien de qué se trataba, y a eso se debe que haya confundido a Julio Verne, de quien seguramente estuvo hablando el "preceptor", con su compadre Berna; trocando así los conceptos e interpretándolos a su modo.

DEDICATORIA FINAL

Tras de mucho padecer,
pude acabalar mi obra;
pero voluntad me sobra
y no me asusta el quihacer.

Por eso ya sólo quiero,
como últimas garantías,
dedicarle mis poesías
otra vez a Chamacuero.

Y decirle con amor
que soy su sincero amigo
y puede contar conmigo,
como inútil servidor.

Y que nomás con un grito,
de modo de distinguirlo,
estará para servirlo
su servidor: MARGARITO

LEDESMA.

POST SCRIPTUM

Tal es la obra de Margarito Ledesma.

Para estar a tono con ella y ceñirme en lo posible al plan seguido por su autor, ya que no puse una "advertencia preliminar" a la mitad del libro, ni otro prólogo o dedicatoria al final del mismo, no debo eximirme de siquiera formular este post scriptum, que servirá de complemento a mi *Explicación*, inserta en las primeras páginas.

Siguiendo el sistema de las famosas notas de Ledesma, creo de rigor advertir a los lectores, al terminar la obra, que, aunque le hice algunas correcciones ortográficas, principalmente en lo relativo a puntuación, con objeto de facilitar la lectura de estas "agradables" poesías; no me atreví a modificar muchas palabras que en ellas figuran porque temí menoscabar su mérito, restándoles originalidad, y porque sé que todos habrán de entenderlas en la forma en que el autor las escribió.

Esta es la razón de que, en el curso de ella, se hayan tropezado con palabras como "desfender", "en lorita", "haber" por "a ver", "voltiar", "cair", "quihacer" y tantas otras que sería prolijo enumerar y que intencional-

mente he conservado con la misma ortografía del borrador.

Hecha esta "advertencia final", sólo me resta, "como últimas garantías" —hablando al estilo de Ledesma— desear que los lectores hayan encontrado en esta obra el exquisito sabor que, quizá por mi mal gusto, encontré yo en ella, y reiterar la profunda simpatía que, con su ingenuidad, su desvalimiento, su modestia y su acendrado amor al terruño, ha sabido inspirarme *El humilde poeta Margarito.*

Lic. LEOBINO ZAVALA.

INDICE

	Pág.
Explicación.	7
Prólogo.	15
Dos palabras.	17
Dedicatoria.	23
Portada.	27

POESIAS

Dúo poético.	31
Remembranzas.	35
Horas de pasión.	38
Sic transit gloria mundi.	40
El Charro Bardomiano.	41
Infame traición.	43
Las elecciones.	45
Dulce cantar.	47
Dicen.	48
Divagaciones.	50
El trovador.	52
Fantasmas.	55

Pág.
El abuso. 60
Por el tabaco. 61
A Juan Silvete. 63
La cuna de la Independencia. 69
Al río de La Laja. 72
Lo que va de ayer a hoy. 75
Advertencia preliminar. 79
Otra advertencia preliminar. 81

SIGUEN LAS POESIAS

Como Julieta y Romero. 85
Espiación. 87
Imploración. 88
Mejoras materiales. 89
¡Hora lo verá!. 92
Miserere. 96
Pasión. 99
¿Cómo le haré?. 101
Epigramas. 103
Por la enfermedad. 104
Orillejos. 105
Para una ingrata. 107
Historia fatal. 109
Por las contribuciones. 112
Injusticias. 114
Las propagandas alarmentosas. 116
Por el pan. 118

Pág.
En todas partes cosen habas. 119
Los montepíos. 120
La tontera. 122
En el trópico. 124
El amor y el interés. 127
Los fisgones. 130
La demalas. 132
Becqueriana. 133
Batallas de amor. 134
Las cosas a tiempo. 137
Los laberintos. 138
A ver qué sucede. 140
Por una bailadora. 143
Al gran Napolión. 145
Himno local. 147
Los agarraderos. 150
La anegación de la Perla del Bajío. 151
Una manda a San Juan de los Lagos. 155
¡Ay, qué cosas!. 161
¿Por qué te tapas?. 163
Advertencia posterior. 165

SIGUEN LAS POESIAS

Nombres y apelativos. 169
Disgusto arreglado. 171
En la fiesta tutelar del lugar. 173
Los maloras. 182

Pág.
Malcriadez. 183
Eso no está bueno. 184
Sobre esta segunda edición. 185
Advertencia preparatoria. 191
El cantar de los perros. 193
I.—Mi perro canelo. 195
II.—Mi perro blanco. 197
III.—Mi perro negro. 200
IV.—Mis otros perros. 203
Don Paco. 205
Nota aclaratoria 208
Los monos enterrados. 210
No es lo mismo. 214
Otra nota aclaratoria. 218
Giros costales. 220
Otra nota aclaratoria. 223
Horrisona nox. 225
Yo quisiera. 229
No les hagan caso. 231
Pleito de cobijas. 233
Los limpiones. 237
La reina del carnaval. 240
Historia triste. 247
El picobajo y el andante. 252
Los dientes de hule. 255
O tempora! O mores!. 259
Desherejamiento. 261
Lo atrasaron. 263

Pág.
No hubo remedio. 266
Nada de perdón. 268
¡Qué lástima!. 270
Puras mentiras. 272
Dedicatoria final. 277
Post scriptum. 279

El día 17 de julio de 1956 se terminó la impresión de "*Poesías*" en las prensas de la EDITORIAL STYLO, en las calles de Durango, 290, de la Ciudad de México.

MARGARITO
LEDESMA

POESIAS

811.9
L

MEXICO
1956